

# EL EVANGELIO

## según Pablo a los romanos

### Introducción

El apóstol Pablo realmente quería ir a predicar el evangelio también a Roma. Pero fue bloqueado en varias ocasiones. Luego, el Señor lo motivó a compartirlo con los creyentes de esa ciudad a través de un documento escrito: la Carta a los Romanos. En él, presentó el evangelio que recibió por revelación del mismo Señor Jesucristo (Gálatas 1:12).

Su contenido cubre la situación de todas las clases de personas: desde los gentiles que nunca han oído hablar de la Biblia o de Cristo hasta los escribas judíos conocedores de las Sagradas Escrituras y la ley de Dios.

La epístola a los Romanos fue escrita no sólo para la generación contemporánea de Pablo. Su contenido abarca los siglos y nos beneficia incluso a nosotros: “porque todo lo que se escribió antes, para nuestra enseñanza se escribió” Rom. 15:4. Muestra a todos el camino para tomar posesión del perdón de los pecados pasados y del poder de vivir en obediencia a la voluntad de Dios en el presente y en el futuro. Los que sigan sus instrucciones salvarán sus almas y heredarán la vida eterna.

Pablo, al abordar el tema de la salvación, escribió “conforme a la sabiduría que le fue dada... en todas sus epístolas, entre las cuales hay puntos difíciles de entender” 2 Pedro 3:15, 16. Por esta razón entendemos Es necesario explicar punto por punto el contenido de esta importante epístola, comparando escritura con escritura, para permitir la correcta comprensión de su mensaje, y como resultado de este esfuerzo se produjo este libro.

El objetivo de este libro es aclarar el mensaje del evangelio presentado en Romanos. Por esta razón, se centra en una explicación versículo por versículo de los capítulos 1 al 12. No aborda los capítulos finales, que se dedicaron a presentar los deberes prácticos de la vida cristiana y los saludos a los creyentes.

El objetivo de esta publicación es ayudar a todas las personas de la Tierra, independientemente de su origen, nacionalidad, orientación religiosa o grado de conocimiento de Dios, a comprender la

evangelio y encontrar el camino de la salvación. Si estás buscando la salvación de tu alma, aquí encontrarás lo que buscas. Dios te bendiga.

## Romanos 1

“Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, que antes había prometido por medio de sus profetas en las Sagradas Escrituras, acerca de su Hijo, que nació del linaje de David según en la carne, declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santificación, mediante la resurrección de entre los muertos, Jesucristo nuestro Señor, por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia de la fe entre todas las naciones por su nombre. , entre los cuales vosotros también estáis llamados a pertenecer a Jesucristo. A todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados santos: Gracia y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesús. Cristo". ROM. 1:1-7.

Un apóstol es alguien llamado por Dios para predicar el evangelio. Cristo llamó a Pablo y lo separó para esta obra. Él dijo acerca de su siervo: “Este es un vaso escogido para mí, para llevar mi nombre delante de los gentiles, y delante de los reyes, y delante de los hijos de Israel” Hechos 9:15. Pablo comienza la carta demostrando que está obedeciendo el llamado del Maestro. Lo hace indicando brevemente lo que aprendió de Él y la comisión que recibió.

Estaba convencido de que Jesucristo, el Hombre nacido entre los descendientes de Judá y crucificado por los judíos, es el Hijo del Dios vivo que resucitó por el poder de Su Padre, el espíritu santo. Porque él mismo le encontró cuando iba camino de Damasco. En aquella época era un perseguidor de los cristianos. Creía que Jesús era un impostor y pensaba que estaba brindando un verdadero servicio a Dios al trabajar activamente para erradicar a los creyentes en Él de la faz de la Tierra. Buscando este objetivo, “mientras todavía respiraba amenazas y muertes contra los discípulos del Señor, fue al sumo sacerdote y le pidió cartas para Damasco, para las sinagogas, para que, si encontraba algunos de aquella secta, si los hombres o mujeres, condúcelos prisioneros a Jerusalén. Y yendo él por su camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, de repente un resplandor de luz del cielo lo rodeó. Y cayendo al suelo, oyó una voz que le decía:

Saulo, Saulo, ¿estás persiguiendo? por qué A mí

Y él dijo: ¿Quién eres tú, Señor? Y el Señor dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Te resultará difícil resistirte a los pinchazos. Y él, temblando y asombrado, dijo: Señor, ¿qué quieres que haga?

Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y allí te dirán lo que debes hacer". Hechos 9:1-6. Tres días después, Cristo le envió a su siervo Ananías, quien "entrando en la casa, imponiendo sus manos sobre él, dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por el que venías, me ha enviado para que podrás ver nuevamente y ser lleno del Espíritu Santo. E inmediatamente cayeron como escamas de sus ojos, y recobró la vista; y levantándose, fue bautizado. Y cuando hubo comido, se consoló. Y Saulo pasó algunos días con los discípulos que estaban en Damasco. Y luego, en las sinagogas, predicaba que Jesús era el Hijo de Dios" Hechos 9:17-20.

Pablo entendió mejor su misión en el período siguiente. Poco después de lo ocurrido en Damasco, partió hacia Arabia. Luego regresó de nuevo a Damasco y, "después de tres años, se fue a Jerusalén" Gál. 1:17, 18. Durante este tiempo recibió revelaciones especiales del Señor, mediante el estudio de las Escrituras y las visiones que le fueron dadas. De éstos testificó más tarde: "Pasaré a las visiones y revelaciones del Señor.

Conozco a un hombre en Cristo que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y sé que este hombre (si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que no le es lícito al hombre pronunciar". 2 Corintios 12:1-4. Fue cuando conoció el evangelio que enseñaba y estaba a punto de explicarlo a los romanos. Respecto a él testificó: "Os hago saber, hermanos, que el evangelio que yo prediqué no es según los hombres, porque no lo recibí ni lo aprendí de nadie, sino por revelación de Jesucristo." Gal. 1:11, 12. Por tanto, el mensaje transmitido por él viene del cielo mismo, de Cristo mismo, para nosotros.

Aún en la introducción de la carta, Pablo revela el deseo de Cristo de que todos nosotros, que recibimos el mensaje del evangelio, creamos en Él y nos convirtamos en sus diseminadores. Afirma que recibió la tarea de transmitir el evangelio a "la obediencia de la fe entre todas las naciones por su nombre, entre las cuales también vosotros estáis llamados a ser Jesucristo".

Por lo tanto, lo que aprenderemos al estudiar el evangelio en Romanos será con el propósito de enseñar a otros. De ahí la necesidad de comprender adecuadamente la explicación. El propósito de este comentario a Romanos es facilitar la comprensión de su mensaje y permitir que cada lector cumpla este propósito divino.

Como todos estamos incluidos en la misión presentada en Romanos, también nos pertenece el saludo de la carta: "A todos... amados de Dios, llamados santos: Gracia y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo".

“A todos los que están en Roma”.

Cuando se escribe una carta, es para información pública. Dado que el saludo de la carta está dirigido tanto a nosotros como a los romanos de la antigüedad, podemos inferir que Cristo, quien inspiró a Pablo a escribirla, sabe que nuestros pensamientos sobre el tema de la carta – el evangelio de la salvación – son similares a el suyo. . No nos conocemos a nosotros mismos. “Engañoso es el corazón... quien ¿Lo sabrás? Jer. 17:9. Pero Él lo hace. El salmista dijo: “Señor , Me sondeaste y me conoces...

Tú entiendes mis pensamientos desde lejos... Sin que haya palabra en mi lengua, he aquí, oh Señor , tu sabes todo." Sal. 139:1, 2, 4. Entonces, en lugar de discutir con Dios, hacemos bien en aceptar que el mensaje de Romanos está destinado a nosotros y en cambiar nuestra comprensión del evangelio de la salvación tanto como deberían hacerlo los cristianos. de la antigua Roma. Esto se entenderá mejor cuando comencemos el comentario desde el versículo 19.

“Primero que nada doy gracias a mi Dios, por medio de Jesucristo, por todos vosotros, porque vuestra fe es anunciada en todo el mundo. Porque Dios, a quien sirvo en mi espíritu, en el evangelio de su Hijo, me da testimonio de cómo sin cesar hago mención de vosotros, pidiendo siempre en mis oraciones que, en algún momento, por voluntad de Dios, se me pueda ofrecer un buen oportunidad de venir a ti contigo. Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, para que seáis consolados, es decir, para que junto a vosotros yo sea consolado por la fe mutua, la vuestra 1:8-12.

como mi." ROM.

Los apóstoles de Cristo concentraron sus esfuerzos en preparar discípulos en Jerusalén.

Cuando hubo “una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén... todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y Samaria, excepto los apóstoles”. Hechos 8:1. Y el evangelio llegó incluso a Roma, que era la capital del imperio mundial en ese momento, ya que los cristianos perseguidos “que estaban esparcidos en el extranjero iban por todas partes proclamando la palabra” Hechos 8:4.

“El Reino de Dios es como si un hombre arrojara semilla en la tierra, y durmiera, y se levantara de noche o de día, y la semilla brotara y creciera sin saber cómo”. Mar.

4:26, 27. Por eso, al exhortarnos a compartir el mensaje del evangelio, el Señor nos dice: “echa tu pan sobre las aguas, porque después de muchos días lo hallarás” Ecl. 11:1.

Pablo fue designado por Cristo como “apóstol de los gentiles”. Pero nunca había predicado personalmente en Roma. Sin embargo, era consciente de que las revelaciones especiales de Cristo y Su evangelio que había recibido eran un depósito especial que se le había confiado para compartir con los demás. Por eso declaró, en otra ocasión: “si anuncio el evangelio, no tengo nada de qué jactarme, porque esta obligación me es impuesta; y ¡ay de mí si no anuncio el

¡evangelio!" 1 Corintios 9:16. Cada privilegio dado por Dios va acompañado de una responsabilidad.

Sabía que los romanos se consolarían con la comunicación de los dones espirituales que había recibido. Especialmente por el conocimiento profundo del evangelio que había recibido. Sin embargo, reconoce humildemente que también sería bendecido y consolado al conocer la experiencia de fe de sus hermanos menores, los romanos. Dice: "Que me consuele la fe mutua, tanto la vuestra como la mía". La humildad fue una característica presente en la vida del gran apóstol. Y se encontrará en todo verdadero cristiano, ya que es una condición básica y esencial para permitir la entrada al reino de Cristo. En la primera bienaventuranza, el Maestro dijo: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos" Mateo 5:3. No importa cuánto tiempo hayamos caminado con Cristo, siempre tendremos que aprender incluso de la experiencia de los nuevos conversos. Él dijo: "Escrito está en los profetas: y todos serán enseñados por Dios" Juan 6:45. Como todos los creyentes, desde el más pequeño hasta el más grande, aprendieron de Dios, siempre podremos aprender con todos lo que recibieron del Padre, pero hay que entender que esto no significa que la iglesia se convierta en un cuerpo sin orden o liderazgo, donde incluso los líderes se ven obligados a obedecer las "revelaciones" dadas por Dios a los más jóvenes en la labor de dirigir la iglesia global. Podemos incorporar a nuestra vida espiritual el conocimiento del testimonio que Dios hizo incluso en la vida de nuestros hermanos más jóvenes, sacándolos de las tinieblas a Su luz maravillosa. Sin embargo, Dios nombró personas para pastorear la iglesia e instituyó la jerarquía en el cuerpo, la cual el mismo espíritu de Cristo llevará a todos los creyentes sinceros a respetar, siempre que los líderes actúen de acuerdo con la voluntad revelada en Su palabra. Está escrito: "obedeced a vuestros pastores y sujetaos a ellos; porque velan por vuestras almas, como quienes darán cuenta de ellas; para que lo hagáis con alegría y sin gemidos, porque eso de nada os serviría" Heb. 13:17. Por lo tanto, todos en la iglesia – líderes y guiados – pueden reconocer lo que Dios ha hecho en las vidas y experiencias de cada uno al escuchar los testimonios en la iglesia. Y aprende de ello. Pero esta práctica no debe invocarse como justificación para subvertir el orden establecido.

"Pero no quiero que ignoréis, hermanos, que muchas veces me he propuesto ir con vosotros (pero hasta ahora me lo han impedido) para tener algún fruto entre vosotros, así como entre los demás gentiles. Estoy en deuda tanto con los griegos como con los bárbaros, tanto con los sabios como con los ignorantes. Por eso, en cuanto hay en mí, estoy dispuesto a anunciaros el evangelio a vosotros que Estáis en Roma" Rom. 1:13-15.

Aunque le hubiera gustado visitar Roma antes, Pablo reconoce que hasta entonces había tenido “obstáculos”. No menciona qué instrumentos humanos bloqueaban su viaje; de sus palabras entendemos que, de alguna manera, Satanás, el adversario, estaba trabajando para impedir que los creyentes romanos recibieran los rayos de luz de las revelaciones del evangelio que le habían sido confiadas. Pero las dificultades impuestas no le debilitaron en su propósito. Decidió enviarles un documento escrito que contuviera la esencia de la revelación del Evangelio que quería compartir con ellos. Dijo: “Estoy en deuda tanto con los griegos como con los bárbaros, tanto con los sabios como con los ignorantes. Por eso, en cuanto hay en mí, estoy dispuesto a anunciaros el evangelio a vosotros que estáis en Roma”. De estas palabras concluimos que la secuencia de la carta estará dedicada a la explicación del evangelio.

“Porque no me avergüenzo del evangelio de Cristo, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree, al judío primeramente y también al griego. Porque en él la justicia de Dios se revela de fe en fe, como está escrito: Pero el justo por la fe vivirá. ROM. 1:16, 17

La palabra "evangelio" significa buenas noticias. El evangelio original traducido en Romanos 1:16 también aparece en el anuncio del nacimiento del Salvador Jesucristo, donde se traduce como “nueva de gran gozo”: “Y el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí, yo Os traigo nuevas de gran gozo, gozo que será para todo el pueblo, porque vosotros naciste hoy en la ciudad de David, el cual es Cristo el Señor” Luc. 2:10. 11. Pablo afirma que el evangelio es el “poder de Dios”. ¿Cómo pueden las buenas noticias ser al mismo tiempo poder de Dios? Esto es así porque el evangelio consiste en anunciar la venida del Hijo de Dios para salvarnos de nuestros pecados, lo que nos da poder para vencerlos y practicar la justicia. Pablo dice que el evangelio proviene de “Cristo”. La palabra Cristo proviene del griego original que traduce el término hebreo conocido en portugués como “Mesías”, y significa enviado. Cuando el discípulo Andrés, después de conocer a Jesús, fue a anunciarlo a su hermano Pedro, dijo: “hemos encontrado al Mesías (que, traducido, es el Cristo)” Juan 1:41. Identificó a Jesús como el enviado de Dios.

Desde que existió el pecado, los hombres han estado esperando que Dios envíe al Salvador. Isaías habló de Él por inspiración, revelando que el Enviado sería el Hijo de Dios, por medio del cual se restablecería la paz entre los hombres y el Padre celestial: “porque un niño nos nació, Hijo nos fue dado; y el principado está sobre sus hombros; y su nombre será Admirable Consejero,... Príncipe de Paz” Isa. 9:6. Hizo las paces realizando dos obras para nosotros. El primero de ellos fue llevar nuestros pecados y pagar por ellos mediante Su muerte en la cruz del Calvario. “El salario del pecado es la muerte”; y “Él fue herido por nuestras transgresiones... el castigo que

trae paz fue sobre él”; “Él mismo llevando nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero”. Así, “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición, porque escrito está: Maldito todo el que es colgado en un madero”. Él “murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras” 1 Cor. 15:3 (citado: Rom. 6:23; Isa. 53:5; 2 Ped. 1:24, Gál. 3:13, 1 Corintios 15:3). La segunda obra es derramar en nuestros corazones el espíritu santo recibido de Dios y convertirnos y santificarnos. A él se le llama espíritu de justicia” en Isaías: “Y sucederá que el que quede en Sión y quede en Jerusalén, será llamado santo; todo aquel que esté inscrito entre los vivientes en Jerusalén; cuando Jehová lavará las inmundicias de las hijas de Sión, y limpiará la sangre de Jerusalén de en medio de ella, con espíritu de justicia y con espíritu de ardor”. Isaías 4:3, 4. Pero los mandamientos de Dios son justicia: “todos sus mandamientos son justicia” Sal. 119:172 Concluimos, por lo tanto, que el espíritu de justicia nos hace obedecer los Diez Mandamientos.

A través del espíritu, Cristo actúa dentro de nuestra mente, combatiendo nuestra inclinación natural al pecado y dándonos la victoria sobre las tentaciones: “porque la carne lucha contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; y estos se oponen el uno al otro, para que no hagáis lo que ” Gál. 5:17. Y es de esta manera que Dios “obra en vosotros tanto el querer como el hacer, según su buena voluntad” Fil. 2:13. Cambia nuestra voluntad, nuestros sentimientos y motivos, literalmente poniendo en nosotros obediencia. Cómo prometió que haría: “Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones, y las escribiré en sus mentes” Heb. 10:16. Y esta promesa sólo puede cumplirse cuando creemos en Cristo, “porque todas las promesas de Dios son en él, y por él el amén” (amén significa “así sea”) 2 Cor. 1:19, 20.

A través de esta obra de Dios, la obediencia se revela en nuestras vidas. A esto se refiere Pablo cuando dice, sobre el evangelio: “porque en él la justicia de Dios se revela de fe en fe, como está escrito: Mas los justos por la fe vivirán”. Cristo y nos invita a tener fe en Él. Cuando creemos, Él derrama en nuestros corazones el espíritu que recibió de Dios, el cual actúa como poder para cambiar nuestro corazón y nuestra mente, de esta manera nos lleva a practicar la justicia, que es obedecer los Diez Mandamientos. Así concluimos que el único fruto verdadero de aceptar el mensaje del evangelio es la perfecta obediencia a todos los mandamientos que Dios nos ha dado a conocer. En otras palabras, el fruto de aceptar el evangelio es perfecta fidelidad a toda la luz. recibimos de Dios sobre lo que es correcto y, por tanto, nuestro deber de practicarlo.

"Porque la ira de Dios se manifiesta desde el cielo sobre toda impiedad e injusticia de los hombres, que retienen con injusticia la verdad. Porque las cosas que de Dios son conocidas, en ellos son manifiestas, porque Dios se las ha manifestado. Para sus cosas invisibles, desde la creación del mundo, tanto su poder eterno como su divinidad se entienden y se ven claramente por las cosas creadas, de modo que son imperdonables" Romanos 1:18-20.

"Dios nunca ha sido visto por nadie" Juan 1:18. Sin embargo, Él dejó revelaciones de sí mismo en las obras que creó: el cielo, la tierra y el universo entero (Gén. 1:1). Los cielos azules, en su belleza y amplitud, "declara la gloria de Dios y la expansión declara la obra de sus manos" Sal. 19:1. Y el profeta Isaías declara que somos "todos nosotros obra de tus manos" Isaías 64:8. El salmista declaró: "Considero todas tus obras; Medito en la obra de tus manos" Sal. 143:5. Así, dos características invisibles de Dios se manifiestan claramente, de manera comprensible para todos, en sus cuerpos y en las obras creadas que los rodean: (1) Su poder eterno; y (2) Su divinidad. Sólo un ser infinitamente inteligente y bien intencionado podría haber concebido y construido seres hermosos impulsados por tantos sistemas interdependientes y perfectamente integrados. Consideremos la belleza y delicadeza de un bebé, transitando por el funcionamiento armonioso y conjunto del cerebro y el corazón. El cerebro controla el corazón, que a su vez lo alimenta con sangre. Ninguno podría haber aparecido antes ni ser independiente del otro. Ambos fueron creados necesariamente juntos, dentro del mismo cuerpo. "Y formó Jehová Dios al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre alma viviente" Génesis 2:7. El que mantiene vivas las células del cuerpo humano; el que hace que los diminutos electrones giren alrededor del núcleo del átomo; ¿quién provee a los pájaros para que encuentren alimento cada día? ¿Quién hace que nuestro cuerpo extraiga de los alimentos la energía que necesitamos para trabajar? ¿Quién nos da el sueño y cubre los campos de belleza de flores? La única respuesta correcta es: Dios, por Su poder y amor infinito para todos. En la providencia para todos, el hombre tiene una demostración de Su divinidad y posición como Creador, así como de Su poder Sustentador.

El hombre también observa que todo en la naturaleza existe para servir a los demás -ya sean las plantas, los animales o los órganos de nuestro cuerpo- y que nada prospera sirviéndose sólo a sí mismo. Por tanto, nadie tiene excusa para actuar en contra de este principio. Todo el mundo reconoce intuitivamente que está mal vivir de forma egoísta, buscando sólo los propios placeres y oprimiendo deliberadamente a los demás. Dios declara que proceder de esta manera es hacer el mal sabiendo que está mal. Es, en lenguaje bíblico, "retener la verdad con injusticia". La verdad es el conocimiento de lo que es correcto según Dios, mientras que la injusticia es la práctica incorrecta y egoísta contraria a los principios de la ley de justicia: el amor a Dios y al prójimo (Mateo 22:38-40). Dios dejó el

conocimiento de los principios de la justicia - vivir para servir y bendecir a los demás - escritos en las obras de la naturaleza, con el fin de que nadie tenga excusa para practicar la injusticia y la impiedad - "para que sean imperdonables".

"Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que desfallecieron en sus palabras, y su necio corazón se entenebreció. sabios se hicieron necios" Rom. 1:21, 22.

El gran error de la ciencia humana es negarse a reconocer, en la naturaleza, las huellas de su autor. "En el principio creó Dios los cielos y la tierra" Gén. 1:1. Y tenía un compañero en su obra. La Biblia dice de Cristo: "Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que fue hecho fue hecho" Juan 1:3 La ciencia que intenta explicar la naturaleza como autoexistente y sus fenómenos como espontáneos, sin reconocer a Su dueño como Autor de las leyes naturales y Su poder como sustentador de todas las cosas, llega a conclusiones erróneas. Desde el punto de vista divino, tales conclusiones son comparables a la oscuridad. Siguiendo esta línea, los científicos pueden presentar sus conclusiones con pompa y pretensión de gran sabiduría, cuando en realidad sus explicaciones están alejadas de la realidad, y resultarán ser una locura en el futuro, a medida que avancen las investigaciones. Citamos un caso, a modo de ilustración. La ciencia humana ya ha declarado que la Tierra es el centro del universo; y también que estaba sostenido por dos elefantes. Estas declaraciones ya han demostrado ser una locura. La Biblia decía, mucho antes, que Dios "suspende la tierra por encima de la nada" Job 26:7. Siglos después, la ciencia humana llegó a la misma conclusión ya presentada por la Palabra de Dios, y declaró que la Tierra está "suspendida en el espacio exterior". Por tanto es cierto que muchos hombres exponentes de la ciencia, "habiendo conocido a Dios" por la revelación de la naturaleza, "no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias", como sabios ante los hombres, formulando y presentando "ciencias científicas". "Las teorías se desligaron de la verdad. Así, "sus necios corazones fueron entenebrecidos. Pretendiendo ser sabios, se hicieron necios".

"Y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles. Por eso también Dios los entregó a las concupiscencias de sus corazones, para inmundicia, para deshonorar sus cuerpos entre sí; porque cambiaron la verdad de Dios en mentira, y honraron y sirvieron a la criatura más que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén. Por eso Dios los abandonó a pasiones infames. Porque incluso sus esposas

cambiaron el uso natural, contrario a la naturaleza. Y de la misma manera, también los hombres, dejando el uso natural de las mujeres, se encendieron en su sensualidad unos con otros, hombres con hombres, cometiendo depravación y recibiendo en sí mismos el galardón que les correspondía. a su error” Rom. 1:23-27.

Al contemplar las obras de la naturaleza, los hombres tienen una intuición natural de la existencia de Dios. Esto se ve fácilmente estudiando historia. Desde la antigüedad, todos los pueblos han creado sus propias deidades, a las que ofrecían culto y sacrificios. Sin embargo, el no reconocer al Dios verdadero como su Creador les llevó a concebir figuras divinas según su imaginación. Les atribuían características que observaban en sus compañeros humanos e incluso en algunos animales. “Cambiaron la verdad de Dios en mentira”, es decir, adoptaron como representaciones del carácter divino criaturas limitadas - y peor aún - manchadas por el pecado. "Cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de la imagen del hombre". corruptibles, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles”.

El hombre aprende por observación. Al hacer de estos seres imperfectos, contaminados por el pecado, su objeto de contemplación y adoración, poco a poco se fueron asemejando a ellos. Repitieron sus prácticas. “honraron y sirvieron a la criatura más que al Creador”. Incluso el contacto íntimo fue similar al observado en los animales. La Biblia informa que los filisteos adoraban a un dios originario de Babilonia llamado Dagón (Jueces 16:23). Dagón era un ídolo cuyo cuerpo era mitad pez y mitad hombre. El sacerdote dagom llevaba un sombrero con forma de boca de pez, similar al que llevaba el Papa en el catolicismo romano. Hay peces que son hermafroditas, es decir, que pueden actuar en relación reproductiva tanto como machos como hembras. No es de extrañar, por tanto, que al contemplar una deidad como esta, los hombres buscaran imitarla, comenzando a mantener relaciones a semejanza de los peces. Dios no impide que las personas sigan el camino que han elegido. En primer lugar, respeta tus decisiones. “Por eso Dios los abandonó a pasiones infames. Porque incluso sus mujeres cambiaron su uso natural, contrariamente a la naturaleza. Y de la misma manera, también los hombres, dejando el uso natural de las mujeres, se inflamaron en su sensualidad unos con otros, hombres con hombres, cometiendo depravación”.

Hace décadas se informó de la alta transmisión del sida (o sida) entre homosexuales. Más recientemente, en 2022, también se asoció con una mayor transmisión de viruela simica entre ellos. La Palabra de Dios ha advertido desde hace tiempo que la homosexualidad traería consecuencias dañinas para el cuerpo de quienes la practican, recibiendo ellos "en sí mismos la recompensa que corresponde a su error".

“Y como no les importaba tener conocimiento de Dios, así Dios los entregó a una mente perversa, para hacer cosas que no convienen; estando llenos de toda iniquidad, fornicación, malicia, avaricia, maldad; lleno de envidia, asesinato, contienda, engaño, malignidad; siendo murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, calumniadores, soberbios, presuntuosos, inventores del mal, desobedientes a los padres y a las madres; necios, infieles en los contratos, sin afecto natural, irreconciliables, sin piedad; los cuales, sabiendo el juicio de Dios (que los que hacen tales cosas son dignos de muerte), no sólo las hacen, sino también consienten a los que las hacen” Rom. 1:28-32.

El lector superficial podría pensar que Dios ordenó voluntariamente a los hombres que cometieran todo tipo de maldad, como se describe en el texto anterior. Pero este no es el caso. La expresión “Dios los entregó” muestra que Él respeta la libertad de elección del hombre. Una vez, cuando el pueblo rechazó muchas amonestaciones enviadas por los profetas, Dios vio que los israelitas estaban decididos a andar por el mal camino y a adorar dioses falsos, y dijo: "Israel se rebeló como una novilla testaruda... Efraín es entregado". a los ídolos; dejadle” Os. 4:16, 17. Aunque insiste en la conciencia de los pecadores para que se arrepientan, envía mensajeros para aconsejarlos, les advierte e incluso permite que las dificultades los frene, no les impide caminar en el camino contrario al de Tu voluntad si estás decidido a hacerlo.

Sin embargo, vale la pena señalar que, así como permite a los hombres elegir lo que es malo, también les garantiza el derecho a elegir el buen camino, a hacer buenas obras. Un ejemplo de esto lo tenemos en el caso de María, la mujer que ungió los pies de Jesús. Consideremos su historia: "Y estando él (Jesús) en Betania, sentado a la mesa en casa de Simón el leproso, vino una mujer que tenía un frasco de alabastro lleno de unguento de nardo puro de mucho precio, y rompiendo el vaso, lo derramó sobre su cabeza. Y había algunos que se indignaban dentro de sí mismos, y decían: ¿Por qué se ha hecho este desperdicio de unguento? Porque podía venderse por más de trescientas piezas de dinero (o denarios), y dárselo a los pobres. Y clamaron contra ella. Pero Jesús dijo: Déjala, ¿por qué la molestas? Ella ha hecho una buena obra conmigo. Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros, y podéis hacerles bien cuando queráis. queréis; pero a Mí no siempre me habéis tenido. Ella hizo lo que pudo; se adelantó a ungir Mi cuerpo para la sepultura. De cierto os digo, en cada parte del mundo donde se predica este evangelio, ¿qué lo que hizo también será contada para su memoria." Marcos 14:3-9.

María tenía el corazón lleno de amor por su Salvador y quiso rendirle el mayor homenaje que estuvo a su alcance. Para ello compró perfume por valor aproximado de trescientos denarios, lo que equivalía, en la época, al pago de trescientos días, o casi un año de trabajo. Pero cuando derramó el precioso unguento sobre los pies del Maestro, los invitados la desaprobaron. Sin embargo, mientras ella seguía avergonzada por esa incómoda situación,

Escuchó la voz del Salvador defendiéndolo: "Déjala". Las palabras de Jesús fueron expresión de las de Dios mismo, su Padre, quien una vez dijo: "lo que hablo, lo hablo como el Padre me ha hablado" Juan 12:50. De ahí que entendamos que Dios era, por medio de Cristo, garantizándole libertad para seguir el camino que ella escogiera, para realizar esa buena obra. Usando la expresión de los romanos, Dios "dio a María a sus sentimientos puros". Y podría igualmente haber liberado -o preservado- a todos los demás hombres de la Tierra, que Eligieron creer en Jesús, seguir el buen camino.

Lamentablemente, a la mayoría de los hombres "no les importaba tener conocimiento de Dios". Luego Él, después de haber visto definitivamente rechazadas sus súplicas, los entregó para que siguieran el camino de los suyos. conocimiento - lo malo.

El texto del capítulo 1 de Romanos finaliza presentando la conclusión obvia basada en lo dicho en los versículos anteriores. Como los hombres son conscientes del amor divino, de la sabiduría de vivir para servir y ayudar a los demás, y aún así deciden hacer el mal, de alguna manera saben cuál es la voluntad de Dios y tienen la intuición de que Él castigará su mal camino. En palabras de Romanos, "conociendo el juicio de Dios (que los que hacen tales cosas son dignos de muerte), no sólo las hacen, sino que también consienten a los que las hacen".

## Romanos 2

"Por tanto, eres imperdonable cuando juzgas, oh hombre, seas quien seas, porque te condenas a ti mismo en lo que juzgas a otro; porque tú que juzgas haces lo mismo. Y sabemos que el juicio de Dios es conforme a verdad sobre los que haces tales cosas. Y tú, oh hombre, que juzgas a los que hacen tales cosas, ¿crees que haciéndolas escaparás del juicio de Dios? Romanos 2:1-3

Es común escuchar a la gente decir, al hablar de su intuición sobre cómo Dios los ve, lo siguiente: "No hago daño a nadie y ayudo a los demás, por eso creo que delante de Dios sería aprobado". O incluso: "lo importante es siempre agradecer a Dios por todo" - como si el acto de dar gracias por las bendiciones recibidas diariamente sirviera como una especie de penitencia por las malas acciones, de modo que, al recibir las primeras, pasara por alto las últimas. Sentadas en sentido figurado sobre este "pedestal de honor" de su autoevaluación, las personas se sienten relativamente cómodas condenando las malas acciones de los demás. Expresiones como: "Tengo mis defectos, hago esto y aquello, pero lo que hace esta persona es demasiado".

Según el texto de Romanos, la lectura correcta de estas expresiones es algo así como: "mis pecados no son tan graves, pero los de mi prójimo son muy grandes, ¡no lo puedo tolerar!". La Palabra infalible

de Dios denuncia la hipocresía de este discurso con las palabras: "Por tanto, eres imperdonable cuando juzgas, oh hombre, seas quien seas, porque te condenas a ti mismo en lo que juzgas a otro; porque tú, que juzgas, haz lo mismo. Y Bien sabemos que el juicio de Dios es conforme a la verdad sobre los que hacen tales cosas. Y tú, oh hombre, que juzgas a los que hacen tales cosas, ¿crees que haciéndolas escaparás del juicio de Dios? El apóstol Santiago fue inspirado para escribir: "El que sabe hacer el bien y no lo hace, comete pecado" Santiago 4:17. Quien tiene un discernimiento claro de la diferencia entre el bien y el mal hasta el punto de ver y condenar a los demás, puede y debe, con justicia, ser juzgado "por la regla con que mide a su prójimo". "Con la medida con que mide A ti mismo te medirán" Mar. 4:24. Dios juzgará a cada uno según el entendimiento que recibió sobre cuál es el buen camino. Este hecho será explorado con mayor detalle en el comentario de los versículos 12 al 15 de Romanos 2, más adelante.

"¿O menospreciáis las riquezas de su misericordia, de su paciencia y de su longanimidad, sin saber que la misericordia de Dios os lleva al arrepentimiento? Pero según vuestra dureza y vuestro corazón impenitente, atesoráis para vosotros ira en el día de la ira y del manifestación del juicio de Dios, el cual recompensará a cada uno según sus obras, a saber, vida eterna a los que con perseverancia en hacer el bien buscan la gloria y la honra y la inmortalidad; pero indignación e ira a los contenciosos , desobedientes a la verdad y obediente a la iniquidad" Romanos 2:4-8.

Dios manifiesta su bondad de diferentes maneras, cada día. El salmista enumeró varios de ellos cuando reconoció: "Alabado sea el Señor de señores, porque para siempre es su misericordia. El que sólo hace maravillas; porque para siempre es su misericordia. El que con inteligencia hizo los cielos; porque para siempre es su misericordia. El que extendió la tierra sobre las aguas; porque para siempre es su misericordia. El que hizo las grandes luminarias; porque para siempre es su misericordia; el sol para gobernar durante el día; porque para siempre es su misericordia; la luna y las estrellas para presidir la noche; porque para siempre es su misericordia... el cual se acordó de nuestra humildad; porque para siempre es su misericordia; y nos redimió de nuestros enemigos; porque para siempre es su misericordia; que da alimento a toda carne; porque para siempre es su misericordia. Alabado sea el Dios del cielo; porque para siempre es su misericordia" Sal. 136:3-26. Cada demostración de la bondad de Dios deja una impresión mayor o menor en nuestra mente. Esto dependerá de nuestra actitud ante ello.

Podemos estar desde profundamente impresionados por Su bondad hasta completamente indiferentes. Nuestra actitud de receptividad o resistencia determina la profundidad de la obra que le permitimos hacer en nuestro corazón.

Entre todas las demostraciones dadas por el Padre de su bondad, la más grande fue la entrega de la vida de su Hijo, Jesús, el Cristo, para salvarnos. "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna". Juan 3:16. "Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" Romanos 5:8. Cuando percibimos la bondad de Dios y no resistimos el toque de su espíritu, somos transformados. El apóstol Pablo relata esta experiencia, que todos los hijos de Dios tienen en mayor o menor grado, en la carta escrita a Tito: "pero cuando se manifestó la bondad y el amor de Dios nuestro Salvador para con los hombres... según y su misericordia nos salvó por el lavamiento de la regeneración y de la renovación del espíritu santo, el cual derramó abundantemente en nosotros por medio de Jesucristo nuestro Salvador" Tito 3:4-6. Y también declara, más adelante, en Romanos: "El amor de Dios es derramado en nuestros corazones mediante el espíritu santo que se nos ha dado. Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, murió a su tiempo por los impíos. Porque sólo uno morirá por el justo; porque puede ser que por bien alguno se atreva a morir. Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" Romanos 5:5-8. "La bondad de Dios te lleva al arrepentimiento". Mediante el espíritu santo, Dios busca constantemente impresionarnos con la revelación de su bondad para con nosotros.

Busca así concedernos el arrepentimiento de nuestras prácticas y hábitos de pensamiento motivados por el egoísmo, y cambiar nuestro corazón. La profundidad de nuestro arrepentimiento será proporcional a nuestro aprecio por su bondad para con nosotros. O, dicho de otra manera, será proporcional a nuestra disposición a ceder a la influencia de su espíritu. La obra de llevarnos al arrepentimiento es toda suya y sólo puede verse obstaculizada por nuestra resistencia o "dureza".

Pero cabe señalar que el hombre no podrá resistir para siempre la influencia divina y permanecer impune. "La paga del pecado es muerte" Rom. 6:23. El toque de Dios en nuestros corazones está alineado con el siguiente mensaje: "Dios, ignorando los tiempos de ignorancia, ahora anuncia a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan; porque ha determinado un día en que juzgará al mundo con justicia por medio del Hombre a quien Él ha designado; y ha dado certeza a todos al levantarlo de entre los muertos" Hechos 17:30, 31. Así, para todos aquellos que no se dejan sensibilizar por el toque constante del espíritu de Dios, la advertencia es dado: "según tu dureza y tu corazón impenitente, acumulas ira para ti mismo en el día de la ira y de la manifestación del juicio de Dios; quien recompensará a cada uno según sus obras; a saber: vida eterna a los que, con perseverancia en hacer el bien, buscan la gloria, la honra y la incorrupción; sino indignación e ira para los contenciosos, desobedientes a la verdad y obedientes a la iniquidad". El texto señala lo que Dios hará en los últimos días. Luego derramará su ira sobre los impíos, apedreándolos sin piedad: "Vi otra señal grande y maravillosa en el cielo: siete ángeles, que tenían las siete plagas postreras; porque en ellos se cumplió la ira de Dios... y el séptimo ángel derramó su copa en el aire, y vino una gran voz desde el templo del cielo, desde el trono, que decía: Hecho está... y Babilonia la grande se acordó

Dios, para darle la copa del vino de la indignación de su ira... Y cayó del cielo un gran granizo sobre los hombres, piedras que pesaban un talento (o 34 kilos); y los hombres blasfemaron contra Dios a causa de la plaga del granizo; porque su plaga fue muy grande. (Apocalipsis 15:1, 16:17, 19, 21). Aunque el castigo pueda parecer hoy exagerado para algunos, en el momento de su cumplimiento será visto como apropiado y merecido, en vista de los males que se cometerán en la Tierra.

"Tribulación y angustia vienen sobre toda alma del hombre que hace el mal, sobre el judío primeramente y también sobre el griego; pero gloria y honor y paz a todo el que hace el bien, al judío primeramente y también al griego; porque a Dios, no hay respeto a las personas". Romanos 2:9, 10.

Supongamos que dos personas viajan en el mismo automóvil, de São Paulo a Río de Janeiro. Sólo uno de ellos conoce el camino. Si el coche se desvía de la carretera correcta durante el viaje, la persona que conoce el camino será la primera en darse cuenta. Ella comienza a preocuparse mientras su pareja aún no se da cuenta de lo que está pasando. Esto es lo que sucede en la vida real con respecto a la ley de Dios. El que conoce los mandamientos y se desvía de ellos, se preocupa y angustia más que el que anda en ignorancia, porque conoce el error. El espíritu de Dios te convence de pecado. El ignorante, a su vez, persiste en el camino sin que le moleste la conciencia hasta que es informado de su error. La Biblia dice que Dios "no se fija en los tiempos de ignorancia", mientras que por su espíritu convence al mundo "de pecado" (Hechos 17:30; Juan 16:8). "La angustia" que sobreviene a los que hacen el mal, viene "primero al judío" y luego "al griego". El primero conocía la ley escrita de Dios, los Diez Mandamientos; mientras que el segundo no. Por otro lado, igualmente la "gloria, el honor y la paz que vienen a los que hacen el bien son entregados "primero al judío" y luego al griego. Porque quien conoce la ley tiene conocimiento -y por tanto un sentido- de la aprobación de Dios de su camino ante aquellos que la ignoran. Está plenamente convencido de que su camino es el correcto, mientras que quien ignora la ley se somete al toque del espíritu de Dios que lo guía a hacer lo correcto por intuición, y por tanto sin certeza. Por tanto, es ventajoso conocer la ley de Dios. El salmista dice: "Gran paz tienen los que aman tu ley, y no habrá para ellos tropiezo" Sal. 119:165.

La "tribulación" que resulta de caminar por el camino de la desobediencia recae también sobre quienes conocen la ley de Dios y no sobre quienes la ignoran; en el lenguaje del texto de Romanos: "sobre el judío primero y también sobre el griego". Dios maneja las situaciones de tal manera que las tribulaciones llegan primero a quienes pecan conscientemente. Un ejemplo de ello lo encontramos en la historia de la trayectoria del pueblo de Israel hacia Canaán. La Biblia menciona dos

Ocasiones en las que los israelitas pidieron carne mientras Dios los conducía por el desierto hacia Canaán. La forma en que Él manejó sus peticiones en cada uno de ellos fue completamente diferente.

El primero fue en Elim, antes de que les diera a conocer el pan que había destinado para su alimento: el maná. Entonces dijeron: ¡Ojalá hubiéramos muerto por mano del Señor en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne y comíamos pan hasta saciarnos! Éxodo 16:3. En respuesta, les dio la carne que querían y dijo a Moisés: He oído las murmuraciones de los hijos de Israel. Háblales y diles: Entre las dos tardes comeréis carne... Y aconteció que al atardecer subieron codornices y cubrieron el campamento” Éxo. 16:12, 13. En la misma ocasión, reveló su voluntad de cambiar su dieta y les dio una dieta sin carne: “Jehová dijo a Moisés: He aquí, os haré llover pan del cielo, y el pueblo saldrá y recogerlo. porción diaria para cada día, para que yo pueda probarle si anda en mi ley o no... Y cuando el rocío

Se levantó y he aquí que sobre la faz del desierto había una cosa pequeña y redonda, tan pequeña como la escarcha que había en la tierra. Y cuando lo vieron los hijos de Israel, se dijeron unos a otros: ¿Qué es esto? Porque no sabían qué era. Y Moisés les dijo: Este es el pan que Jehová os ha dado para comer.” Éxo. 16:3, 14, 15. “Los llenó de pan del cielo” Sal. 105:40.

Después de adquirir conocimiento de la voluntad de Dios, los israelitas volvieron a pedir carne. Entonces, su actitud demostró rebelión contra Él. Y fue castigada: "Y el pueblo que estaba entre ellos tuvo un gran deseo; y los hijos de Israel volvieron a llorar, y dijeron: ¿Quién nos dará carne para comer? Nos acordamos de pescado que comíamos gratis en Egipto; y los pepinos, y los melones, y los puerros, y las cebollas, y los ajos. Pero ahora nuestra alma se ha secado; no hay nada más que este maná ante nuestros ojos. "Num 11:4-6. El Señor dijo a

Moisés: "Dirás al pueblo:... porque habéis clamado a los oídos del Señor, diciendo: ¿Quién nos dará carne para comer? Porque nos iba bien en Egipto; por tanto, el Señor os dará carne, y comeréis... un mes entero, hasta que os salga de las narices, hasta que os haréis de ello; porque habéis rechazado al Señor que está entre vosotros, y llorados delante de él, diciendo: ¿Por qué salimos de ¿ Egipto ?... Entonces el pueblo se levantó... y juntaron las codornices... y las esparcieron alrededor del campamento. Cuando la carne estaba entre sus dientes, antes de ser masticada, la ira de Jehová se encendió contra el pueblo, e hirió a Jehová el gente con una plaga muy grande” Números 11:18, 20, 31-33. Refiriéndose a esta ocasión, el salmista dijo: “No reprimimos su apetito. La comida todavía estaba en sus bocas, cuando la ira de Dios vino sobre ellos, y mató a los más fuertes de ellos, e hirió a los escogidos de Israel”.

Sal. 78:30, 31.

Jesús dijo: "El siervo que conoció la voluntad de su señor, y no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, será castigado con muchos azotes; pero el que no la conoció, e hizo cosas dignas de azotes, será castigado". con pocos azotes, castigado, y a quien mucho se le da, mucho se le dará.

Le pediré, y al que mucho se le ha confiado, mucho más se le pedirá". Luc. 12:47, 48. La sociedad tiene expectativas más altas de un niño que recibió la mejor educación que de uno que nunca tuvo la oportunidad. Es justo esperar más de quienes han recibido más educación. Dios también lo ve así. Jesús declaró que los mayores conocedores de la ley de la época, los escribas que copiaban las Escrituras, sufrirían un castigo mayor que los demás por su desobediencia: "Guardaos de los escribas, que quieren andar con vestiduras largas y aman los saludos en el en las plazas, y los primeros asientos en las sinagogas, y los primeros lugares en los banquetes, que devoran las casas de las viudas, ofreciendo como pretexto largas oraciones, las cuales recibirán mayor condenación" Lucas. 20:46, 47. Estos registros de la historia sagrada deben servirnos como lecciones prácticas objetivas. "Y todas estas cosas les vinieron como figuras, y están escritas para advertencia nuestra, sobre quienes ha llegado el fin de los siglos. Por tanto, el que piensa que está firme, mire que no caiga; "de los pueblos" (1 Cor. (10:11, 12, Romanos 2:10).

"Porque todos los que sin la ley pecaron, también sin la ley perecerán; y todos los que pecaron bajo la ley, por la ley serán juzgados. Porque los que oyen la ley no son justos delante de Dios, pero los que practican la ley serán ser justificados. Porque cuando los gentiles, que no tienen ley, hacen naturalmente las cosas que son de la ley, aunque no tienen ley, ellos son ley para sí mismos: muestran la obra de la ley escrita en sus corazones, en sus corazones. también la conciencia dando testimonio, y sus pensamientos, ya sea acusándolos o defendiéndolos; en el día en que Dios juzgará los secretos de los hombres, por Jesucristo, según mi evangelio". Romanos 2:9-16

La ley de los Diez Mandamientos es la norma de justicia por la cual Dios juzgará a todos. "De todo lo oído, el fin es: temer a Dios y guardar sus mandamientos; porque esto es deber de todo hombre. Porque Dios traerá a juicio toda obra, y todo lo que es en secreto, sea bueno o sea malo" Ecl 12:13, 14.

Es natural que comprendamos que quienes conocen la ley serán juzgados por ella. Como dice el texto de Romanos , "todos los que pecaron bajo la ley, por la ley serán juzgados", pero introduce un concepto que a primera vista no parece tan lógico: "aquellos que sin la ley pecaron, también sin la ley perecerán". la ley" ¿Cómo puede alguien que no conoce la ley morir por su transgresión? Para entender esto, sólo necesitamos recordar qué es el "pecado". "El pecado es transgresión de la ley" I Juan 3:4. Por lo tanto, incluso los que no conocen la ley, si la transgreden cometen pecado. El desconocimiento de la ley no convierte tu error en rectitud. Para aclarar mejor el concepto presentamos como ejemplo el mandamiento "no robarás". Parte de su alcance se detalla en las palabras de Malaquías: "¿Robará el hombre a Dios? Sin embargo, me robas y dices: ¿En qué te hemos robado? En diezmos y ofrendas" Mal. 3:8. Tenga en cuenta que, en el versículo mismo, la ignorancia profeta

destinatarios del mensaje. Dicen: "¿Qué te hemos robado?" Sin embargo, Dios todavía los declara ladrones "de diezmos y ofrendas".

Pero, ¿sería entonces Dios injusto al juzgar a hombres por deberes de los que no sabían nada? Este no es el caso. Sucede que Dios impresiona a los hombres, a través de su espíritu, tocando sus conciencias en cuanto a lo que está bien y lo que está mal, revelando su voluntad. Por eso incluso aquellos que nunca han leído el mandamiento de Dios reconocen, por ejemplo, que el adulterio es pecado. La Biblia dice que "la ley es verdad" Sal. 119:142. Y el espíritu de Dios nos guía "a toda verdad" Juan 16:13. Por tanto, el espíritu trae a todos el conocimiento de los mandamientos. Es en este sentido que el Señor habló de Abraham "obedeciendo mi voz y guardando mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes" Génesis 26:5. Vivió más de cuatrocientos años antes de que Dios le entregara los Diez Mandamientos. Moisés. No las vio escritas en las dos tablas de piedra. ¿Cómo entonces las guardó? Se sometió a las instrucciones que el Señor le dio, tocando su conciencia a través del espíritu.

Por lo tanto, todos son conscientes del pecado en la medida en que el espíritu de Cristo lo reveló a sus conciencias, incluso aquellos que nunca han oído hablar de los Diez Mandamientos. En consecuencia, es justo, por parte de Dios, juzgar a cada hombre por el grado de conocimiento de la ley que le dio. Esta es la verdad que transmite la expresión: "todos los que sin la ley pecaron, también sin la ley perecerán".

Concluimos así que todos los hombres, conozcan o no la letra de los Diez Mandamientos, serán juzgados de la misma manera: en proporción a la comprensión que el espíritu de Dios les ha dado sobre ellos. En otras palabras, cada uno será juzgado por la luz respecto de la voluntad divina a la que tuvo acceso.

Algunas personas suponen que el toque del espíritu divino en la conciencia sería su "intuición". La intuición es una guía segura sólo cuando concuerda con el espíritu y la letra de la ley de Dios. De lo contrario será sólo el deseo egoísta del hombre, de su carne, el que está inclinado al pecado. "Porque la mente carnal es enemistad contra Dios, porque no está sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede estarlo" Romanos 8:7.

Volviendo al punto, tenemos el concepto de que todo el mundo, sea entendido o no, se rige por la ley, es ampliado por el propio apóstol Pablo en los versículos siguientes: "porque los que oyen la ley no son justos delante de Dios, sino los que los que practican la ley serán justificados. Porque cuando los gentiles, que no tienen la ley, hacen naturalmente las cosas que son de la ley, aunque no tengan ley, ellos son ley para sí mismos: muestran la obra de la ley escrita en sus corazones, testificando juntamente su conciencia y sus pensamientos, ya sea que los acusen o los defiendan; en el día en que Dios juzgará los secretos de los hombres, por Jesucristo, según mi evangelio.

En el día del juicio, cada persona sabrá cuándo, dónde y por qué aceptó o rechazó hacer la voluntad de Dios.

Sabiendo esto, hoy debemos actuar muy seriamente en relación a los toques que Dios da a nuestras conciencias, eligiendo someternos a su voluntad, para que Él pueda salvarnos: "hoy, si escucháis su voz, no endurezcáis vuestro corazón". " Hebreos 3:15.

"He aquí, tú que tienes sobrenombre judío, y descansas en la ley, y te glorías en Dios; y conoces su voluntad, y apruebas las cosas excelentes, siendo instruido por la ley; y confías en que eres guía de los ciegos, luz a los que están en tinieblas, maestro de los necios, maestro de los niños, que tienes la forma de la ciencia y de la verdad en la ley; tú que enseñas a los demás, ¿acaso no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se debe hurtar, ¿Robas? ¿Tú, que dices que no se debe cometer adulterio, cometes adulterio? ¿Tú, que aborreces los ídolos, cometes sacrilegio? ¿Tú, que te jactas de la ley, deshonras a Dios transgrediendo la ley. Porque como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por vuestra causa. ROM. 2:17-24.

Los judíos eran el "pueblo de la ley". El Señor le dio a Moisés los Diez Mandamientos en el monte Sinaí. Bajó y se las enseñó a los israelitas. Desde entonces fueron los custodios de este documento que registraba la voluntad revelada de Dios.

A lo largo de los siglos, diez de las tribus de Israel apostataron y fueron tomadas cautivas por los asirios, siendo expatriadas y dispersadas en diferentes países (2 Reyes 17). Las tribus de Judá y Benjamín permanecieron en la tierra de Canaán. Judá era la tribu más fuerte y numerosa, la cual Dios había prometido que permanecería en prominencia. Él dijo: "no se quitará el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh (Siloh se refiere a Cristo)" Gén. 49:10. Por lo tanto, en la época del Nuevo Testamento, aunque en la tierra de Canaán vivían personas de diferentes tribus, los descendientes de Israel eran conocidos como "judíos". El mismo apóstol Pablo, autor de la carta a los Romanos, era "de la tribu de Benjamín" (Fil. 3:5). Sin embargo, en el libro de Romanos a veces se refiere a los israelitas de su tiempo como "judíos" (ej.: Rom. 3:1). Por lo tanto, entendemos que el término "judío" en Romanos se refiere no sólo a los descendientes de Judá según la sangre, sino a todos los que conocen la ley de Dios. Y como Pablo escribió estas líneas en el tiempo del Nuevo Testamento, es evidente que abarcan a todos los instruidos en la ley dentro de la dispensación cristiana - que llega hasta nuestros días. , e incluso avanza hasta la segunda venida de Cristo.

Todos los que conocen la ley, aún hoy, se ven identificados con el término "judío".

Todo aquel que conoce la ley sabe cuál es la voluntad revelada de Dios para sus vidas. Por lo tanto, tienen el deber claro de brindar obediencia en proporción a la iluminación que tienen. En Romanos, Dios señala como defectuoso a todo aquel que, debido a la instrucción recibida, discierne el error de su prójimo, pero no le brinda perfecta obediencia. "No te enseñas a ti mismo

¿De veras?... ¿Tú, que te glorias en la ley, deshonras a Dios transgrediendo la ley? Porque como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por vuestra causa.

En la eternidad sabremos cuántas personas vieron su camino al cielo oscurecido por el falso testimonio de quienes profesan la verdad pero no la obedecen. Tu conducta escandaliza a los demás. Jesús dijo: "Es imposible que no vengan escándalos, pero ¡ay de aquel por quien vienen! Más le valdría que le colgaran al cuello una piedra de molino y le arrojaran al mar, antes que uno de estos pequeños tropiece. Luc. 17:1, 2. Y nos recomienda guardarnos para que nuestra conducta no ofenda a otros en los términos más enfáticos: "Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de ocasión, sácatelo y échalo de ti; porque mejor te es que perezca uno de tus miembros, que que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de ocasión, córtala y échala de ti, porque más te vale que se pierda uno de tus miembros, que que todo tu cuerpo sea echado al infierno" Mateo 5:29, 30. De lo contrario, " el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros".

"Porque la circuncisión a la verdad es provechosa si guardas la ley; pero si eres transgresor de la ley, tu circuncisión se convierte en incircuncisión. Por tanto, si la incircuncisión guarda las exigencias de la ley, ¿tal vez la incircuncisión no se considerará circuncisión? Y la incircuncisión, que es por naturaleza, si cumple la ley, ¿no os juzgará a vosotros, que por la letra y la circuncisión sois transgresores de la ley? Porque el que lo es exteriormente no es judío, ni la circuncisión es judía. exteriormente en la carne; pero es judío el que lo es interiormente, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; cuya alabanza no es de los hombres, sino de Dios". Romanos 2:25-29.

Cuando Dios hizo un pacto con Abraham, le dio una señal para realizar en la carne, que sería un recuerdo, un símbolo de la realidad espiritual que él representaba. "Este es mi pacto, que guardaréis entre mí y vosotros, y vuestra descendencia después de vosotros: que todo varón entre vosotros será circuncidado" Génesis 17:10. Se debe cortar un trozo de la carne del prepucio .

Para realizar este ritual normalmente se utilizaba un cuchillo de piedra. En una ocasión "el Señor dijo a Josué: Haz cuchillos de piedra y circuncida a los hijos de Israel por segunda vez" José. 5:2. La piedra representaba a Cristo: "y la piedra era Cristo" 1 Corintios 10:4 (ver también Efesios 2:20). Así, el ritual de cortar la carne representaba la promesa de Dios de, a través de Cristo, eliminar o (cortar) el pecado de nuestro interior. Enviaría el espíritu santo a obrar dentro de nuestros corazones, eliminando el egoísmo e implantando amor y lealtad a Él. "Y por cuanto sois hijos, Dios envió el espíritu de su Hijo a vuestros corazones... la carne lucha contra el espíritu, y el espíritu, contra la carne, porque son opuestos entre sí; para que no hagas lo que quieres. Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Ahora el

Las obras de la carne son conocidas y son: fornicación, impureza, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, ira, discordia, disensiones, sectarismos, envidias, borracheras, glotonería y cosas semejantes a éstas, acerca de las cuales os declaro. Como os advertí antes, los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. Pero el fruto del espíritu es: amor, gozo, paz, paciencia, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio. Contra tales cosas no hay ley. Y los que pertenecen a Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y deseos". Galón. 4:6; 5:17-24. En otras palabras, el resultado del espíritu que actúa en nuestro corazón es hacernos obedientes a la ley de los Diez Mandamientos. Por tanto "no hay ley" contra el fruto del espíritu: las obras que realiza en nosotros están en armonía con él.

Por lo tanto, cabe señalar que el rito de la circuncisión en la carne fue dado por Dios para simbolizar la verdadera circuncisión realizada por Cristo en nuestras vidas: la realizada por Su espíritu. Y es la verdadera, la única que quita el pecado de nuestro corazón y nos hace vivir en obediencia a Dios. Por eso entendemos que la obediencia es el resultado de la acción de Su espíritu en nosotros. Es una obra que Cristo realiza. Nuestra parte en esta obra es creer en Cristo y dejar que Él haga la obra.  
en nosotros.

La verdadera circuncisión es obra de Cristo para hacernos obedientes a Su ley mediante Su espíritu. Pablo dijo: "Porque nosotros somos la circuncisión, los que servimos a Dios en el espíritu" Fil. 3:3. Su espíritu es el "cuchillo" que corta nuestras malas inclinaciones. Si alguien fuera circuncidado en la carne pero endureciera su corazón, no permitiendo que Su espíritu lo transformara, su circuncisión en la carne sería inútil. Porque estaría en enemistad contra Dios y en transgresión de sus mandamientos. En cambio, quien, aunque no esté circuncidado en la carne, sea sensible y permita que Cristo cambie su corazón mediante el espíritu, será verdaderamente circuncidado.

La verdadera circuncisión es espiritual, invisible, tal como ocurre en nuestros corazones. No en la carne. El de la carne era sólo un rito externo para hacer comprender a los hombres la obra que Cristo realiza en su vida en respuesta a su fe. En consecuencia, tener la circuncisión en la carne no representaba garantía de tener una verdadera circuncisión espiritual. Y esto es lo que declara Pablo: "porque la circuncisión a la verdad es provechosa, si guardas la ley" (Rom. 2:25). La circuncisión de un individuo en la carne le es de algún beneficio si permite que Cristo realice la verdadera circuncisión. . Porque al mirar su carne comprenderá la obra que se está realizando en su corazón: "Pero si eres transgresor de la ley, tu circuncisión se convierte en incircuncisión" (Rom. 2:25). Quien no obedece la ley tiene en sí mismo la evidencia de que no permitió que Cristo realizara la obra en su corazón. Él no posee la verdadera circuncisión, es

Cristo, por su espíritu, quien nos hace obedecer. Nuestras obras están tan lejos de cambiar nuestros corazones como el cuchillo de piedra, usado para circuncidar la carne, estaba tan lejos de eliminar el mal que existe dentro del hombre. Todos nuestros esfuerzos, ya sean físicos o mentales, no contribuyen en nada a este trabajo. Todo lo lleva a cabo el agente celestial. Nuestra parte es creer que

Cristo hará la obra de hacernos obedientes. Cuando los israelitas preguntaron: "¿Qué haremos para realizar las obras de Dios?", Jesús respondió y les dijo: "Esta es la obra de Dios: que creáis en aquel a quien él envió (Cristo)". Juan 6:28, 29. La pregunta: "¿Cómo debo obedecer los mandamientos de Dios"? Encuentra la siguiente respuesta: Cristo te hará obedecer. El profeta Isaías reconoció esta verdad, declarando: "Señor, tú nos darás paz, porque tú eres quien has hecho en nosotros todas nuestras obras" Isaías 26:12. Por lo tanto, "cree en el Señor Jesús y serás salvo" de tu pecados (Hechos 16:31). ¡Él te hará caminar en justicia!

Volviendo al punto del capítulo 2 de Romanos, el resto de las palabras de Pablo nos muestran que la evidencia de que alguien ha recibido la verdadera circuncisión es su obediencia a Dios. Independientemente de su nivel de conocimiento de la ley escrita en los Diez Mandamientos. Todo aquel que cree en Cristo será hecho obediente, porque "Cristo Jesús... permanece fiel; No puede negarse a sí mismo" 2 Timoteo 2:13. Quien sea sensible al toque del espíritu de Cristo en su conciencia, aunque aún no haya conocido la ley escrita de los Diez Mandamientos, será guiado por Él gradualmente a la obediencia a sus principios. De esto se entiende que "Si, pues, los incircuncisos (los que no han sido circuncidados en la carne) guardan los preceptos de la ley, ¿no serán contados los incircuncisos como circuncidados (serán tenidos por obedientes)? Y la incircuncisión que es por naturaleza (un hombre convertido pero no circuncidado en la carne), si cumple la ley, ¿no os juzgará a vosotros, que por la letra y la circuncisión sois transgresores de la ley? ROM. 2:26, 27.

Las Escrituras enseñan que al final del conflicto entre el pecado y la justicia, los santos juzgarán a los impíos: "Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos, y les fue dado poder para juzgar; y vi las almas de los que fueron decapitados por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, y no adoraron a la bestia ni a su imagen, ni recibieron su marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo por mil años." Y "toda lengua que se levante contra ti en juicio, condenarás; Esta es la herencia de los siervos del Señor, y su justicia viene de mí, dice el Señor" (Apoc. 20:4; Isa. 54:17).

Al concluir el argumento del capítulo, Pablo explora el hecho de que se sabía que los judíos estaban circuncidados para enseñar una lección importante sobre cómo Dios ve a los hombres. Como la verdadera circuncisión es la del espíritu, es justo entender que es verdaderamente judío, en el sentido espiritual, quien se deja guiar por Cristo por su espíritu. Y esto es independientemente de si está o no circuncidado en la carne. Pablo expresa esto con las palabras: "Porque no es judío el que lo es exteriormente, ni es circuncisión el que lo es exteriormente en la carne. Pero es judío el que lo es por dentro, y la circuncisión es el que es de el corazón, en espíritu, no en letra, cuya alabanza no es de los hombres, sino de Dios" Romanos 2:28, 29. ¡Amén!, así sea.

## Romanos 3

"¿Cuál, pues, es ventaja para el judío? ¿O de qué sirve la circuncisión? Mucho en todo, porque, ante todo, le han sido confiadas las palabras de Dios" Romanos 3:1, 2

Los israelitas tuvieron el privilegio de ser elegidos por Dios como depositarios de la revelación escrita de su voluntad a los hombres. La Biblia estaba disponible en su idioma y Dios proporcionó los medios para que el significado de Sus palabras fuera entendido y enseñado al pueblo. Nombró a toda una tribu para cumplir este propósito: Leví. Dios llama a este llamado el "pacto de Leví" Mal. 2:8. De esta tribu, entre los descendientes de Aarón, hermano de Moisés, vinieron los sacerdotes. Respecto a ellos dijo Dios: "porque los labios del sacerdote deben guardar el conocimiento, y los hombres deben buscar la ley de su boca, porque él es el mensajero de Jehová de los ejércitos" Mal. 2:7. Así, los israelitas tenían a su disposición el registro y la revelación de la voluntad divina. En este sentido, eran más privilegiados que el resto de personas.

Si estuvieran interesados en aprender y recibieran las palabras de Dios con fe, los israelitas serían una bendición para el mundo. Llegarían a ser un pueblo feliz, un ejemplo vivo de las bendiciones que se reciben por la obediencia a Dios, y también expositores del evangelio y de la ley divina a toda nación, tribu, lengua y pueblo. Se cumplirían las palabras concernientes a él: "Y sucederá que si oyeres la voz de Jehová tu Dios, y guardares todos sus mandamientos que yo te mando hoy, Jehová tu Dios te ensalzará". sobre todas las naciones de la tierra. Y todas estas bendiciones vendrán sobre ti y te alcanzarán, cuando oigas la voz de Jehová tu Dios: Bendito serás en la ciudad, y bendito serás en el campo. "Jehová entregará heridos delante de ti a tus enemigos que se levantaron contra ti; por un camino saldrán contra ti, pero por siete caminos huirán de tu presencia. El Señor mandará que la bendición esté contigo en tu graneros, y en todo lo que emprendas; y él te bendecirá en la tierra que el Señor te da tu Dios. El Señor te confirmará para sí como pueblo santo, como te ha jurado, cuando guardes los mandamientos de Jehová tu Dios, y andad en sus caminos. Y todos los pueblos de la tierra verán que el nombre de Jehová es invocado sobre ti, y te temerán... y Jehová te pondrá por cabeza. , y no la cola; y estarás arriba, y no abajo, si obedeces los mandamientos de Jehová tu Dios, que yo te ordeno hoy, que los guardes y los cumplas" Deut. 28:1-13. Entonces "los habitantes de una ciudad irán a otra, diciendo: Imploramos rápidamente el favor de Jehová, y busquemos a Jehová de los ejércitos; yo también iré. Muchos pueblos y naciones poderosas vendrán a Jerusalén a buscar al Señor de los ejércitos y a suplicar el favor del Señor. Así dice el Señor de los ejércitos: En aquel día sucederá que diez hombres, de todas las lenguas de las naciones, se apoderarán del borde de la vestidura de un judío, diciendo: 'Iremos contigo. , porque hemos oído que Dios está con vosotros". Zac., 8:21-23. "En aquel tiempo

A Jerusalén llamarán trono del Señor, y todas las naciones se reunirán a ella en el nombre del Señor en Jerusalén; y ya no andarán conforme al propósito de su malvado corazón" Jer. 3:17. Todas estas promesas podrían haberse cumplido, pero no se cumplieron debido a la incredulidad y dureza de los antiguos israelitas.

"¿Para qué? Si algunos fueran incrédulos, ¿su incredulidad destruirá la fidelidad de Dios? De ninguna manera; sea Dios siempre veraz, y todo hombre mentiroso; como está escrito, para que seáis justificados en vuestras palabras, y vengáis. cuando seáis juzgados" Romanos 3:3, 4.

Desafortunadamente, los judíos rechazaron al Mesías anunciado en las Escrituras que les habían sido confiadas, Aquel por medio del cual les habrían sido conferidos todas las bendiciones divinas: "el Hijo de Dios, Jesucristo... porque todas las promesas de Dios están en Él, sí, y por él el Amén" 2 Cor. 1:19, 20. Crucificaron al "Señor de la gloria" (1 Cor. 2:8, Hechos 2:36). Sólo a través de Cristo pudieron los israelitas obedecer los mandamientos confiados a ellos y recibir las bendiciones prometidas. Jesús dijo: "separados de mí nada podéis hacer" Juan 15:5. Al rechazarlo, fueron privados del poder divino y siguieron el camino de la transgresión. Las palabras dichas a los sacerdotes ya en los tiempos del Antiguo Testamento resultaron ser ciertas también después de la resurrección de Cristo: "Os habéis desviado del camino, habéis hecho caer de la ley a muchos, habéis corrompido el pacto de Leví, dice Jehová de los ejércitos" Mal. 2:8. Y en cuanto al pueblo, Dios también dijo: "desde los días de vuestros padres os habéis apartado de Mis estatutos, y no los habéis guardado" Mal. 3:7. Por esta razón, Sus promesas no pudieron cumplirse a la nación israelí.

Pero Dios todavía tendría un pueblo fiel en la tierra, y Sus promesas de bendiciones a los obedientes se cumplirían en la experiencia de Su verdadera iglesia. "Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, limpiándola en el lavamiento del agua, en la palabra, para presentársela a sí mismo como una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa e irreprochable" Ef. 5:25-27. La verdadera iglesia "guarda los mandamientos de Dios y la fe de Jesús" y "tiene el testimonio de Jesús", que es el "espíritu de profecía" (Apocalipsis 14:12; 12: 17, 19:10). Él cree que el creyente camina en perfecta obediencia a los mandamientos desde el comienzo de su experiencia, ya que "Dios es el que produce en vosotros tanto el querer como el hacer según su buena voluntad" Fil. 2:13. Así, cada uno de sus verdaderos miembros es un "hombre nuevo", convertido "según Dios; es creado en verdadera justicia y santidad" Ef. 4:24.

A través de esta revelación del evangelio Cristo guiará a los miembros de Su iglesia, los Ministerio Cuarto Ángel Aviso Final, si permanecéis fieles, a la obediencia y a la santidad y os concederán las bendiciones prometidas durante siglos: "en aquel tiempo llamarán a Jerusalén trono del Señor, y todas las naciones se reunirán a ella, en el nombre del Señor, en Jerusalén; y nunca más

andarán conforme al propósito de su malvado corazón” Jer. 3:17. “Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones”, “para la obediencia a la fe en todas las naciones” (Mat. 24:14, Rom. 1:5).

Acabamos de ver que Dios considera judío a cualquiera que se entrega a la influencia del espíritu de Cristo . Así, las siguientes palabras, que no pudieron cumplirse en la vida de los judíos según la carne porque rechazaron a Cristo, se cumplirán en la vida de los creyentes: "En aquel día tomarán diez hombres, de todas las lenguas. de las naciones, tomarán , en el borde de un manto judío, diciendo: iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros” Zac, 8:21-23.

Estas palabras predicen la conversión de personas de todos los pueblos mediante la predicación del verdadero evangelio de Cristo en los últimos días de la historia de la tierra. Así se demostrará que son ciertas las palabras de Romanos: "¿Para qué? Si algunos fueran incrédulos, su incredulidad aniquilará a los fieles de Dios? De ninguna manera; Sea siempre Dios veraz y todo hombre mentiroso". La fidelidad de Dios sigue siendo la misma. Él cumplirá Sus promesas en las vidas de aquellos que elijan servirle.

Al analizar el trato de Dios tanto con los judíos incrédulos como con los creyentes de todas las épocas, concluimos que es justo de su parte darle a cada uno el destino que elija. La evaluación del proceder de Dios que llevamos a cabo en nuestra mente es mencionada por Pablo cuando dice: “como está escrito: para que seáis justificados en vuestras palabras, y vengáis en vuestro juicio”. Significan que después de considerar la forma en que Dios dirigió los acontecimientos, le daremos razón en todo lo que hizo.

"Y si nuestra injusticia es causa de la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿Es Dios injusto, trayendo ira sobre nosotros? (Hablo como hombre). De ninguna manera; de lo contrario, ¿cómo juzgará Dios el mundo? Pero si por mi mentira la verdad de Dios abundó más para su gloria, ¿por qué soy todavía juzgado como pecador? ¿Y por qué no decimos (como somos blasfemados, y como dicen algunos que decimos): hagamos el mal, para que venga el bien? La condenación de éstos es justa” Rom. 3:5-8.

La manera de actuar de Dios es hacer justicia a quienes sufren la injusticia. Como dijo el salmista: “hazme justicia, oh Dios, y defiende mi caso contra la nación malvada. Líbrame del hombre engañoso e injusto” Sal. 43:1. Si hicimos injusticia a alguien, y luego esa persona clamó a Dios, pidiéndole que hiciera justicia, y Dios respondió enviando juicio sobre nosotros, en este caso podríamos decir que “nuestra injusticia” fue la “causa de la justicia de Dios”, es decir, nuestro mal comportamiento provocó o motivó la acción. de Dios para hacer justicia a los oprimidos, esto es lo que explicó Pablo.

Pero esto no deja lugar para que el autor de la injusticia intente justificarse con la excusa de que su mala conducta contribuye a la existencia de Dios y a que se haga justicia. El hecho de que Dios actúe para corregir el mal no excusará a quien lo causó. Dice: "el alma que pecare, esa morirá... la maldad de los impíos caerá sobre él" Eze. 18:4, 20. Y el profeta Jeremías declaró: "Ah Señor DIOS... Tus ojos están abiertos a todos los caminos de los hijos de los hombres, para dar a cada uno según sus caminos y según el fruto de sus obras" Jer . 32:17-19. La justicia exige que cada persona reciba proporcionalmente a sus obras.

En el tiempo del fin, Dios castigará la maldad de los habitantes de la Tierra con siete terribles plagas: "Y oí una gran voz que venía del templo, que decía a los siete ángeles: Id y derramad sobre la tierra los siete copas de la ira de Dios" Apocalipsis 16:1 Considerando que la humanidad se ha sumergido cada vez más en la práctica del mal a medida que pasa el tiempo, es seguro predecir que cuando esto suceda, será visto como un acto de verdadera justicia. de parte de Dios, porque " los hombres malos y engañadores irán de mal en peor" 2 Timoteo 3:13. En palabras de Romanos, Él será justo al "juzgar al mundo", "trayendo su ira" sobre aquellos entre nosotros que no se arrepienten, son rebeldes y malvados.

En el texto de Romanos, Pablo considera la realidad de los últimos días vista desde la perspectiva de los malvados. Miente y hace el mal. Y cuanto más perverso es, más resalta la santidad de su prójimo justo y los mandamientos de la Biblia que obedece. Evidentemente, el malvado nota el contraste y se toca la conciencia cuando contempla al justo. En esta situación, si fuera tentado a razonar que podría estar cooperando con el mejoramiento de la justicia, y por tanto con el plan de Dios, al hacer el mal, recibiría la respuesta de que esto no puede ser. Más bien, es justo que sea condenado por su maldad. A partir de esta comprensión, el significado de las palabras debería sonar claro: "Pero si por mi mentira la verdad de Dios abundó más para su gloria, ¿por qué soy todavía juzgado como pecador? ¿Y por qué no decimos: Hagamos el mal, para que así sea? ¿Que vienen los bienes? Su condena es justa".

Las palabras anteriores también encuentran cumplimiento en algunas ocasiones cuando descuidamos brindar ayuda a alguien o satisfacer su necesidad cuando está en nuestro poder y claramente vemos que es nuestro deber hacerlo. El tiempo pasa y Dios actúa a través de otro instrumento, trayendo la liberación. Entonces estamos tentados a pensar que, dado que la acción de Dios en la liberación fue manifiesta, nuestra negligencia contribuyó al plan de Dios, dándole la oportunidad de actuar. Esta es una forma de decir "hagamos el mal para que venga el bien". Hacer daño, en el sentido bíblico, no consiste simplemente en actuar intencionadamente para dañar la causa de Dios o de los demás. "El que sabe hacer el bien y no lo hace, comete pecado".

Tía. 4:17. Si nuestra negligencia da lugar a que Dios se manifieste para liberar al que sufre de otra manera, no podemos, por tanto, considerarla una virtud. No es. Para quienes así lo creen, valen las siguientes palabras: "su condena es justa".

Todos los predicadores del evangelio han sido blasfemados por los malvados. Según el diccionario, blasfemia es el término que define todas las acciones que insultan u ofenden a alguien digno de respeto. Se puede blasfemar atribuyéndole a una persona una acción que no realizó, o aplicándole una etiqueta que no se corresponde con su conducta o carácter. Pablo y sus hermanos en la fe, predicadores del evangelio, fueron blasfemados. Dijo: "somos blasfemados, y como algunos dicen que decimos" "hagamos el mal, para que venga el bien". Sus enemigos declararon que les enseñaban a considerar la negligencia y la maldad como virtudes. La verdad era diferente. Predicaron el evangelio del reino para llevar a los hombres a la "verdadera justicia y santidad": "en él fuisteis enseñados, como la verdad está en Jesús, a que en cuanto a la conducta pasada os despojéis del viejo hombre, que está corrompido por la vida". las concupiscencias engañosas y renovaos en el espíritu de vuestra mente; y vestíos del nuevo hombre, que según Dios es creado en verdadera justicia y santidad" Ef. 4:21-24.

Satanás - cuyo nombre significa adversario - al ver que no podía contradecir el verdadero evangelio de Dios, utilizó la estrategia de emplear agentes humanos para difamar a sus mensajeros. Esperaba crear tal prejuicio que la gente no quisiera escucharlo. "el dios de este siglo ha cegado el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo" 2 Cor. 4:4. Sin embargo, la Escritura revela que se frustrará en todos sus planes, porque "este evangelio del reino será predicado en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones" Mateo 24:14. Entonces "la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar" Isaías 11:9.

"¿Y qué? ¿Somos más excelentes? En absoluto, porque hemos demostrado antes que tanto judíos como griegos están todos bajo pecado; como está escrito, no hay justo, ni siquiera uno. No hay quien entienda; no No hay quien busque a Dios. Todos se han descarriado, y a una se han vuelto inútiles. No hay quien haga el bien, no hay uno. Su garganta es un sepulcro abierto; con sus lenguas hacen engaño; el veneno De áspides está debajo de sus labios; cuya boca está llena de maldición y amargura. Sus pies se apresuran a derramar sangre. En sus caminos hay destrucción y miseria; y no han conocido el camino de la paz. No hay temor de Dios delante. sus ojos" Romanos 3: 9-18.

Juan escribió: "Hijitos, nadie os engañe. El que practica justicia es justo" 1 Juan 3:7. Y practicar la justicia es obedecer los diez mandamientos de Dios, porque "todos sus mandamientos son justicia" Sal. 119:172. Excepto Cristo, ningún hombre ha vivido sin haber cometido pecado. Pablo afirma esto: "Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por eso todos pecaron" Rom. 5:12. Desde que pecó, la naturaleza de Adán estaba inclinada al mal y no tenía poder en sí mismo para

resistelo. Este legado lo transmitió a todos sus descendientes. Sin Cristo, nos encontramos en la situación que se describe a continuación: "Soy carnal, vendido al pecado... la mente carnal es enemistad contra Dios, porque no está sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede estarlo. Por lo tanto, los que son carnales no pueden agradar a Dios" Romanos 7:14; 8:7, 8.

No ser justo por naturaleza es una condición de todos los descendientes de Adán, de toda la humanidad. Independientemente de la nacionalidad -e incluso de los privilegios religiosos que hayan podido tener- todos tienen la misma naturaleza. Pablo explora esta verdad en las palabras escritas a los romanos. Describen a todos: judíos y gentiles, conocedores y no conocedores de la Biblia, entonces y hoy: "¿Y qué? ¿Somos más excelentes? En absoluto, porque previamente hemos demostrado que tanto los judíos como los griegos están todos bajo pecado; como escrito está: No hay justo, ni siquiera uno. No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se extraviaron, y a una se hicieron inútiles. No hay quien haga el bien. No hay ninguno. Su garganta es un sepulcro abierto; Con sus lenguas hacen engaños; Veneno de áspides hay debajo de sus labios; Cuya boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran a derramar sangre. En sus caminos allí son destrucción y miseria; y no han conocido el camino de la paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos." Incluso el hecho de que tengamos conocimiento de la voluntad de Dios revelada a través de la Biblia no cambia nuestra naturaleza. El conocimiento teórico de la Los Diez Mandamientos no cambian el corazón del hombre. Sólo el "poder de Dios" puede producir el cambio y, en consecuencia, la salvación del pecado (Rom. 1:16).

"Ahora sabemos que todo lo que dice la ley, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y el mundo entero sea condenado delante de Dios. Por tanto, ninguna carne será justificada delante de Él por las obras de la ley. ley, porque por la ley viene el conocimiento del pecado" Romanos 3:19, 20.

En las palabras anteriores, Pablo declara la realidad: los mandamientos de Dios informan qué conducta le agrada; y nos llevan a la conclusión de que vivir según esta norma está más allá de nuestras propias fuerzas. Por lo tanto, la letra de la ley tiene el propósito de convencernos de que somos pecadores y que nuestra condena por nuestra desobediencia es justa. "El pecado es transgresión de la ley" 1 Juan 3:4. Y "la paga del pecado es muerte" Rom. 6:23.

Antes de conocer la ley, el hombre intuye sus errores. Pero cuando conoces los diez mandamientos tu conciencia se despierta con claridad. No hay duda de cuál es su deber y de que no lo cumple. "Por la ley viene el conocimiento del pecado". Por lo tanto, "lo que dice la ley, lo dice a los que están bajo la ley", es decir, a los súbditos del gobierno de Dios - que consisten en todas sus criaturas, incluidos los hombres - "de modo que toda boca quede cerrada y el mundo entero está condenado ante Dios".

Sólo quien se siente mal siente la necesidad de acudir al médico. También es así en la vida espiritual. El hombre necesita verse a sí mismo como el pecador que es, sentir una verdadera necesidad del Salvador, sentir "hambre y sed de justicia", de la justicia que no posee (Mateo 5:6). Su carta, de Romanos 1:18 al 3:20, para presentar el diagnóstico de esta enfermedad que todos hemos sido afectados, en fin, en estos versículos explica que todos los hombres, en su condición natural, sin Cristo, están haciendo el mal. la realidad incluso de quienes conocen los Diez Mandamientos, ya que el conocimiento no cambia la naturaleza del hombre ni le da poder para vencer su inclinación al mal, por lo tanto, frente al conocimiento de la voluntad de Dios revelada, sea dada por obras por naturaleza. o por la letra de los Diez Mandamientos, cada uno se encuentra condenado a muerte por sus pecados.

Después de tildar a todos los hombres de enfermos y convencerlos de ello, Pablo se presenta ellos sanando:

"Pero ahora la justicia de Dios sin la ley ha sido manifestada, teniendo el testimonio de la ley y de los profetas; es decir, la justicia de Dios por la fe en Jesucristo, a todos y sobre todos los que creen; porque no hay diferencia ...Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios" Romanos 3:21-23

Pablo dice que la justicia de Dios se manifestó "sin la ley". Este término se entiende de los versos anteriores. Desde el comienzo del capítulo 3 se centra en la situación de los judíos, los israelitas, conocidos como el pueblo de la ley. Recorriendo el versículo 19, sostiene que no pueden, por naturaleza, alcanzar la norma propuesta por Dios, pues el conocimiento de la ley no cambia su naturaleza; no los hace más fuertes que los paganos que no saben nada. Sin la asistencia divina, la utilidad que la ley tiene para ellos es sólo mostrar, claramente, cuán transgresores son. A través de él ven que su pasado presenta una lista de transgresiones que no pueden cambiar, e incluso en el presente continúan siendo desobedientes.

Para que el hombre pueda practicar la justicia de Dios, sería necesario que recibiera algo más que sólo la letra de la ley. Se necesitaría una acción de Dios. Es en este punto que comienza la narración del versículo 21: "Pero ahora la justicia de Dios se ha revelado sin la ley, teniendo el testimonio de la ley y de los profetas". Algo más allá de la letra de la ley se anuncia con estas palabras. Pablo anuncia la venida de Cristo, el Hijo de Dios, a la Tierra.

En aquella época, las Sagradas Escrituras disponibles eran los libros del Antiguo Testamento. Y fueron llamados el conjunto de "la ley y los profetas". Jesús al decir que no vino a cambiarlos, dijo: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas: no he venido para abrogar, sino para cumplir" Mateo 5:17. Y afirmó: "Escudriñad las Escrituras, porque pensáis que en ellas estáis vida eterna, y ellos son los que dan testimonio de mí" Juan 5:39. Que así sea, la "ley y los profetas" - los

Escrituras: testifica de Cristo. La "justicia de Dios" de la que atestiguan la ley y los profetas, mencionada en Romanos, es Cristo. Puesto que el hombre no podía, por el mero conocimiento de la ley, llegar a ser obediente a ella, Dios envió al Salvador, Cristo Jesús. Él es nuestra Justicia. Pablo dice que todos pueden recibir la justicia de Dios al creer en Cristo, a través de las palabras: "la justicia de Dios por la fe en Jesucristo para todos y para todos los que creen; porque no hay diferencia. Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios".

"Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por la fe en su sangre, para demostrar su justicia mediante la remisión de los pecados pasados, bajo la paciencia de Dios; para demostrar su justicia en este tiempo presente, para que sea justo y justificador del que tiene fe en Jesús". Romanos 3:24-26.

Aquí se menciona un trabajo en el que no tenemos participación activa. La condición de todos los hombres era: desobedientes, transgresores. Entonces Dios tomó la iniciativa de salvar a todos. "Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no imputándoles sus pecados... Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él" 2 Cor. 5: 20, 21. Cristo llevó "en su cuerpo nuestros pecados en el madero (la cruz)" 1 Ped. 2:24. Entonces fuimos perdonados.

Todos los pecados cometidos por los hombres en todas las épocas fueron pagados por Cristo en la cruz. Y todos los que creen en el perdón gratuito dado en Cristo Jesús se hacen cargo de esta realidad. "La paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús" Rom. 6:23. Esta es la gracia o favor inmerecido de Dios: la entrega de la vida de Su Hijo, tanto en la cruz como después de Su resurrección, por el espíritu santo, para que seamos redimidos de la condenación de muerte y por Él vivamos. siempre en obediencia. . Esto se explicará más adelante.

"Dios propuso" Esta expresión muestra que la iniciativa fue suya. Como entre todos los hombres "no hay nadie que busque a Dios" por iniciativa propia, Él vino a nosotros para proponernos la salvación que Él diseñó y creó (Rom. 3:11). Esta salvación consiste en "la propiciación mediante la fe en Su sangre", la sangre de Cristo. La Biblia enseña que "la vida de la carne está en la sangre" (Levítico 17:11). Por lo tanto, cualquiera que crea que Cristo dio su vida en pago por sus pecados, tiene fe en su sangre . Dios nos ha perdonado en Cristo (Efesios 4:32). Al creer en el sacrificio, aprovechamos la bendición del perdón.

Este perdón se asegura a través de una obra realizada por Cristo, llamada "propiciación", se explica en el libro del Éxodo, en la experiencia del pueblo de Israel, cuando Moisés subió al monte Sinaí, permaneció allí cuarenta días, recibir instrucciones especiales para

comunicar a la gente. Mientras tanto, el pueblo, al pie de la montaña, considerando que tal vez no regresaría dado su retraso, indujo a Aarón a construir un ídolo -el becerro de oro- y comenzaron a adorarlo. "Entonces el Señor dijo a Moisés: Ve, desciende, porque tu pueblo que sacaste de Egipto se ha corrompido, y rápidamente se han desviado del camino que yo les mandé; se han hecho becerros de fundición, y se postraron ante él, y le ofrecieron sacrificios, y dijeron: Este es tu dios, oh Israel, que te sacó de la tierra de Egipto... Y aconteció que cuando Moisés entró en el campamento, y vio el becerro y las danzas, lo encendió; se desató su ira, y arrojó las tablas de sus manos, y las rompió al pie del monte... Y aconteció al día siguiente que Moisés dijo a pueblo, habéis cometido un gran pecado. Pero ahora subiré a Jehová, tal vez haga expiación por vuestro pecado. Entonces Moisés se volvió a Jehová, y dijo: Ahora este pueblo ha cometido un gran pecado al hacer por ellos mismos dioses de oro. Ahora, pues, perdona su pecado; si no, bórrame ahora de tu libro que has escrito" Éxodo 32:7, 8, 19, 30-32.

Se observa que la propiciación llevada a cabo por Moisés consistió en el acto de él de interceder por el pueblo ante el Señor, pidiéndole que perdone sus pecados. En el gran plan de redención "hay... un Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo" 1 Timoteo 2:5. Intercede y pide a Dios que nos conceda el perdón definitivo de nuestros pecados, basado en la entrega de su vida -su sangre- como pago de nuestra deuda. Y Dios siempre responde a las peticiones de Cristo a nuestro favor, como Él mismo dijo: "Y todo lo que pidáis en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo" Juan 14:13.

Así, a través de la fe en el sacrificio de Cristo y la propiciación que Él realiza, Dios se muestra paciente con nosotros, redimiendo o perdonando los pecados que hemos cometido en el pasado. En el lenguaje de los romanos: "para demostrar su justicia mediante la remisión de los pecados que se han cometido antes, bajo la paciencia de Dios".

Pero la obra de intercesión o propiciación que Cristo realiza no sólo nos obtiene el perdón de los pecados pasados. A través de él también recibimos una bendición en tiempo presente, en el momento en que nos rendimos a Él. Esto fue explicado en el ritual del santuario dado a los hebreos. Al realizar la propiciación, el sacerdote mojaba su dedo en la sangre de la ofrenda por el pecado y la rociaba "delante del Señor, delante del velo", que era la cortina que dividía los dos compartimentos interiores del templo de Dios, llamado "santo". y "santísimo" Levítico 4:16, 17, 20. Como la sangre representa la vida (Levítico 17:11), sabemos que esta ceremonia representó la entrega de la vida de Cristo en el templo. Pero nosotros somos los "templo de Dios" (1 Cor. 3:17). En consecuencia, la enseñanza contenida en el ritual era que Cristo comunicaría su vida a los creyentes mientras intercedía por ellos, actuando como Sacerdote, en el santuario. Pablo hace la conexión entre el rito de la aspersion de la sangre realizada en el santuario y de esta obra divina con las palabras: "Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos y las cenizas de la novilla rociadas sobre los inmundos los santifica para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, que por el espíritu eterno se ofreció inma

Dios, ¿purificarás tu conciencia de obras muertas para servir al Dios vivo?" Heb. 9:13, 14. Cristo daría su vida, en el tiempo presente, a los creyentes, comunicando el espíritu santo, como podemos ver en el relato de Juan: "Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros, como el Padre Me envié, yo también os envío. Y habiendo dicho esto, soplo sobre ellos y les dijo: Reciban el espíritu santo" Juan 20:21, 22.

Al respirar, Cristo comunicó vida espiritual a sus discípulos. Esto fue lo mismo que sucedió en la creación. "Y Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y soplo en su nariz aliento de vida, y fue el hombre alma viviente" Génesis 2:7. Dios hizo un muñeco de barro, que estaba sin vida. Entonces soplo Su espíritu entró en el muñeco y éste se convirtió en un hombre vivo.

De la misma manera, anteriormente estábamos "muertos en delitos y pecados" Ef. 2:1. Pero cuando creímos en Cristo, él nos envió su espíritu, y por él fuimos limpiados. Pedro dijo: "Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del espíritu santo" Hechos 2:38. "Dios ha enviado el espíritu de su Hijo en vuestros corazones" Gálatas 4:6. El poder del espíritu actúa contra nuestros deseos pecaminosos e implanta deseos de santidad. "Porque la carne lucha contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, porque son opuestos entre sí; para que no hagas lo que quieres". Galón. 5:17. Además, el espíritu nos fortalece para realizar las obras de obediencia a los Diez Mandamientos de Dios. Así, somos sacados por él de la condición de esclavos del pecado y liberados. Por lo tanto, "donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad" 2 Corintios 3:17.

Dado que el espíritu de Dios convierte al creyente, éste efectivamente deja de practicar la injusticia y comienza a practicar la justicia, que es la obediencia a los mandamientos de Dios. Porque los mandamientos de Dios son justicia (Sal. 119:172). Pablo dijo: "Pero si sois guiados por el espíritu, no estáis bajo la ley" Gálatas 5:18. El que la practica no está bajo la ley, o no es condenado por ella. La Biblia llama espíritu santo "el espíritu santo." de justicia" (Isa. 4:4) Así, cuando Cristo derrama Su espíritu sobre el corazón del creyente, literalmente está derramando obediencia en el corazón del creyente.

Para decirlo de otra manera, Él está transformando el corazón del hombre -el mío y el tuyo- en uno puro y obediente. Por tanto se puede ver que nuestra obediencia a los mandamientos proviene enteramente de Dios. Al renunciar al espíritu que recibió de Dios, Cristo lleva a cabo la obra en nuestros corazones por la fe. Como consecuencia, en el "tiempo presente", es decir, en el momento en que creemos, la justicia de Dios se demuestra en nuestras vidas.

"para ser justo y justificar al que tiene fe en Jesús". Dios no sería justo si declarara "justo" a un hombre impío, con un corazón decidido a hacer el mal, sólo porque dice creer en Jesús, al respecto el apóstol Santiago afirma claramente: "creéis que hay un solo Dios; haces bien. Los demonios también creen y tiemblan. Pero, oh hombre vanidoso, ¿quieres saber que la fe sin obras está muerta?" Tía. 2:19, 20. Pero cuando Dios renueva el corazón del hombre y éste se vuelve del pecado a la justicia, la declaración de Dios al

Su respeto, que es justo. Es como dijo Juan: "Hijitos, nadie os engañe. El que practica la justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Por esto el Hijo de Dios se manifestó: para deshacer las obras del diablo.

Todo aquel que nace de Dios no comete pecado; porque su simiente permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios". 1 Juan 3:7-9. "Entonces veis que el hombre es justificado (ante los demás hombres y las criaturas de Dios) por las obras, y no sólo por la fe" Santiago 2:24.

Dios es justo al justificar o declarar "justo" al hombre que convirtió, cuyo corazón cambió del pecado a la justicia, por el poder de su espíritu. Y le damos permiso para realizar esta obra cuando creemos en Cristo como nuestro Salvador; en Su sacrificio e intercesión por nosotros. Pablo les dijo a los romanos que Dios hace esta obra en aquellos que "tienen fe en Jesús".

"¿Dónde, pues, está la jactancia? Está excluida. ¿Por qué ley? ¿De las obras? No; sino por la ley de la fe. Por lo tanto concluimos que un hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley". ROM. 3:27, 28.

Dado que es Dios quien hace la obra en nuestros corazones y nos hace obedecer, no hay lugar para que nos gloriamos en ningún bien que hagamos. El hombre es perdonado y su corazón es transformado -o hecho justo- por Dios. Es como dijeron los profetas: "Conviértenos a ti, Señor, y seremos convertidos" Lam. 5:21. "Señor, tú nos darás paz, porque tú eres el que has hecho todas nuestras obras en nosotros" Es un. 26:12. Por lo tanto, el hombre es justificado, es decir, perdonado y hecho justo, obediente a los Diez Mandamientos, sólo por la fe. Tus propias fuerzas o habilidades no contribuyen en lo más mínimo a este trabajo.

Para que no se malinterprete el párrafo anterior, conviene aquí una aclaración. Somos justificados o hechos justos por la fe. Pero la fe es el resultado de una elección que hacemos. Cuando alguien nos cuenta una historia, decidimos creerla o no. Lo mismo es cierto con respecto al relato del evangelio. ¿Creemos en esta verdad? ¿Creemos que Cristo murió por nuestros pecados y hoy, resucitado, intercede por nosotros? Cuando lo escuchamos, el espíritu de Dios nos invita a creerlo, porque él es el "espíritu de fe" Gál. 5:5. Si no resistimos esta convicción, creeremos. Tendremos la fe que salva. Para ser salvos debemos optar por no resistirnos a esta convicción. Dios nos llama a tomar la decisión correcta, pero no nos obliga a hacerlo. Está dentro de la ciudadela de nuestro libre albedrío.

Aún considerando esta situación, puede suceder que el enemigo de nuestra alma intente regalarnos pensamientos como: "No sé si creo; No creo que lo crea". O: "No lo puedo creer; no hay salvación para mí". Si esto te ha sucedido, recuerda que Cristo resuelve este problema con la mayor facilidad. Clama a Dios para que Cristo te dé fe y ésta aparecerá al instante. Lo siguiente que sabrás es que serás un firme creyente. Esto se enseña claramente

en la Biblia. Ella relata que cierto padre vino a Cristo y le dijo: "Maestro, te he traído a mi hijo, que tiene un espíritu mudo; y dondequiera que lo atrapa, lo despedaza, y echa espuma y rechina los dientes, y se está consumiendo; y dije a tus discípulos que lo echaran fuera, pero no pudieron... Y preguntó a su padre: ¿Hace cuánto le sucede esto? Y él le dijo: Desde que era niño... Si puedes hacer algo, ten piedad de nosotros y ayúdanos. Y Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible. E inmediatamente el padre del niño, llorando con lágrimas, dijo: Creo, Señor, ayuda mi incredulidad. Y Jesús, viendo que venía la multitud, reprendió al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu mudo y sordo, yo te mando: Sal de él, y no entres más en él.

Y él, gritando y sacudiéndolo con fuerza, salió; y el niño quedó como muerto, de modo que muchos decían que estaba muerto. Pero Jesús, tomándolo de la mano, lo levantó y se puso de pie".

Marcos 9:17-27.

"¿Es Dios sólo de los judíos? ¿Y no lo es también de los gentiles? También de los gentiles, ciertamente, ya que Dios es uno, que justifica la circuncisión por la fe, y la incircuncisión por la fe. ¿Por eso anulamos la ley por la fe? ¿No? en absoluto, pero hemos establecido la ley".

ROM. 3:29-31.

Unos versículos antes de que Pablo declarara que todos los hombres están en la misma condición: "todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios" Rom. 3:23. Tu nacionalidad no cambia tu naturaleza interior. Por tanto, la forma en que pueden ser perdonados por Dios es la misma: a través de la fe en Jesucristo. Tanto el judío, que fue circuncidado según la ley de Moisés, como el gentil incircunciso son perdonados por la fe. Y hasta hoy, dado que tenemos la misma naturaleza que nuestros antepasados humanos, sólo podemos ser justificados por la fe. Nunca ha habido ni habrá un pueblo que pueda ser perdonado y salvado por Dios por cualquier otro medio.

Prueba de ello la tenemos en el hecho de que Dios determinó que el mismo evangelio fuera predicado, en los últimos días, en el tiempo del Apocalipsis, a todos los pueblos de la Tierra: "Vi otro ángel volando en medio del cielo, y tenía el evangelio eterno, para proclamarlo a los moradores de la tierra, y a toda nación, tribu, lengua y pueblo". Apocalipsis 14:6. No se hace distinción de nacionalidad, filosofía, partido o credo religioso. El evangelio es el mismo para todos. Jesús dijo: "Yo soy la puerta; el que por mí entra, será salvo" Juan 10:9.

Recientemente notamos que los creyentes en Cristo reciben el espíritu santo y por este poder son convertidos y hechos justos, obedientes a la ley de Dios (Gá. 4:5; 5:17, 18). En consecuencia, se ve que la ley está establecida en el corazón del creyente. Y esta es la promesa del pacto hecho por Dios con el hombre: "Porque este es el pacto que después de aquellos días haré con la casa de Israel, dice el Señor: pondré mis leyes en su entendimiento, y escribiré ellos en sus corazones." Heb.

8:10. Luego "¿anulamos la ley por la fe? De ninguna manera, sino más bien confirmamos la ley". Cuando un hombre es justificado, se le hace obediente. Si sus obras muestran que no fue convertido, eso es evidencia de que no fue justificado. Y si él, en esta situación, piensa o dice estar justificado, su esperanza es vana y se engaña a sí mismo. Para que nadie caiga en este error, Jesús advirtió: "No todo el que me dice: '¡Señor, Señor!' entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán". en aquel día: 'Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre? ¿Y en tu nombre echamos fuera demonios? ¿Y en tu nombre hemos hecho muchas maravillas? Y entonces les diré abiertamente: Nunca os conocí: apartaos. de Mí, los que hacéis la iniquidad". Mateo 7:21-23.

## Romanos 4

"¿Qué diremos, pues, que hemos llegado a Abraham, nuestro padre según la carne? Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no delante de Dios. Entonces, ¿qué dice la Escritura? Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Ahora bien, al que hace cualquier trabajo, la recompensa no se le imputa según la gracia, sino según la deuda. Pero al que no practica, sino que cree en aquel que justifica a los impíos, su fe le es contada por justicia. Así también David declara bienaventurado al hombre a quien Dios imputa justicia sin obras, diciendo: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el hombre a quien el Señor no le imputa pecado". ROM. 4:1-8.

La palabra "padre" se usa en la Biblia para referirse al antepasado o ascendiente. Los israelitas eran descendientes de Abraham, por eso lo consideraban su padre. Más adelante en el capítulo, Pablo explica que a él se le considera "el padre". de la fe" (Rom. 4:12), y lo menciona como "Abraham, el cual es el padre de todos nosotros", judíos y no judíos. (Romanos 4:16). Por eso entendemos que la historia de Abraham se presenta aquí como un ejemplo instructivo no sólo para los israelitas, sino para todo el pueblo que tiene fe. Tu experiencia es un ejemplo de verdadera fe.

El argumento presentado es que, por sus propias fuerzas o "según la carne", Abraham no logró nada ante Dios. Aquí está su historia, contada en Génesis: "Y Abram (al Señor) dijo: He aquí, no me has dado hijos, y he aquí, uno nacido en mi casa será mi heredero. Y he aquí vino a él palabra de Jehová, diciendo: Éste no será tu heredero; Pero el que salga de tu vientre será tu heredero. Entonces lo llevó afuera y le dijo: Mira ahora al cielo, y

Cuenta las estrellas, si puedes contarlas. Y él le dijo: Así será tu descendencia. Y creyó en el Señor, y le fue contado por justicia" Gén. 15:3-6. Abraham no tuvo hijos. Sin embargo, Dios le prometió que de él descendería una nación entera de millones de personas. Él no tenía, por sí mismo, fuerza o poder para generarlos. Su esposa, "Sarai era estéril, no tenía hijos".

Gen. 11:30. Nada de lo que hiciera cambiaría esta realidad. Pero él creía que Dios cumpliría su promesa. Entonces, Dios consideró su fe y la honró, realizando la obra por él. Le dio un hijo.

La historia cuenta que "creyó en Jehová, y le fue contado por justicia". La justicia corresponde a hacer la voluntad de Dios, porque "todos sus mandamientos son justicia" (Sal. 119:172). La fe de Abraham fue contada como justicia, porque a través de él Dios obró con su poder y cumplió el

construcciones.

La experiencia de Abraham ilustra cómo Dios perdona nuestros pecados. También muestra que el perdón es un paquete que contiene dos bendiciones: (1) el reemplazo del registro de nuestros pecados pasados y (2) la concesión del poder, en el tiempo presente, para obedecer a Dios, como veremos a continuación.

(1) el reemplazo del registro de nuestros pecados pasados. Considerando nuestra vida pasada, vemos que hemos transgredido los Diez Mandamientos muchas veces; por lo tanto, no poseemos la justicia, la obediencia que la ley requiere. Somos completamente impotentes para cambiar nuestro pasado. Pero Dios todavía nos perdonó en Cristo (Efesios 4:32). Por lo tanto somos justificados o perdonados, creyendo que Dios nos ha perdonado en Cristo. Dios considera nuestra fe como justicia, como lo hizo con Abraham. Como resultado, Él ve a los creyentes como personas que nunca han pecado.

Esto lo explicamos mejor a continuación.

El perdón divino implica un intercambio. Dios reemplaza nuestro pasado con la vida de Cristo, y la muerte que nos caería como recompensa por nuestros pecados con la de Cristo. El registro de Su vida perfecta, sin pecado de principio a fin, desde el pesebre hasta la cruz, reemplaza el de nuestras transgresiones pasadas. Y Su muerte reemplaza la muerte que merecemos por nuestros pecados (Rom. 6:23). A través de este intercambio permanecemos limpios ante Dios. Dios nos ve tan perfectos como Su Hijo. Esto está representado, en la Biblia, por la figura de Cristo cambiando las ropas sucias del sacerdote Josué por otras limpias. Entonces respondió a los que estaban delante de él, diciendo: quítenle esta ropa sucia. Y dijo a Josué: He aquí, yo he hecho pasar de ti tu iniquidad, y te vestiré con vestiduras finas" Zac. 3:4. Las prendas limpias corresponden a la vida de perfecta obediencia de Cristo, o Su justicia. Abraham creyó a Dios y esto fue contado como justicia - como el cumplimiento de la promesa - el hijo. Y lo recibió. Así que también creemos en Dios y esto se nos cuenta como justicia, como el cumplimiento de la promesa divina de pagar nuestra deuda e intercambiar nuestro pasado por el de Cristo.

(2) la concesión de poder, en tiempo presente, para obedecer a Dios. El ejemplo de Abraham citado por Pablo en Romanos muestra que, si bien el intercambio representado arriba es algo maravilloso para nosotros, no abarca todo lo que nos concede el perdón de Dios. Como resultado de la fe, Dios hizo una obra en Abraham y Sara, dándoles fuerza y permitiéndoles tener un hijo. Al momento de cumplirse la promesa, ninguno de los dos tenía las condiciones físicas para generar. El cuerpo de Abraham "estaba muerto, porque tenía casi cien años", y Sara, además de ser estéril, tenía un "vientre muerto" Romanos 4:19. La Biblia dice que "Sara ya había cesado la costumbre de las mujeres". "Gén. 18:11. En otras palabras, ya no menstruaba. Sin embargo, Abraham "creyó con esperanza contra toda esperanza, hasta el punto de que llegó a ser padre de muchas naciones, conforme a lo que le fue dicho: Así será tu descendencia. Y sin debilitarse en la fe, no consideró más su propio cuerpo muerto". ... ni por la muerte del vientre de Sara. Y él no dudó de la promesa de Dios... y estando plenamente convencido de que también era poderoso para hacer lo que había prometido . Así que también le fue contado por justicia". Romanos 4:18-22.

Abram creyó que Dios le daría su hijo. Esta obra dependía enteramente de la operación del poder divino. Por eso, cuando Isaac nació, dio toda la gloria a Dios -a quien realmente pertenecía- y ninguna a sí mismo. Lo mismo ocurre con nosotros también. Creemos en Cristo y, como resultado, "Dios envió a vuestros corazones el espíritu de su Hijo", el espíritu santo, como el poder que nos hace obedecer los Diez Mandamientos (Gálatas 4:6), nuestra carne. , para que no hagamos nuestra voluntad pecaminosa (Gálatas 5:17). Por lo tanto, cuando somos "guiados por el espíritu" no estamos "bajo la ley" (Gálatas 5:18). No somos condenados por él porque lo obedecemos. Como en el caso de Abraham, la obra del espíritu santo en nosotros proviene enteramente de Dios.

De lo anterior, vemos que las bendiciones inmediatas incluidas en el paquete de perdón de pecados que Dios nos da son obra suya y únicamente suya. Tanto cambiar la muerte de Cristo por lo que merecemos y su vida perfecta por nuestro pasado sucio, como realizar la conversión en nosotros a través del espíritu santo, son obras de Dios. Así que la gloria para todos ellos es sólo suya: toda suya y nada nuestra. A veces, Satanás usa personas, incluso las bien intencionadas, para alabarnos por el cambio que hemos visto en nuestras vidas después de entregarnos a Cristo. Pero a la luz de lo que estudiamos, debemos tener cuidado de no aceptar alabanzas y tomar para nosotros la gloria que le pertenece a Él.

Si tuviéramos alguna participación activa en la obra del perdón divino, entonces podríamos considerarnos dignos de perdón. Pero se nos da como una gracia, es decir, un favor concedido por Dios, que no merecemos. Y es por eso que David declaró, como menciona Pablo: "Bienaventurado el hombre a quien Dios imputa justicia sin obras, diciendo: Bienaventurado aquel cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el hombre a quien El Señor no imputa pecado" (Sal. 31:1, 2).

"¿Esta bienaventuranza llega sólo a los circuncidados, o también a los incircuncisos?"

Porque decimos que la fe fue contada por justicia a Abraham. ¿Cómo entonces se le imputó?

¿Estar circuncidado o incircunciso? No en la circuncisión, sino en la incircuncisión. y recibido

la señal de la circuncisión, el sello de la justicia de la fe cuando era incircunciso, para ser padre de

todos los creyentes, siendo también incircuncisos; para que también a ellos se les impute justicia; y fue

el padre de la circuncisión, de los que no sólo son de la circuncisión, sino que también andan en las

pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham, la cual tuvo en la incircuncisión".

ROM. 4:9-12.

Dios le dio a Abraham la promesa de que sería padre de muchas naciones antes de ofrecerle la señal de la circuncisión. Primero, como se informa en Génesis 15, "lo llevó afuera

y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si puedes contarlas. Y él le dijo: Así será

tu descendencia" Génesis 15:5 . Más tarde, como relata el capítulo 17, le dio la circuncisión

como señal para recordarle que cumpliría su promesa." Entonces Abram cayó sobre su

rostro, y Dios le habló, diciendo: En cuanto a mí, he aquí mi pacto con tú: Tú serás padre de

muchas naciones... Dios dijo a Abraham: Pero tú guardarás mi pacto, tú y tu descendencia

después de ti por sus generaciones. Este es mi pacto que guardaréis entre mí y vosotros, y

entre vuestra descendencia después de vosotros: que todo varón entre vosotros será

circuncidado. Y circuncidarás la carne de tu prepucio; y esto será una señal del pacto entre Yo y vosotros" Génesis

17:3, 4, 9-11. Se ve, pues, que Abraham recibió la promesa cuando no estaba circuncidado. Es más,

cundo lo recibió ni siquiera sabía que un día Dios le pediría que circuncidara su carne.

Luego la promesa era independiente de la circuncisión. El acto de cortar la carne no tenía ninguna

virtud capaz de cumplir la promesa, ni siquiera de hacer a Abraham digno de ella. Para el patriarca no

era más que una señal que le recordaba constantemente la promesa de Dios. En palabras de Pablo :

el sello de justicia que viene por la fe.

Por lo tanto, Abraham se convirtió en un ejemplo de verdadera fe para todos los pueblos. Se le

considera un ejemplo para los judíos circuncidados, ya que fue su antepasado y como tal recibió el

signo de la circuncisión. Pero también es ejemplo para los no circuncidados, ya que recibió la promesa

y creyó en ella cuando no estaba circuncidado.

Es en este sentido que se le considera el "padre de la fe": es un ejemplo de fe verdadera para

todos los que creen, estén o no circuncidados. En esta misma línea de razonamiento, Pablo sostiene

que Abraham es el "padre de la fe". de la circuncisión". Aquí se refiere a la verdadera circuncisión, la

del espíritu, comentada en Romanos 2:28, 29. Ya la hemos discutido en el comentario de estos versículos.

El espíritu se da a quienes creen en Jesucristo como Salvador; por lo tanto, se recibe por fe (Gálatas 3:14). Así, decir que Abraham es el "padre de la circuncisión" equivale a decir que es el padre de la fe - no sólo de los creyentes judíos en Cristo - aquellos que "andan en las huellas de la circuncisión", también de aquellos huellas de aquella fe que tuvo nuestro padre Abraham" cuando aún no estaba circuncidado...

"Porque la promesa de ser heredero del mundo no fue hecha a Abraham ni a su posteridad por la ley, sino por la justicia de la fe. Porque si los que son de la ley son herederos, entonces la fe es vana y la promesa es aniquilado" Romanos 4:13, 14

La promesa a la que se hace referencia es la tierra nueva, renovada, sin pecado. "Nosotros, según su promesa, esperamos cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia" 2 Pedro 3:13. Dios prometió a Abraham que le concedería una tierra, la de Canaán. En un momento determinado de su vida, Abraham vivió en ese lugar, sin embargo, la Biblia informa que "Abraham... por la fe habitó en la tierra prometida, como en tierra extranjera, habitando en cabañas... Porque esperaba la ciudad que tiene cimientos, cuyo constructor y constructor es Dios" Heb. 11:8-10. Abraham creyó que heredaría la nueva Tierra, renovada, después de la venida de Jesús. Pablo explica a los romanos que sólo es posible tomar posesión de esta herencia prometida por Dios a través de la fe. en el Señor Jesucristo: "Porque todas las promesas que hay en Dios, en él son sí, y por él el amén". 2 Corintios 1:20. Amén significa "que así sea". En otras palabras, las promesas de Dios sólo se cumplen a través de Cristo. Quien cree en Él, los recibe.

Las obras de Abraham fueron el resultado de la acción del espíritu santo enviado en respuesta a su fe. Por este poder obedeció la ley. Pero su obediencia no era ni podía ser moneda de cambio con Dios. Por ello no podía comprar ni un solo centímetro de la nueva tierra para poseer. La obediencia humana es fruto o resultado de la fe. Pero esto no le aporta ningún mérito hacia Dios. Si fueran las obras del hombre, o incluso su obediencia, las que le dieran un lugar en la herencia futura, quien obedeciera la ley tendría derecho a pedir a Dios un lugar en la tierra nueva. Y entonces no sería heredado por la fe. Y no tendría sentido que Dios prometiera darlo por fe, ya que no sería adquirido por fe. La promesa sería nula o sin efecto. Este es el significado de las palabras de Pablo: "Porque si los que son de la ley son herederos, entonces la fe es vana y la promesa percedera".

"Porque la ley produce ira. Porque donde no hay ley, tampoco hay transgresión. Así que es por la fe, para que sea según la gracia, para que la promesa sea segura para toda la posteridad, no

sólo lo que es de la ley, sino también lo que es de la fe que tuvo Abraham, que es el padre de todos nosotros (como está escrito: Te he puesto por padre de muchas naciones) antes de aquel en quien creyó. , es decir, Dios, que da vida a los muertos y llama a las cosas que no son como si fueran". ROM. 4:13-17

La segunda oración del versículo muestra que es a través de la ley que llegamos a saber que somos transgresores. "El pecado es transgresión de la ley" I Juan 3:4 (Nueva Traducción Americana). Por lo tanto, si no hay ley, no habrá conocimiento de su transgresión ni del pecado.

La ley nos convence de que no tenemos justicia en nosotros mismos. Porque "todos sus mandamientos son justicia", y no los obedecemos (Sal. 119:172). Por lo tanto, muestra la razón por la cual no podemos heredar la nueva tierra por nuestra cuenta: "la justicia habita en ella"; y no somos justos (2 Ped. 3:13). Por lo tanto, la herencia sólo nos puede ser dada "por la fe" en Jesucristo, en su justicia, "para que sea conforme a la gracia" de Dios. Esta promesa hecha por Él es "firme para toda la posteridad", es decir , para todos los descendientes espirituales de Abraham. Como Abraham es el "padre de la fe" (Rom. 4:12), sus hijos espirituales son aquellos que creen en Jesucristo. Estos pueden ser los "de la ley", es decir, los judíos. a quienes la ley fue dada en el Sinaí, como a los de todas las demás nacionalidades, siempre que posean la "fe que tuvo Abraham". Así, en este sentido espiritual, Abraham es "padre de todos nosotros", es decir, un ejemplo. de verdadera fe que tendrán todos los creyentes, independientemente de su nacionalidad.

El versículo 17 concluye el razonamiento introduciendo el concepto de que Abraham creía en la resurrección, cuando habla de su fe en "Dios, que da vida a los muertos y llama las cosas que no son como si fueran". Este punto quedará más claro más adelante. comenzando por leer y explicar los siguientes versículos.

"El cual creyó con esperanza contra esperanza, hasta el punto de llegar a ser padre de muchas naciones, conforme a lo que le fue dicho: Así será tu descendencia. Y no desfalleciendo en la fe, no consideró más su propio cuerpo. Fue muerto, porque era casi de cien años, ni por la muerte del vientre de Sara, y no dudó por incredulidad de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en la fe, dando gloria a Dios, y estando plenamente convencido de que lo que había prometido se cumplía. también podía hacerlo, por lo que también le fue contado por justicia".

ROM. 4:18-22.

Abraham creyó que Dios cumpliría su promesa, que tendría un hijo y a través de él numerosos descendientes. Pero en cierto momento de su vida esta creencia ya era contraria a la esperanza humana. A medida que Abraham crecía, "su propio cuerpo quedó muerto". Y a su esposa también le "mataron el útero". Es decir, Sara, además de estéril, ya no menstruaba; y Abraham ni siquiera pudo tener una relación con ella. A los ojos humanos, era completamente imposible que esta pareja tuviera hijos. La situación fue en sí misma una dura prueba para la fe del patriarca. ¿Podría Dios permitirles a ambos tener hijos? Pero Abraham "no dudó por incredulidad de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en la fe, dando gloria a Dios, y estando plenamente convencido de que también podía hacer lo que había prometido. Así también le fue contado por justicia." En este contexto, la realización de la "justicia" equivalía al cumplimiento de la promesa divina: el nacimiento de Isaac. Una vez que la fe de Abraham fue probada y aprobada, Dios la llevó a cabo.

El apóstol Pablo explora el hecho de que ni Abraham ni Sara tuvieron condiciones para generarse a sí mismos para representar cómo somos justificados. No tenemos justicia en nuestras vidas. Nuestro pasado contiene un registro de muchos pecados. Y nos resulta imposible rehacer el pasado. Pero si creemos en la promesa divina de que somos justificados por la fe en Jesucristo (Romanos 3:22), si creemos que Jesús es nuestro Salvador y la única esperanza de perdón de nuestros pecados, somos perdonados. A los ojos humanos, nada de lo que nos hiciéramos a nosotros mismos podría borrar nuestros pecados pasados: parecíamos una causa perdida.

Pero la enseñanza de Romanos nos anima a creer como Abraham: "en esperanza contra esperanza". Esperamos que Dios cumpla su promesa, y sólo esperamos en Él, no en nosotros mismos. Con nuestra total confianza en Dios, Él considera nuestra fe como "justicia" y hace por nosotros lo que nosotros no pudimos lograr: nos da la vida perfecta de Cristo a cambio de nuestros pecados pasados. Como resultado, somos perdonados. La justicia de Cristo nos cubre.

Por el mismo proceso descrito en el párrafo anterior, y por la misma fe, somos transformados - de rebeldes desobedientes a los mandamientos de Dios a súbditos leales. No lo tenemos nosotros mismos no hay fuerza o virtud mediante la cual podamos cambiar nuestros corazones naturalmente inclinados al mal. Pero una vez que ponemos toda nuestra confianza en la promesa de Dios de que nos dará justicia a través de la fe en Jesús, Él acepta nuestra fe y hace la obra en nosotros, derramando Su espíritu en nuestros corazones y transformándonos. Jesús dijo: "Os es necesario nacer de nuevo" Juan 2:7. Esta obra es Dios que obra en nosotros. Y en la misma línea explicada anteriormente respecto al perdón de los pecados, para practicar la justicia creemos "en esperanza contra esperanza". Cuando consideramos cuántas veces hemos caído presa de la tentación, caído en la adicción, cuántas promesas de cambio hemos roto, nos sentimos tentados a dudar de nuestra sinceridad. A los ojos humanos parece no haber esperanza, pero luego la fe rompe estas cadenas. de prisión mental. Y a ejemplo de Abraham, creemos que Dios cumplirá Su promesa en nosotros - porque Él dijo que la cumplirá - y por lo tanto la cumplirá.

Depende de Él, no de nosotros. Y luego Él toma nuestra fe como justicia y realiza el milagro, a través de Jesús. "Por tanto, si el Hijo os liberta, seréis verdaderamente libres" Juan 8:36. Él nos libera de las cadenas del pecado y nos hace obedecer los Diez Mandamientos. Descubrimos en nosotros mismos que no sólo es posible obedecerlos, sino también que "sus mandamientos no son gravosos. Con la fuerza de Dios realizamos cualquier obra. Declaramos junto con Pablo: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" Fil 4:13. "Porque todo aquel que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe. ¿Quién puede vencer al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?" 1 Juan 5:3-5.

Aún considerando los versículos 18-22, vemos que podemos extraer de ellos otra perla de verdad. La obediencia es fruto de una fe "probada y aprobada". Cuando por primera vez Abram recibió la promesa de que sería padre de muchas naciones, "creyó en Dios y le fue contado por justicia". Pero la historia muestra que no continuó creyendo. Como cumplimiento de la promesa se retrasó, Sara le propuso unirse con su sierva para que tuvieran descendencia. En una evidente demostración de falta de fe en la promesa de Dios, el patriarca accedió al consejo de su esposa. Tuvo un hijo con Agar. Pero después de eso Dios reiteró que su promesa se cumpliría con un hijo que vendría de Sara, su legítima esposa. Luego Dios esperó años hasta que, debido a la edad, ni Abraham ni Sara tuvieron las condiciones. Entonces, cuando, incluso ante esta total imposibilidad y falta de esperanza desde el punto de vista humano, Abraham mantuvo la fe firme, "estando plenamente convencido de que también era poderoso para hacer lo que había prometido", Dios "también tuvo por justicia su fe" y cumplió la promesa. Relacionarse con esta ocasión "fue también imputado como justicia" implica que no sólo se contó la fe que Abraham demostró inicialmente cuando recibió la promesa por primera vez, sino también la que demostró durante y al final de su prueba de fe. En otras palabras, la promesa se cumplió después de que su fe fue "probada y aprobada". "Probado" por más de 20 años de retraso, al final de los cuales, en las circunstancias más desfavorables; y "aprobado" - se mantuvo firme hasta que se cumplió la promesa.

Dado que el caso de Abraham se utiliza como ejemplo de cómo obedecemos a Dios por la fe, concluimos que, para practicar la justicia, obedecer los Diez Mandamientos, debemos seguir creyendo, de principio a fin. Desde que escuchamos la palabra que nos informa de la voluntad de Dios, hasta el final de la prueba en la que somos tentados a desviarnos de la obediencia a ella. La obediencia se manifiesta por una fe "probada y aprobada". ¿Cómo es posible tener tal fe? A través de Jesucristo. Porque Él es el "Autor y Consumador de la fe". Heb. 12:2. Él genera y mantiene nuestra fe. Por tanto, permanezcamos firmemente unidos a Él; recurramos a Él en oración durante todo el tiempo que seamos probados, y ciertamente saldremos victoriosos. Porque "no te sobrevino

tentación, si no humana; pero fiel es Dios, que no os permitirá ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que también dará juntamente con la tentación la salida" I Corintios 10:13.

Con base en las consideraciones presentadas anteriormente, llegamos a la misma conclusión presentada por El apóstol Pablo al final del capítulo:

"Ahora bien, está escrito no sólo por él (Abraham) para que sea tenido en cuenta, sino también para nosotros, a quienes será tenido en cuenta, los que creemos en aquel que levantó de los muertos a Jesús nuestro Señor; que por medio de él fue liberado de nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación". Romanos 4:23-25

La historia de Abraham nos enseña que la justicia es el cumplimiento de una promesa divina, a través de la fe del hombre. En su caso, la justicia se materializó en el nacimiento de su hijo. En nuestro caso, se cumple cuando tomamos posesión del perdón de Dios y Él nos hace obedientes. Este paralelo establece la verdad de que nuestra obediencia ocurre cuando Dios cumple sus promesas en nuestras vidas. Y una mirada cercana a los mandamientos de Dios nos muestra que, de hecho, son promesas de lo que Él hará en nuestras vidas, si creemos en Jesús. Ya veremos a continuación.

Al pronunciar los mandamientos en el Sinaí, las primeras palabras que pronunció fueron: "Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre" Ex. 20:2. En el sentido espiritual, liberación . de la esclavitud corresponde a la libertad del pecado. Incluso antes de pronunciar el primer mandamiento, Dios nos declara libres del pecado. Y somos libres, porque Cristo murió por nosotros y pagó nuestra deuda. Luego agrega: " No tendréis otros dioses delante de mí". " Ex.

20:3. Este es el primer mandamiento. Nótese el tiempo del verbo utilizado: "terás". Es tiempo futuro .

Si hablara en tiempo presente, por ejemplo: " no tengas otros dioses", entenderíamos sus palabras como una obligación que nos imponen. Nos veríamos con la plena responsabilidad de llevar a cabo, con nuestro propio esfuerzo, lo determinado. Pero cuando lo leemos tal como es -en tiempo futuro- nos damos cuenta de que es una promesa. "No tendréis ..." Dios promete que, de ahora en adelante, ya no tendremos otros dioses. Se acerca a nosotros, como un padre, y nos da la garantía de la victoria futura, diciendo: "no tendréis". otros dioses delante de Mí." Es Él quien será el responsable de cumplir esta promesa y evitar que seamos ídólatras. Nuestra parte es creer en Jesucristo, porque es sólo a través de Él que Dios cumple Sus promesas para con nosotros: "el Hijo de Dios, Jesucristo... todas las promesas de Dios están en Él, sí, y por Él el Amén". 2 Corintios 1:19, 20.

Lo mismo ocurre con los demás mandamientos. Estas son promesas de Dios de que Él transformará a todos los que creen en Cristo y los hará conformes a Su voluntad. En otras palabras, Dios nos hará

personas que no sean ídólatras (1er mandamiento), no adoradores de imágenes (2º), no blasfemos (3º), guardadores del sábado (4º), obedientes al padre y a la madre (5º)... y libres de codicia (10º) según todas las promesas. contenida en los Diez Mandamientos (nótese el tiempo futuro): “no te harás imagen tallada ... no te postrarás ante ellas”; “no tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano”; “seis días trabajarás y harás todo tu trabajo; mas el séptimo día es sábado de Jehová vuestro Dios; no haréis ninguna obra en Él ”; “no codiciarás” (Éxodo 20:3-17).

Dado que nuestra obediencia ocurre porque Dios cumple Su promesa y la cumple en nuestras vidas, y considerando que todas las obras de Dios son perfectas (Dios. 32:3, 4), tenemos que Él nos hace obedecer perfectamente. Concluimos, por tanto, que la perfección de la obediencia ocurre ya al comienzo de la vida cristiana. Dicho de otra manera, puesto que es “Dios el que produce en vosotros el querer y el hacer” (Fil. 2:13), y sus obras son perfectas, nuestra obediencia a los Diez Mandamientos es perfecta desde el principio cuando creemos. Esto es proporcional a lo que sabemos sobre su aplicación en la vida práctica. Porque Dios nos guía a través de la conciencia. Por esta razón, no se espera de nosotros obediencia a lo que aún no conocemos. “Pero en lo que ya hemos logrado, andemos según la misma regla” Fil. 3:16. Dios propone a cada uno de nosotros una vida bienaventurada. , sublime, de victoria y de liberación total de la desobediencia a su ley, y del conocimiento progresivo de su voluntad, mediante la cual nos hace semejantes a los ángeles que no pecan en el cielo, y nos prepara para ser sus compañeros en las mansiones celestiales. Y lo estaremos, pronto, cuando Jesús regrese a la Tierra, a buscar a Su pueblo fiel y obediente ¡Amén!

## Romanos 5

"Así que, habiendo sido justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia, en la cual estamos firmes y nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios". Romanos 5:1, 2

A lo largo de la exposición del evangelio en Romanos, a partir del capítulo 3, siempre está presente la declaración de dos dones que Dios nos da en Cristo: (1) el perdón de los pecados pasados y (2) el poder que nos transforma y nos hace obedecer. a Sus mandamientos en el presente. Llegados a este punto la carta lo presenta de la manera más resumida y clara. Comienza con la primera: “Así que, habiendo sido justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Luego modifica con el segundo: "por el cual también nosotros tenemos entrada por la fe a esta gracia en la que estamos firmes". Luego termina diciendo: “y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”. Esta expresión se refiere a

esperanza de la salvación eterna, en la segunda venida de Cristo. Estando en paz con Dios y en obediencia a Sus mandamientos, aguardamos con esperanza el día de Su segunda venida, cuando seremos glorificados. Entonces, "todos seremos transformados; en un momento, en un abrir y cerrar de ojos... los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados" 1 Cor.

15:51, 52. Él "transformará nuestro cuerpo humilde para que sea semejante a su cuerpo glorioso" Fil. 3:21. Cuando Cristo regrese, los que creemos seremos revestidos del vigor de la eterna juventud.

"Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, y la paciencia, experiencia, y la experiencia, esperanza". Romanos 5:3, 4

Según el diccionario, tribulación es el nombre que se le da a una situación molesta, desagradable, a una aflicción, tormento o adversidad. Las tribulaciones llegan a todas las personas, ya sean justas o malas. Jesús dijo a sus discípulos: "en el mundo tendréis aflicción" Juan 16:33. Por otro lado, Pablo dijo: "La tribulación y la angustia vienen sobre toda el alma del hombre que hace lo malo; del judío primeramente, y también del griego" Rom. 2:9.

La tribulación puede venir como consecuencia de nuestros errores o como una prueba de fe. En el segundo caso, ocurre cuando no hicimos nada para provocarlo. Cualquiera que sea nuestra motivación, hay gracia en Dios disponible para permitirnos soportarla con paciencia. Dios es "Padre de misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones" 2. Cor. 1:3, 4. El profeta exclamó: "Señor, ten misericordia de nosotros, porque en ti hemos esperado; Que Tú seas nuestro brazo cada mañana, así como nuestra salvación en el tiempo de angustia" Isa. 33:2.

"La tribulación produce paciencia". Cuando, en medio de la tribulación, buscamos a Dios confiando en Cristo, podemos ejercitar la paciencia hasta que llegue el momento en que el Señor la quite de nuestro camino: "pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más allá de lo que vosotros podéis, antes que con la tentación él también os dará la salida, para que podáis soportar" 1 Cor. 10:13. La prueba de la fe soportada con paciencia la desarrolla. "La prueba de vuestra fe trabaja paciencia" Santiago 1:3.

Por lo tanto, después de superar lo primero, es más fácil esperar en Él y superar lo segundo. Es como si alguien empezara a practicar ejercicio físico. Correr un kilómetro es mucho más fácil para quienes llevan mucho tiempo entrenando que para quienes lo hacen por primera vez.

Llegados a este punto, una reflexión sobre la experiencia de un deportista puede hacernos comprender mejor el avance en el camino cristiano. Para que un corredor obtenga la condición física deseada para participar en carreras debe esforzarse y completar el entrenamiento. Quien no entrena adecuadamente no obtiene buenos resultados. Este es también el caso en el camino de la fe. El apóstol Santiago advierte:

“Pero que la paciencia tenga su obra perfecta, para que seáis perfectos y completos, sin que os falte nada” Santiago 1:3, 4. La experiencia de una prueba superada manteniendo la paciencia durante toda su duración es la experiencia que permite al creyente afrontar con éxito la prueba. próximas pruebas. Es considerando esto que el apóstol Pablo escribe, en Romanos 5: “la paciencia produce experiencia”. Se refiere a experiencias de victoria. Quien es paciente en las pruebas, acumula experiencias de fe. Se puede decir de él que tiene “experiencia con Dios”.

Y la experiencia produce “esperanza”. La mayor esperanza del cristiano es la salvación de su alma. El apóstol Pedro afirma que el fin de vuestra fe” es “la salvación de vuestras almas” 1 Ped. 1:9. Dado que es el fin de la fe, sólo puede ser apreciado en el corazón por la fe. Pablo declaró: “en esperanza fuimos salvos. Ahora bien, la esperanza que se ve no es esperanza; porque lo que uno ve, ¿cómo puede esperar?” Romanos 8:24. La esperanza de ser salvos consiste en la esperanza de lo que hoy no vemos. Y la fe es precisamente eso, “la convicción de las cosas que no se ven” Heb. 11:1. La salvación se mantiene por la fe, por lo tanto, cuanto mayor es la fe de una persona, mayor es su esperanza de salvación.

Las palabras del apóstol nos presentan un círculo virtuoso. Cuanto más se perfecciona nuestra fe a través de las pruebas, más se desarrolla nuestra paciencia, más firme se vuelve nuestra esperanza de salvación y más preparados estamos para las pruebas más difíciles. En otras palabras, cuanto mayor sea nuestra experiencia con Dios, mayor será nuestra certeza de que Cristo regresará y nos salvará. Las liberaciones que Él nos ha dado en pequeñas pruebas fortalecen nuestra convicción de que Él pronto vendrá a la Tierra y nos dará la liberación final de la corrupción del pecado para la gloria de los hijos de Dios. Con cada nueva experiencia exitosa de fe crece nuestra convicción; y podemos hacernos eco de las palabras del apóstol Pablo: “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?... Estoy seguro de que , ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura, podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” Romanos 8:35-39.

“Y la esperanza no trae confusión, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado. Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Porque uno solo quiere morir por un justo, porque él puede, a menos que uno se atreva a morir por uno bueno. Pero Dios prueba su amor para con nosotros, en que Cristo murió por nosotros, siendo aún pecadores, mucho más ahora, habiendo sido justificados por su sangre, seremos salvos por Él de la ira. Porque si nosotros, siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida”. Romanos 5:5-10

Hemos visto que la esperanza de salvación se mantiene por la fe. Pero la fe, a su vez, se genera en el corazón cuando contemplamos el amor de Dios. Esto fue especialmente manifiesto en el sacrificio de Su Hijo para salvarnos. "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no perezca, mas tenga vida eterna" Juan 3:16. A través de la contemplación de este amor recibimos el espíritu santo, que nos llena de fe. Pablo dijo a los gálatas que "Jesucristo fue revelado entre vosotros crucificado", y por eso "recibisteis el espíritu", y añadió que este es el "espíritu de fe" (Gal. 3:1, 2; 5). : :5) Para explicarlo de una manera más sencilla: cuando contemplamos el sacrificio de Cristo en la cruz y nos damos cuenta de que fue por nuestro amor, para salvarnos y darnos vida eterna, que Él lo hizo, comenzamos a creer que a Él realmente le importa. acerca de nosotros. Nosotros, y confiar en Él. Este es el despertar de la fe. Y al considerar que Él hizo este tremendo sacrificio cuando lo rechazamos abiertamente, nos damos cuenta de que Su amor es mucho más profundo que el humano. Los hombres aman a sus propios amigos ". pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros." A medida que nos damos cuenta de la profundidad de Su amor por nosotros, crece nuestra admiración, nuestra creencia de que Él quiere nuestro bien, nuestra confianza y nuestro amor por Él. Así nuestra fe se fortalece y profundiza.

Al demostrar su amor por nosotros, Dios, por su espíritu, toca nuestra mente y nos invita a creer en Él. Si no resistimos, por el mismo espíritu Él nos llena de amor hacia Él. Esta es la experiencia descrita por Pablo con las palabras: "el amor de Dios está derramado en nuestros corazones por el espíritu santo que nos ha sido dado".

"Mucho más ahora, habiendo sido justificados en su sangre, seremos salvos de la ira por él. Porque si nosotros, siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos. por su vida". Después de haber despertado y fortalecido nuestra fe por la contemplación del amor de Dios, consideramos que, si Él trabajó tanto por nuestra salvación cuando aún éramos rebeldes contra Él, hasta el punto de dar la vida de su Hijo a salvarnos, ahora que ya nos ha puesto en el camino de la vida, hará lo necesario para mantenernos en él hasta el fin, dicho de otra manera, si tanto hizo por rescatarnos cuando éramos rebeldes y tan lejos de nosotros. Él como es posible, ahora que nos ha llevado a la mitad del camino - hemos sido reconciliados - ciertamente hará todo lo necesario para completar la obra de salvarnos. Como fruto de esta certeza, Pablo declaró, en otro lugar: "estando confiados de esto mismo, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo".

Fin. 1:6. Como consecuencia de esta certeza, entregamos el cuidado de nuestra alma a Dios. Él sabe cómo salvarla y es Todopoderoso para realizar esta obra.

“Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien ahora hemos alcanzado la reconciliación”. Romanos 5:11

No sólo Dios, sino también Cristo obró y obra para salvarnos de la muerte eterna. “Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo” (Juan 3:16); y el Hijo, a su vez, “nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros” Ef. 5:2. “El amor de Dios es en Cristo Jesús” (Rom. 8:39). El Padre nos concede el espíritu santo, el poder que nos permite vencer, pero lo hace a través de Cristo. El Hijo dijo que nos enviaría “el espíritu de verdad que procede del Padre” (Juan 15:26). Por lo tanto, podemos y debemos gloriamos, igualmente, tanto en el Padre como en el Hijo, por obrar nuestra salvación. “Porque así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere... para que todos honren al Hijo, como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió” Juan 5:23. Por lo tanto, “al que está sentado en el trono, y al Cordero, sean dadas gracias, honra, gloria y poder por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 5:13). ¡Amén!

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” Romanos 5:12.

Adán, el primer hombre que vivió en esta Tierra, fue creado perfecto. Estando en este estado, recibió el mandamiento: “no comerás del árbol de la ciencia del bien y del mal” (Gén. 2:17). Pero él lo transgredió; y Dios, ese mismo día, lo visitó y le preguntó: “¿Comiste del árbol del cual te mandé que no comieras?” Y él respondió: “Yo comí” (Gén. 3:11, 12). Adán cometió pecado, que es la “transgresión de la ley” de Dios (1 Juan 3:4). Luego, como pecador, engendró a sus hijos. La Biblia informa que el mismo día que pecó, fue expulsado del jardín del Edén: “Dijo el Señor Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; orad, para que no extienda su mano, y tomad también del árbol de la vida, y comed y viviréis para siempre, porque el Señor Dios lo arrojó del jardín del Edén” Génesis 3:22, 23. El siguiente relato que presenta es el nacimiento de su primer hijo: “Y conoció Adán a su esposa Eva, y ella concibió y dio a luz a Caín” Génesis 4:1. Por lo tanto, todos los descendientes de Adán son hijos de pecadores.

En su estado inicial, Adán tenía, por sí solo, la fuerza para resistir la tentación. Dios lo creó con una naturaleza perfecta, por tanto inclinada a la santidad y la obediencia. Pero después de caer por primera vez, ya no tenía el poder en sí mismo para vencer la tentación. El primer pecado fue

como el comienzo de la adicción. Gracias a él su naturaleza cambió y se volvió esclavo de sus pasiones. Y ésta fue la naturaleza que, por herencia genética, transmitió a todos sus descendientes. Hablando de esto, Pablo dice: "Yo soy carnal, vendido al pecado... los que son según la carne fijan su mente en las cosas de la carne... la mente carnal es enemistad contra Dios, porque no está sujeta a la ley de Dios, ni en verdad puede ser" Rom. 7:14; 8:5, 7. Puesto que todos los seres humanos son descendientes de Adán y Eva, todos nacen con esta inclinación. Y, guiados por ella, todos pecaron y acarrearon sobre sí la condenación de muerte "porque la paga del pecado es muerte" (Rom.

6:23). Pablo declaró esta verdad, en otra parte, con la expresión: "todos mueren en Adán" 1 Corintios 15:22.

En este punto, es importante enfatizar que la Biblia establece claramente que la razón por la que los hombres murieron es porque "todos pecaron". El pecado es un acto de desobediencia a Dios, no una naturaleza del hombre. Como explica Pablo, "la mente carnal es enemistad contra Dios, porque no está sujeta a la ley de Dios" Romanos 8:7. Pero en sí misma no es pecado. "El pecado es transgresión de la ley" 1 Juan 3 :4. Por naturaleza, estamos inclinados a cometer transgresiones, pero esto no hace que nuestra naturaleza, en sí misma, sea pecado. Por lo tanto, según la Biblia no existe el "pecado original". Todo pecado es y siempre será. Sea un acto de desobediencia a los diez mandamientos, ya sea cometido internamente, en el pensamiento, en lo más recóndito de la mente, o exteriorizado en acciones visibles, lo que nos mata no es nuestra naturaleza, sino los actos que cometemos guiados por ella.

Seremos juzgados "por nuestras obras" (Apocalipsis 20:12), no por nuestra naturaleza. Cuando Jesús resucite a los hombres, en el tiempo señalado "los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida, y los que hicieron lo malo , a resurrección de condenación" Juan 5:29. La muerte es la paga del pecado, no de naturaleza pecaminosa, por eso Jesús vino a rescatarnos de la desobediencia para llevarnos a obedecer, no vino a rescatarnos de nuestra naturaleza, sino que Él mismo vivió en ella.

Vivió como hombre "en semejanza de carne de pecado" Rom. 8:3. Una vez que queda claro que la muerte vino por las acciones, y no por la naturaleza del hombre, podemos continuar nuestro estudio a partir del siguiente versículo:

"Porque hasta la ley había pecado en el mundo, pero el pecado no se imputa, ya que no había ley. Sin embargo, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no tuvieron pecado a semejanza de la transgresión de Adán, que es figura de él. quién había de venir" Romanos 5:13, 14.

"a la altura de la ley". Esta expresión se refiere al evento de la entrega de la ley de los Diez Mandamientos a Moisés, en el monte Sinaí. Han pasado unos 2500 años desde el primer pecado de Adán hasta este momento. Durante todo este período, los hombres no tuvieron la ley de Dios registrada en el

Forma escrita. Pero eso no significa que no la conocieran. El Señor dijo que Abraham, el antepasado de Moisés, "obedeció mi voz y guardó mis mandamientos, mis preceptos, mis estatutos y mis leyes" Génesis 26:5. El conocimiento de los mandamientos de Dios era conservado y transmitido oralmente.

El apóstol continúa argumentando que "el pecado no se imputa, pues no hay ley". Dado que los mandamientos se enseñaban por tradición oral, sólo podían aprenderlos las personas que tenían acceso a quienes los conocían. La Biblia enseña que, antes del diluvio, hombres como Set y más tarde Noé fueron llamados especialmente por Dios para recibir y transmitir el conocimiento de Su voluntad a los hombres (Génesis 4:26; 6:13-18). Después del diluvio, Abraham recibió la misma tarea de transmitirlo a sus descendientes, para que ellos, a su vez, pudieran distribuirlo a los demás habitantes de la Tierra. Así se cumplirían las palabras: "serás de bendición... en ti serán benditas todas las familias de la tierra" Gén. 12:2, 3. Por lo tanto, en aquel tiempo, el conocimiento de los mandamientos de Dios habría estado restringido al círculo de influencia de Abraham y sus descendientes.

En cuanto a los demás habitantes de la Tierra, aunque todos estaban imbuidos de una intuición de lo que estaba bien y lo que estaba mal, por el toque del espíritu de Cristo en sus conciencias, no tenían acceso al conocimiento formal de la voluntad de Dios. Por lo tanto, no podían ser considerados tan culpables como Adán. Éste tenía pleno conocimiento cuando realizó el acto, tal como había sido instruido por Dios mismo acerca de su voluntad. No es así con ellos. "no habían pecado a semejanza de la transgresión de Adán". Sin embargo, todavía no podían ser considerados del todo inocentes, ya que Dios les dio una idea de sus errores, "testificando junto con su conciencia y sus pensamientos , ya sea acusándolos o defendiéndolos" (Romanos 2:15).

Por tanto, con justicia les llegó la muerte como consecuencia de sus transgresiones. En palabras de Romanos: "la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, aun sobre los que no habían pecado a semejanza de la transgresión de Adán".

"quien es la figura del que había de venir". El que había de venir es Cristo, a quien Dios prometió enviar a la Tierra como el Salvador del mundo. En este punto Pablo presenta a Adán como un representante de Cristo, una figura , preparando al lector para comprender el argumento que está a punto de exponer. introducir.

"Pero la dádiva no es como la ofensa. Porque si muchos murieron por la ofensa de uno, mucho más la gracia de Dios, y el don de la gracia, que proviene de un solo hombre, Jesucristo, abundaba para muchos" Rom 5: 15.

El apóstol hace una comparación, por el contrario, entre Adán y Cristo. Resaltará el beneficio que Cristo dio a toda la humanidad en contraste con los males que Adán, a través de su pecado, le dejó como legado. En mayor proporción a los males que heredó la humanidad por el pecado de Adán están las bendiciones que también recibió, por la misericordia y el amor del Padre y del Hijo. "Por la transgresión de un hombre", Adán, "muchos murieron", es decir, todos sus descendientes heredaron una naturaleza pecaminosa. Vencidos por ella, cometieron pecados y murieron. Pero Dios cargó sobre Jesús "la iniquidad", es decir, los pecados "de todos nosotros" (Isaías 53:6). Cristo murió por todos (2 Cor. 5:14). Su vida fue entregada por el Padre como don, don a toda la humanidad. La "paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23). Este Cristo pagó por todos, de modo que nadie tenga que pagar por sí mismo. Esta es la gracia de Dios dada a todos. Por un hombre vino la desgracia a todos; pero También por un solo hombre, nuestro Señor Jesucristo, la gracia vino sobre todos.

La verdad explicada en el párrafo anterior se extrae del versículo de Romanos a partir del análisis de las expresiones utilizadas. Pablo afirma que la gracia de Dios "abundó para muchos". Tenga en cuenta que la Biblia usa el término muchos para referirse tanto a los pecadores como a los beneficiarios de la gracia de Dios. Dice: "muchos murieron..." y después de esa gracia "abundó sobre muchos". Por lo que entendemos que, en ambos casos, se refiere al mismo grupo. Pero en el versículo anterior (14), Pablo afirma que todos pecaron. Por lo tanto, la expresión "muchos murieron" en el versículo 15 se refiere a todos los hombres, por lo tanto, los "muchos" beneficiarios de la gracia de Dios son todos los hombres. Todos los que han vivido, viven y vivirán en la Tierra. La gracia de Dios ha abundado sobre nosotros y sobre todos los hombres, en todas las generaciones, mediante el sacrificio de Cristo que les proporciona el perdón. Por lo tanto, el "don gratuito" de Cristo no es como la ofensa de Adán en el sentido de que la ofensa trajo la muerte, mientras que él trajo la vida eterna. "Así como en Adán todos mueren, así en Cristo todos serán vivificados" 1 Corintios 15:22.

"Mucho más". Esta expresión muestra que Dios restaurará a la humanidad pecadora a una condición superior a aquella en la que se encontraba antes de la caída. El versículo dice: "Porque si por la transgresión de uno muchos murieron, mucho más abundaba sobre muchos la gracia de Dios...". La Biblia presenta una lección objetiva de este principio en la historia de Job: de un hombre próspero, un padre de familia respetado y feliz, fue convertido por Satanás en un hombre sin hijos, pobre, irrespetado, blasfemado y triste. Sin embargo, al final de su prueba "el Señor bendijo el último estado de Job más que el primero", y recibió el doble de lo que tenía (Job 42:12). Adán, cuando fue creado, vivió en el jardín del Edén. Los redimidos heredarán la magnífica Nueva Jerusalén, una ciudad hecha enteramente de oro puro, con doce puertas de perlas gigantes, que contienen en cada uno de sus cimientos piedras preciosas de dimensiones fabulosas (Apocalipsis 21:18, 19-21). la Tierra como su hogar, mientras Dios vivía en el cielo. Sin embargo, en la Tierra restaurada, los redimidos vivirán en la presencia inmediata de Dios y de Cristo. "Dios morará con ellos", dentro de la ciudad; y "en ella estará el trono de Dios y

del Cordero" (Apoc. 21:3; 22:3). Estos dos ejemplos no son más que pequeños atisbos de gloria futura, que superarán con creces al primero. Pablo, en visión, la contempló, pero no se le permitió presentarnos detalladamente todo lo que sabía: "Conozco a un hombre en Cristo que durante catorce años (si en el cuerpo, no sé, si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y yo sé que este hombre (si en el cuerpo, si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado al paraíso; y oyó palabras inefables, que al hombre no le es lícito pronunciar." 2 Corintios 12:2-4.

En su providencia, Dios determinó que hoy contemplemos por la fe, a través de lo que nos fue revelado, la herencia prometida. Y de esta revelación espera que confiemos en que Él "es poderoso para hacer mucho más de todo lo que pedimos o pensamos", y también que "ojo no vio, oído no oyó, y no ha subido a los cielos". corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman" (Ef. 3:20; 1 Cor. 2:9).

La expresión: "mucho más" también encierra una bendición espiritual para el tiempo presente. Adán fue hecho a imagen de Dios. Sin embargo, tenía un carácter que desarrollar, que se formaría a partir de hábitos adquiridos. Por su pecado deformó la imagen moral de Dios en sí mismo.

Sin embargo, por Su gracia, a través de Cristo, Dios llevará a Su pueblo - Su iglesia - a la perfección moral: "Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, limpiándola con el lavamiento del agua, con la palabra, para presentarse a sí mismo como una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa e irreprochable" Efesios 5:25-27. Juan contempló la iglesia de los últimos días y escuchó la declaración concerniente a ella: "siguen al Cordero a dondequiera que va... no se encontró engaño en su boca; porque son irreprochables delante del trono de Dios" Apoc. 14:4, 5. Para que esta experiencia se convierta en realidad, el poder que nos ha dado la gracia de Dios para guardarnos del pecado debe ser mayor que las fuerzas opuestas combinadas: nuestras tendencias, la fuerza de la adicción, la presión de la sociedad y la poder de los demonios. Y así es, como Pablo explica en los siguientes versículos.

"Y la dádiva no fue como la ofensa del que pecó. Porque de una sola ofensa vino el juicio, es decir, para condenación, pero la dádiva vino de muchas ofensas para justificación.

Porque si por la transgresión de un hombre reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia. Porque así como por una transgresión vino el juicio a todos los hombres para condenación, así también por un acto de justicia vino la gracia a todos los hombres para justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron hechos pecadores, así por la obediencia de un hombre muchos serán hechos justos" Romanos 5:16, 19.

Adán tuvo su primer hijo después de pecar. Así le legó su naturaleza pecaminosa. Desde entonces, todos los descendientes recibieron la misma naturaleza y, siguiendo su inclinación, pecaron.

De esta manera, el número de pecados cometidos por los hombres rápidamente se multiplicó, a medida que nacían más hijos y engendraban otros. Haciendo una comparación para ilustrar la propagación del pecado a través del acto de Adán, podemos decir que él "subió a la cima del monte y abrió una almohada de plumas; y luego se dispersaron montaña abajo, lanzando maldiciones donde descansaban. Y Cristo volvió a cobrar todas las penas, quitando la maldición de todos los lugares donde cayeron." La acción de Cristo fue la contraria a la de Adán. La acción de Adán generó pecados, que traen como consecuencia el juicio y la condenación de Dios. O, en palabras del Versículo: "por una transgresión vino el juicio... para condenación". Pero el sacrificio de Cristo pagó por los pecados del mundo entero. Así, "la dádiva" de Dios "provino de muchas transgresiones para justificación". monte", fueron recogidos y colocados sobre Cristo en la cruz del Calvario. "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no imputándoles sus pecados" 2 Cor. 5:19. De esta manera, nadie tendrá que cargar con la culpa de sus errores en su conciencia. Nacimos en un mundo de pecado y fuimos vencidos por nuestra naturaleza, de modo que pecamos. Sin embargo, aún debemos recordar que Cristo murió por nosotros y pagó por nuestros pecados para que pudiéramos ser justificados. "Quien cree en Él no es condenado"

Juan 17:3. Entreguémonos a Él por la fe y seremos salvos.

De lo anterior se entiende también que no existe ninguna clase de personas que estén excluidas de la gracia de Dios. Todos han sido comprados por la sangre de Cristo y son igualmente elegidos para la salvación en Cristo Jesús. "Dios envió a su Hijo al mundo, no para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él" Juan 3:17. Cristo es "el Salvador del mundo" Juan 4:42. Por lo tanto, el evangelio de Cristo debe ser proclamado a todos los que habitan la Tierra, a "toda nación, tribu, lengua y pueblo" Apocalipsis 14:6.

En el siguiente versículo (17), Pablo continúa desarrollando el argumento de que Cristo recogió de la Tierra toda la maldición que el pecado de Adán causó a la humanidad, agregando el concepto de que la redención nos lleva a un estado aún más glorioso que el original: "Porque si por Por la transgresión de un hombre reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia. Como ya hemos explicado este concepto en párrafos anteriores, pasamos al siguiente versículo:

"Porque así como por un solo delito vino el juicio a todos los hombres para condenación, así también por un solo acto de justicia vino la gracia a todos los hombres para la justificación de vida". Aquí Pablo dirige los ojos de la fe de los lectores al sacrificio de Cristo en la cruz. Cristo hizo muchas buenas obras mientras estuvo en la tierra, pero fue especialmente a través de la última que recibimos la salvación. El último "acto de justicia" de su vida fue entregarla por nosotros, llevando nuestros pecados.

sobre sí mismo y dijo: "Consumado es" Juan 19:30. La sentencia de la ley ha sido pagada y los hombres pueden quedar en libertad. Una vida de lucha y victoria perfecta sobre el pecado fue completada y aceptada como sustituto de la vida de pecado de todos los hombres por el Padre celestial. Así, toda persona que cree en Cristo puede declarar, hoy: "mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me cubrió con manto de justicia" Isaías 61:10. La vida perfecta de Cristo es el manto de justicia que nos cubre, y por la fe en Él somos vistos por Dios como si nunca hubiéramos pecado.

Además, a través de nuestra fe Cristo nos concede el espíritu santo que recibió del Padre, de esta manera nos imparte su propia vida espiritual como poder para vencer el pecado y obedecer los Diez Mandamientos. Por lo tanto, el perdón o la justificación que se nos concede no se limita a la obra de Dios que reemplaza nuestro pasado. Más bien, también abarca cambiar nuestros corazones, obrando en nosotros "tanto el querer como el hacer según su buena voluntad" Fil. 2:13.

Así, "como por la desobediencia de un hombre" - Adán - "muchos fueron hechos pecadores, así por la obediencia de uno" - Cristo - "muchos serán hechos justos". Así como, por el acto de Adán, muchos hombres se convirtieron en pecadores, a través del ofrecimiento de Cristo en la cruz, muchos -todos los que creen en Cristo- se harán obedientes a los diez mandamientos, y será así que Dios cumplirá la promesa de su pacto en la vida de aquellos que creen: "Pondré mis leyes en sus corazones, y las escribiré en sus mentes... y no me acordaré más de sus pecados" Heb. 10:16, 17.

"Pero la ley vino para que la transgresión abundara; pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna por Jesucristo nuestro Señor." Romanos 5:20, 21.

Vimos anteriormente que, hasta el evento de la entrega de la ley a Moisés, en el Sinaí, no había registro de los diez mandamientos de Dios y el conocimiento de su voluntad estaba restringido al radio de influencia de aquellos que elegían caminar con Él y recibió instrucciones de Él. La entrega de los diez mandamientos cambió esta situación. Fueron registrados en las páginas de los libros escritos de Moisés: Éxodo y Deuteronomio (ver Éxodo 20:3-17 y Deuteronomio 5:6-21). Desde entonces, fueron dándose a conocer gradualmente, primero por la enseñanza de la ley llevada a cabo por los sacerdotes y levitas dentro de los límites de Israel (ver Mal. 2:7) y, más tarde, por el propio pueblo de Israel, a las naciones. a donde emigraron o fueron llevados cautivos. A medida que el conocimiento formal de la ley llegó a los hombres, ya no pudieron alegar ignorancia. Ellos enfatizaron y expusieron claramente su desobediencia. Este es el significado de la expresión "pero la ley vino para que el delito abunde". El término "abundar" usado aquí no significa que el acto del pecado se hace mayor a través del conocimiento de la ley. Quien robó un teléfono no es culpable de robar

por descubrir el mandamiento. Pero gracias a su conocimiento, su conciencia se despierta y se da cuenta más claramente de su culpa.

En el mismo sentido, pero en dirección opuesta, está la experiencia del hombre de la gracia de Dios. Si, por un lado, el conocimiento de la ley expone el terrible mal de los pecados cometidos, la contemplación de Cristo dando su vida y tomándola sobre sí muestra un amor superior, que todo el mal del pecado no pudo vencer. En Su corazón Cristo absorbió todas las ofensas de los hombres y, sin embargo, entregó abundante amor y perdón a todos los ofensores. Se puede decir que de la Roca herida brotó para todos nosotros una fuente de agua abundante de salvación.

Así, "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia". "el amor de Dios es en Cristo Jesús", y "la bondad de Dios" nos lleva al arrepentimiento (Rom. 8:39; 2:4).

Reflexionemos un poco más sobre este hecho: "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia". El pecado abundaba en el sentido de que se multiplicó por toda la Tierra, esparciendo el mal por todas partes. Entonces Cristo tomó todos los pecados y su maldad y los tomó sobre sí mismo en la cruz. Era de esperarse que reaccionara ante todo el mal que recibía, con amenazas de venganza, del mismo modo que todos los demás hombres. Pero, por el contrario, Él "no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores calla, así no abrió su boca" (Isaías 53:7). oró: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Luc. 23:54. La magnitud y la malignidad del pecado causaron asombro y admiración a muchos. Pero el amor de Cristo, tan profundo que no cambió en lo más mínimo ante tanto mal que recibió, sino que lo llevó a interceder por los ofensores, causó una admiración infinitamente mayor. El ganador siempre es más admirado que el perdedor. Siempre se le recuerda, mientras que el perdedor es olvidado. El pecado pronto dejará de existir; pero "al nombre de Jesús se doblará toda rodilla de los que están en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra" Fil. 2:10.

Donde el pecado abundó, o fue enfatizado, la gracia se manifestó en el amor de Cristo, que lo venció, venció. Se volvió infinitamente más enfatizado. Ella fue vista como la gran vencedora del pecado, en una victoria total: amplia, completa, magnífica, hasta el punto de que Cristo salió completamente imaculado de todo el mal que lo rodeaba.

Cuando contemplamos esta gracia magnífica y poderosa, el deseo de vivir una vida nueva despierta en nosotros y absorbe nuestros intereses. Nueva vida espiritual brota en nuestros corazones. Nuevos pensamientos, nuevas motivaciones. Creyendo en Cristo, oramos pidiendo fortaleza para vencer las tentaciones, y poco a poco las vamos superando. Descubrimos entonces, en nuestra vida, lo que Pablo menciona al final del versículo: "así como el pecado reinó en la muerte, así la gracia reinará mediante la justicia". Así como antes de estar con Cristo "andábamos en los deseos de nuestra carne, haciendo los deseos de la carne y de la mente", estando, a los ojos de Dios, "muertos en delitos y pecados" (Ef. 2:3, 1), ahora caminamos "en novedad de vida" Rom. 6:4. "Así que si alguien

está en Cristo, es nueva criatura; las cosas viejas han pasado; he aquí, todo es hecho nuevo" 2 Corintios 5:17. Se puede decir que somos pueblo nuevo, o, en lenguaje bíblico, que hemos sido revestidos del "nuevo hombre, creado según Dios en verdadera justicia y santidad" Efesios. 4:24.

Nuestra nueva vida es creada y mantenida por el poder de Dios al contemplar Su gracia manifestada en el amor y sacrificio de Cristo. "Cuando se manifestó la bondad y el amor de Dios nuestro Salvador para con los hombres, no por obras de justicia que nosotros hubiésemos hecho, sino según su misericordia, nos salvó por el lavamiento de la regeneración y por la renovación del espíritu santo, el cual derramó abundantemente sobre nosotros por Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, seamos hechos herederos según la esperanza de la vida eterna" Tito 3:3-7. Contemplando su amor expresado en el sacrificio de Cristo, encomendamos el cuidado de nuestros alma a Él. Entonces, la gracia de Dios reina en nuestras vidas, a través de la justicia de Cristo, para la obediencia a Sus mandamientos y, en última instancia, la vida eterna.

## Romanos 6

"¿Qué diremos entonces? ¿Continuaremos en el pecado para que la gracia abunde? En absoluto. Nosotros que estamos muertos al pecado, ¿cómo viviremos todavía en él? ¿O no sabéis que todos los que fuimos bautizados en Jesucristo fuimos bautizados en Su muerte? Así que por el bautismo fuimos sepultados juntamente con Él para muerte; para que así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en novedad de vida. ROM. 6:1-4

Vimos, en el capítulo 5, que, a medida que el pecado se expandía, o "abundaba", y causaba asombro, la gracia de Dios y de Cristo lo vencía y vencía, despertando aún mayor admiración. Siguiendo este razonamiento, Pablo presenta una pregunta cuya respuesta está implícito: "¿Perseveraremos en el pecado, para que la gracia abunde?". En otras palabras, puesto que cuanto mayor era el pecado, más fuerte y gloriosa resultó la gracia que lo redimió, contribuyamos a aumentar el pecado, practicándolo nosotros mismos, para que la gracia del perdón se revele aún más gloriosa. No, porque no se manifestó con el propósito de ser exaltado. Ella estaba allí para eliminar el pecado. "sabéis que Él apareció para quitar nuestros pecados" 1 Juan 3:5. Traemos una

ejemplo que ilustra el punto. Consideremos una situación en la que muchas personas caminan por un parque ubicado en el centro de la ciudad, en medio del cual pasa un río con una fuerte corriente. De repente, un niño cae al río y rápidamente es arrastrado por las aguas. La multitud corre hacia la orilla del río cuando ven que el padre corrió por la orilla, se arrojó a las aguas impetuosas, nadó hasta el niño, lo recogió y lo llevó a la orilla, salvándole la vida. Luego la multitud que observaba la escena, conmovida por el amor y la valentía del padre al arriesgar rápidamente su vida para salvar al niño, aplaudió, entre risas y lágrimas. En esta historia, el padre se arrojó al río con el único propósito de salvar a su hijo. Ni siquiera pensó en "mostrar su valentía". Pero su acción acabó demostrando su nobleza de carácter, la cual fue contemplada y reconocida por todos.

Lo mismo sucedió con Dios. El sacrificio de la cruz no fue diseñado con el propósito principal de mostrar Su bondad. De ser así, esto sería una motivación egoísta. Pero Dios es amor; y el amor "no busca sus propios intereses" 1 Cor. 13:5. En el plan de salvación, Dios actuó como Padre, con el único interés de salvar a Sus hijos humanos. Pero cuando lo hizo, era manifiesto que Él "Amó al mundo de tal manera que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. Porque Dios envió a su Hijo al mundo... para que el mundo sea salvo por él" Juan 3:16, 17. Esta acción del Padre y del Hijo expuso Su amor y gracia a todos de una manera que no podía ocultarse. Como consecuencia, nos sentimos atraídos por el amor de ambos. Sobre esto, Dios le dijo a Jeremías: "Con amor eterno te he amado, por eso te he atraído con bondad" Jer. 31:3. Y Cristo dijo: "Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atrae a todos hacia mí" Juan 12:32.

Por lo tanto, en el momento del sacrificio de la cruz, el interés de Dios se centró en nosotros, no en Él mismo. Él buscó nuestro beneficio, no la mejora de Su reputación. Pero sabía que eventualmente se daría a conocer a todas sus criaturas mediante su acto de sacrificio para salvar al hombre. Y este conocimiento mostraría la justicia de Su gobierno y resultaría en una mayor lealtad de todos, resultando en su plena y perpetua estabilidad en todo el universo. Por eso, cuando anunció la venida de Cristo a Isaías, declaró: "el principado está sobre sus hombros" Isa. 9:6.

Cristo, actuando para salvar al hombre, justificaría el gobierno de Dios.

Hechas estas consideraciones, volvamos a nuestra reflexión sobre Romanos 6. Dado que el objetivo de Dios con el sacrificio de la cruz fue eliminar el pecado, el resultado de apreciar Su ofrenda no será que sigamos pecando. Al contrario, por la gracia de Dios somos llevados a dejar de pecar. La contemplación del amor desinteresado de Cristo y de la perfecta sumisión a los mandamientos del Padre nos lleva a una situación equivalente a la muerte por la vieja vida. Frente a la sublimidad del conocimiento de Cristo, el mundo y el pecado pierden su atractivo. Ya no los queremos. Más bien, deseamos seguir a nuestro Salvador. Y es por eso que somos bautizados, siguiendo sus huellas. Al comienzo de su ministerio, Jesús fue bautizado (Mateo 3:16). Él no

necesitaba, pero lo hizo "para cumplir toda justicia" (Mateo 3:15). Y añadió después: "Porque os he dado ejemplo, para que, como yo os he hecho, vosotros hagáis lo mismo" Juan 13:15.

Pablo explica el significado del bautismo con las palabras: "¿O no sabéis que todos los que fuimos bautizados en Jesucristo, fuimos bautizados en su muerte? Por tanto, mediante el bautismo fuimos sepultados juntamente con él para muerte; de modo que, como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida". Cristo murió cargando los pecados del mundo. "Al que no conoció pecado", Dios "por nosotros lo hizo pecado" 2 Cor. .

5:21. Pero Él resucitó sin pecado, y "se manifestará por segunda vez, sin pecado, a los que esperan en él para salvación" Heb. 9:28. Así es con nosotros. Cuando somos bautizados, damos testimonio de que, en nuestros corazones, el pecado y sus atractivos murieron. A semejanza de Cristo somos sepultados, no en el sepulcro como Él estuvo, sino en agua, ya que el bautismo es símbolo de que vivimos Su experiencia. Y así como Cristo fue sepultado en el "las partes más bajas de la tierra"

Efé. 4:9, somos sumergidos, con todo el cuerpo, en agua cuando somos bautizados. Y resucitamos del agua a semejanza de la resurrección de Cristo, sin pecado. Cristo resucitó por la gloria del Padre y nosotros, al resucitar de las aguas del bautismo, llegamos a conocer el poder divino que actúa en nuestras vidas, que es "la virtud de su resurrección" Fil. 3:10. Este es el poder del espíritu santo, dado por Cristo a los creyentes. Al respecto está escrito: "Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo" Hechos 2:38. El mismo poder que Dios ejercido para resucitar a Cristo de entre los muertos se utiliza para resucitarnos de la vida anterior de muerte en delitos y pecados a la nueva vida espiritual en obediencia a los diez mandamientos, porque "su mandamiento es vida eterna".

Juan 12:50.

"Porque si hemos sido plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, también seremos plantados juntamente en la semejanza de su resurrección, sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado fuera hecho lejos, para que no sirvamos más al pecado; porque el que muere, queda justificado del pecado" Romanos 6:5-7.

Jesús nos dice: "Sígueme". Mateo 8:22. Su experiencia fue: murió con los pecados (tomándolos sobre sí mismo) y resucitó sin pecado. Pedro declaró que Él "llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero" de la cruz (1 Pedro 2:24). Así, se puede decir que murió identificado como el peor de los pecadores. Esto ya había sido representado en tiempos de Moisés, cuando Dios le ordenó colgar en el madero una serpiente de bronce. Se usaba comúnmente en la Biblia como símbolo de Satanás, el creador del pecado. Pero en ese momento

Representaba a Cristo, el portador de los pecados que Satanás llevó a los hombres a cometer. Jesús confirmó el significado del símbolo en las palabras: "como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado" Juan 3:14. A semejanza de Cristo somos bautizados. Estábamos llenos de pecados (Colosenses 2:13), entonces simbólicamente fuimos muertos y sepultados para ellos, lo cual se representa al ser sumergidos en agua en el bautismo.

Pablo declara esto con las palabras: "nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él".

La condenación del pecado es muerte (Romanos 6:23). Si nos sometemos al bautismo en agua con verdadera fe en Cristo como nuestro Salvador, a través de este rito nos apropiamos de Su muerte en nuestro nombre. Nuestra deuda se paga en el cielo. Nuestra condenación, Él la tomó por nosotros y quedamos libres. Pero experimentamos esta experiencia sólo cuando tomamos la decisión de abandonar nuestro camino de pecado: la vieja vida. No se trata de si no nos vemos con la fuerza para superar las tentaciones que seguramente nos sobrevendrán, sino de nuestra decisión. Esto sólo lo podemos aceptar nosotros. De nada nos sirve una profesión de fe que no va acompañada de la decisión de cambiar de vida. Necesitamos ser plantados con Cristo en la semejanza de Su muerte. Murió definitivamente por los pecados que cargó y resucitó para no volver a cargarlos nunca más. Y si "fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, también seremos plantados juntamente en la semejanza de su resurrección". La muerte de Jesús es nuestra, reemplazó a la nuestra y ya no estamos en deuda con la ley. "El que está muerto queda justificado del pecado".

Una expresión utilizada por Pablo en estos versículos, que suele ser más difícil de entender, es "desechado el cuerpo del pecado". Considerémoslo ahora. El apóstol está tratando con el bautismo. Luego afirma que, a través de él, "el cuerpo del pecado" será "deshecho". Deshecho significa destruido, desmantelado. Ahora bien, cuando una persona es bautizada, su cuerpo físico no es desmantelado ni destruido. Por lo que entendemos que la expresión tiene un sentido simbólico, no literal. Lo podemos entender cuando consideramos la situación previa del candidato al bautismo. Era un pecador, cometer pecados era un hábito en su vida. Y los hábitos forman el carácter. Por eso entendemos que había sido formando, durante su vida anterior, un carácter pecador. Pablo llama a este carácter el "cuerpo del pecado". Fue construyéndose, creciendo, hasta el momento de su entrega a Cristo. Entonces, se produjo un cambio. Los malos hábitos son rotos por el poder del Salvador, y comienza una nueva vida. Se forman nuevos hábitos de obediencia. El carácter se forma y moldea mediante los hábitos cultivados. Así, durante la nueva vida cristiana, después del bautismo, ese modelo de carácter previamente formado se desmorona gradualmente. Según las palabras de Pablo, "el cuerpo del pecado es destruido". A través de los nuevos buenos hábitos adquiridos, el carácter se vuelve similar al de Cristo.

El otro simbolismo -este extremadamente significativo- abordado por Pablo en los versos de Romanos, arriba, es que la subida de las aguas del bautismo representa la experiencia de

Resurrección. Sólo Dios puede resucitar a los muertos. Ejerció su poder al resucitar a Cristo. Quien es bautizado con fe en el Señor Jesús recibe la convicción de que Dios lo resucitará a una nueva vida de obediencia: "Porque si hemos sido plantados juntamente con él a semejanza de su muerte, también seremos a semejanza de él". de su resurrección". Por lo tanto, ya no servirá al pecado. Mientras continúe creyendo en Cristo, será libre de él, el poder de Dios, el espíritu santo.

Pablo continúa presentando esta experiencia en los siguientes versículos:

"Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, sabiendo que, habiendo resucitado de entre los muertos, Cristo ya no muere; la muerte ya no se enseñorea de él.

Porque habiendo muerto, murió inmediatamente al pecado; pero en cuanto a vivir, vive para Dios" Rom. 6:8-10.

Las palabras anteriores describen la magnitud del poder de Dios que obra en la vida del creyente. Después de resucitar, Jesús nunca más estuvo bajo el control de la muerte. Estaba total y para siempre libre de pecado. Esta es también la vida del creyente. Dios obra en ella con tal poder que la libera completamente de la desobediencia. Dicho de otra manera, Dios la hace perfectamente obediente a todo deber conocido, a toda luz que ha recibido de los mandamientos. Y a medida que aumenta el conocimiento de su ley, la hace más obediente. Victoria de una vez por todas sobre el pecado: ésta es la experiencia del creyente. Pero para mantenerlo hay condiciones. Estos se presentan en los siguientes versos:

"De la misma manera, consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis sus concupiscencias, ni presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia; porque el pecado no se enseñoreará de vosotros, pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia. ¿Pecado porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En absoluto. ¿No sabéis que a quien os presentáis siervos para obedecer, sois siervos de aquel a quien obedecéis, o del pecado para muerte, o de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios que, habiendo sido siervos del pecado, obedecisteis de corazón a la forma de la doctrina a la cual fuisteis entregados" Romanos 6:11-17.

En este extracto Pablo presenta algunas acciones que son claves en la vida cristiana: “considerar”, “presentar”, “obedecer de corazón”. Todos ellos están relacionados con nuestra elección personal. Nos corresponde a nosotros decidir “considerar que ya no practicamos los pecados que solíamos cometer”; “presentarnos a Dios, en oración, pidiéndole orientación sobre cuál es su voluntad y poder para ejecutarla” y “obedecer su Palabra de corazón”, es decir, recibirla con sinceridad y someterle nuestra voluntad. El apóstol informa del resultado de este procedimiento, dándonos la certeza de que nuestras oraciones serán escuchadas: “el pecado no se enseñoreará de vosotros”. Es una promesa de liberación completa, condicionada a nuestra elección. Quien quiera recibirá el poder de el espíritu dado por Cristo y serán libres.

Llama la atención la expresión: “el pecado no se enseñoreará de vosotros, porque no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”. Asegura que la experiencia de quienes han recibido la gracia de Dios en Su vida es de victoria sobre el pecado, es decir, obediencia a los diez mandamientos. Si alguien se dice cristiano pero no vive esta experiencia, se engaña a sí mismo y su esperanza en el cielo es vana. El apóstol Juan lo expresó claramente: “Y en esto sabemos que le conocemos: si guardar sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso, y la verdad no está en él. Pero quien guarda su palabra, el amor de Dios verdaderamente se perfecciona en él; en esto sabemos que estamos en Él.

El que dice que permanece en Él, que también ande como Él caminó” 1 Juan 2:3-6. La teoría de que la gracia de Dios exime al hombre de guardar la ley, tan ampliamente difundida en el mundo que se profesa ser cristiano, está tan lejos de la verdad como lo está el cielo de la tierra. “Hijitos, nadie os engañe. El que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto se manifestó el Hijo de Dios: para deshacer las obras del diablo.

Todo aquel que nace de Dios no comete pecado; porque su simiente permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios y los hijos del diablo.

El que no practica la justicia y no ama a su hermano, no es de Dios”. 1 Juan 3:7-10

“Y habiendo sido libertados del pecado, os convertisteis en servidores de la justicia. Hablo como hombre, a causa de la debilidad de vuestra carne; porque así como presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la maldad por maldad, así presentad ahora vuestros miembros para servir a la justicia por santificación. Porque cuando erais siervos del pecado, estabais libres de la justicia. ¿Y qué fruto obtuvisteis entonces de las cosas de las que ahora os avergonzáis? Porque su fin es la muerte. Pero ahora, libres de pecados y hechos siervos de Dios, tenéis vuestro fruto para la santificación y, en definitiva, para la vida eterna. Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Jesucristo nuestro Señor” Rom. 6:18-23.

Ser siervo de la justicia es diferente a ser siervo del pecado. Antes de estar con Cristo, servimos como esclavos a "la inmundicia y la maldad". "Todo aquel que comete pecado, siervo (esclavo) es del pecado) Juan 8:34. No éramos dueños de nuestra voluntad; pero dominado por él. Sin embargo, una vez liberados y fortalecidos por el espíritu de Cristo, nos convertimos en dueños de nuestra propia voluntad y podemos dominarla. Elegimos obedecer a Dios aunque vaya en contra de nuestra inclinación natural, y somos efectivamente capaces de llevar a cabo Sus obras. Practicamos la justicia, la obediencia a los Diez Mandamientos (Sal. 119:172). Y así caminamos en santidad en presencia de Dios.

"Cuando erais siervos del pecado, estabais libres de la justicia". Esta expresión en el texto presenta un razonamiento invertido. Normalmente asociamos la palabra "libre" como lo opuesto a esclavo. Pero en este caso el apóstol lo usa de otra manera. Sostiene que cualquiera que sea esclavo está "libre de justicia". El significado de la expresión es estar exento o sin. Quien sirve al pecado no tiene justicia (obediencia) en sí mismo, porque no lo practica. Estando en esta condición, vuestro fin será la muerte, ya que "la paga del pecado es muerte". "Pero ahora, libres de pecados y hechos siervos de Dios, tenéis fruto de santificación y, en definitiva, de vida eterna. Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna, Jesucristo, Señor nuestro".

## Romanos 7

"¿No sabéis, hermanos (pues hablo con los que conocen la ley), que la ley rige sobre el hombre mientras vive? Porque la mujer que está sujeta a su marido mientras él vive, está sujeta a él por la ley; pero cuando su marido muere, ella queda libre de la ley de su marido. Por lo tanto, si su marido vive, ella será llamada adúltera si es de otro marido; pero cuando su marido muere, ella queda libre de la ley, y así no será adúltera si tiene otro marido. Así, hermanos míos, también vosotros estáis muertos a la ley por el cuerpo de Cristo, para ser de otro, del que resucitó de los muertos, para que llevemos fruto para Dios". Romanos 7:1-3.

Pablo introduce aquí un argumento que puede ser entendido por quien conoce la ley de los diez mandamientos. Por eso dice: "Hablo con los que conocen la ley". Su séptimo mandamiento tiene que ver con el matrimonio: "no cometerás adulterio" (Éxodo 20:14). Al finalizar la ceremonia nupcial, era común escuchar: "Os declaro marido y mujer hasta que la muerte os separe". En esta frase tenemos

expresa la intención de Dios mediante el mandamiento. Con excepción del adulterio, nada debe disolver el voto matrimonial.

Se puede decir que la ley "obliga" al novio y a la novia por votos de fidelidad mientras ambos vivan. Del texto: "la mujer que está sujeta a su marido, mientras éste vive, está obligada a él por la ley; pero cuando su marido muere, ella queda libre de la ley de su marido. Por tanto, si su marido vive, será llamada adúltera si es de otro marido; pero cuando su marido muere, ella queda libre de la ley y por tanto no será adúltera si pertenece a otro marido". Lo mismo se aplica a nuestra vida espiritual. Los hermanos de Pablo y nosotros los creyentes estábamos sujetos a la ley del matrimonio con un marido, que no se menciona hasta el versículo 3. Además, este marido es la carne o nuestro "egoísmo", que nos llevó a pecar contra Dios. Esto lo veremos más adelante.

Como el matrimonio sólo se disuelve cuando uno de los cónyuges muere, tuvimos que morir para romper esta primera unión y formar una nueva. "Porque el que muere queda justificado del pecado" (Rom. 6:7).

"Así que, hermanos míos, también vosotros estáis muertos a la ley por el cuerpo de Cristo, para que seáis más bien, del que resucitó de entre los muertos, para que llevemos fruto para Dios" Rom.

7:4

Nos convertimos en otro marido, "de Aquel que resucitó de entre los muertos": Jesucristo. En el siguiente versículo, Pablo revela quién fue su primer marido y detalla lo que quiere explicar:

"Porque cuando estábamos en la carne, las pasiones del pecado, que son por la ley, obraban en nuestros miembros para llevar fruto de muerte". ROM. 7:5

El ex marido era la "carne". Mira tus brazos, tu vientre y tus piernas: son de carne. Representa nuestro "egoísmo". Pablo describe la actitud de agradarse a "uno mismo" con las palabras "hacer las obras de la carne". Escribió a los Gálatas: "las obras de la carne son... fornicación, impureza, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, emulación, ira, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, glotonería" (Gál. 5: 20, 21). La esposa de este matrimonio es nuestra mente, como aparece unos versos más adelante: "según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios. Pero veo en mis miembros otra ley que lucha contra la ley de mi mente\* y me ata bajo la ley del pecado que está en mis miembros". ROM. 7:22, 23. Antes de que llegáramos a conocer la verdad, nuestras mentes estaban apegadas al "yo", esclavizadas por nuestro egoísmo.

Pablo ilustra esto con el término "las pasiones de los pecados".

La pasión, ese sentimiento ardiente pero irracional, es lo que lleva a muchos al altar de la boda. Pablo dice que esto es evidencia de que hubo una especie de matrimonio entre nosotros y nuestro egoísmo. Y el matrimonio se rige por la ley en su mandamiento: “no cometerás adulterio”.

Se refiere a la ley para mostrar que no nos era posible separarnos de nuestro egoísmo. Pero eso no lo sabíamos. No hubo ningún conflicto interno. Día a día intentamos hacer nuestra voluntad como si ésta fuera el ideal de vida y felicidad. Nuestra mente y nuestro “yo” estaban como una pareja que comparte los mismos malos sentimientos: eran compañeros.

El matrimonio que existía dentro de nosotros no tuvo un final feliz, pero aún así había armonía en él, ya que a ambos nos gustaba lo que estaba mal. Así, día a día multiplicamos nuestras malas acciones, nuestros pecados, y seguimos el camino de la muerte, porque “el pecado es transgresión de la ley” y “la paga del pecado es muerte\*” (I Juan 3:4; Rom. 6:23). Pablo describe todo esto con las palabras: “las pasiones del pecado, que son por la ley, obraron en nuestros miembros para producir fruto para muerte”.

\*Traducción Almeida revisada y actualizada

“Pero ahora estamos libres de la ley, porque hemos muerto a aquello en que estábamos sujetos; para que sirvamos en novedad de espíritu, y no en vejez de letra” Rom. 7:6.

Según la ley de Dios, con excepción de los casos de adulterio (que no son explorados en el argumento de Romanos 7) la unión entre marido y mujer sólo puede romperse con la muerte de uno de los cónyuges. Haciendo uso de este concepto, Pablo muestra que es posible romper nuestra unión con el “yo”, simplemente muriendo a él. Entonces la mente, que hasta entonces estaba cautiva de su propia voluntad egoísta, se sujeta a Cristo, el nuevo esposo, comenzando a servir a Dios. Y quien sirve a Dios guarda la ley de los Diez Mandamientos. “El pecado es transgresión de la ley”; “pero ahora, habiendo sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por fruto la santificación, y finalmente la vida eterna” (I Juan 3:4; Rom. 6:22). Quien es liberado del pecado y hecho siervo de Dios se vuelve obediente. Otra forma de decir esto es decir que la persona ahora demuestra “otro espíritu”. Esta es una expresión que utilizamos a menudo cuando notamos una marcada diferencia en el comportamiento de alguien. Decimos: “¿Ves fulano de tal? Estaba nervioso, violento... ahora es tan diferente, tranquilo, lúcido... ¡tiene un espíritu diferente!” Esto es lo que significa la expresión “servimos en novedad de espíritu”. Esta transformación es un milagro de Dios en nuestros corazones. No podemos explicar cómo sucede. Pero todo creyente sabe que esto sucede porque lo ha experimentado.

Al informar sobre la nueva experiencia, Pablo dice que servimos a Dios “no en la vejez de la letra”. Desde que morimos por nuestro primer matrimonio, la ley que lo regía se volvió “vieja” para nosotros.

que nos unía al antiguo (o viejo) matrimonio. Explicado de otra manera, la expresión significa que ya no estamos tratando de servir a Dios atados a nuestro primer matrimonio. El matrimonio era "hasta que la muerte nos separe". Después de nuestra muerte, la ley del matrimonio ya no se aplica a nosotros. Es parte de nuestro pasado, no del presente.

Vale la pena señalar que sólo en este sentido la letra del mandamiento se ha vuelto antigua. Y en ningún otro. Hay quienes distorsionan el significado del texto, buscando justificarse por no guardar los mandamientos de Dios, diciendo que son "viejos". Pero eso no es lo que dice. Ya hemos visto que, en un nuevo matrimonio, somos transformados en siervos de Dios, obedientes a Sus mandamientos. Y el apóstol Juan añade: "El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso, y la verdad no está en él" (1 Juan 2:4). Y, precisamente para evitar dar lugar a malas interpretaciones de lo que escribió, Pablo explica, en el siguiente versículo:

"¿Qué diremos entonces? ¿Es la ley pecado? ¡De ningún modo! Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque no conocería la lujuria si la ley no dijera: No codiciarás. Pero el pecado, aprovechándose del mandamiento, despertó en mí toda concupiscencia; porque Sin la ley, el pecado estaba muerto" Rom. 7:7, 8

El problema no estaba en la ley matrimonial. El problema era el "yo" mismo, llamado "pecado", en el texto anterior - él era el malo de la historia - el mal marido. Aprovechando que nuestra mente estaba "casada" con él, la indujo a cumplir todos sus deseos. Y, aunque no fuimos iluminados por la ley de Dios, hicimos lo que él quería, sin ningún dolor de conciencia. En otras palabras, nos complacimos y no nos sentimos condenados, porque lo hicimos en nuestra ignorancia. Éste es el significado de las palabras: "porque sin la ley el pecado estaba muerto".

Para nosotros no había ningún daño ni pecado en eso. ¿Cuántas veces escuchamos a personas que están en la misma situación decir: ¿qué hay de malo en eso? ¿Qué hay más en hacer eso? No nos sentimos condenados por hacer lo que no sabíamos que estaba mal. Por eso la Biblia dice que "Dios no considera los tiempos de ignorancia" Hechos 17:30.

Para facilitar la comprensión presentamos una ilustración de la comparación realizada por Paulo, abajo:



La esposa y el marido, la mente y la carne, están dentro de nosotros. En el capítulo 7 de Romanos, Pablo describe este matrimonio en dos fases: la primera, en la que la esposa y el esposo están en armonía - nuestra mente sólo está ocupada en agradarnos a nosotros mismos; y el segundo, en el que, iluminada sobre la ley de Dios, quiere actuar de otra manera, como cristiana, pero se encuentra esclavizada por su marido. Respecto al primero, dice: "cuando estábamos en la carne, las pasiones del pecado, que son por la ley, obraban en nuestros miembros para producir fruto para muerte". Mientras no sepamos nada mejor, no tenemos ningún conflicto interno. Nos resulta tan natural actuar así que, cuando oímos hablar de alguien que es verdaderamente desinteresado, tendemos a descartarlo como "tonto".

Sucede que, en un momento de la vida, Dios nos ilumina con el conocimiento de su voluntad. Entonces comienza la segunda fase. Convencidos de lo que es correcto, pero aún sin el poder de Jesús que nos permita hacer lo que es correcto. Sabiendo que somos pecadores y que la paga del pecado es la muerte, pero no tenemos fuerzas para cambiar de rumbo. Convencido sí; pero aún no convertido.

Conversión significa cambiar de rumbo, de dirección. A menos que esto suceda, no hay evidencia de que nos hayamos convertido. Mientras sólo estamos convencidos seguimos en la misma dirección equivocada, que lleva a la muerte, con la única diferencia de que antes éramos inconscientes de ello, y ahora sabemos hacia dónde vamos. Esto incluso le sucedió a Pablo, antes de convertirse.

“Yo en un tiempo vivía sin la ley, pero cuando vino el mandamiento, el pecado revivió y morí. Y el mandamiento que era para vida, pensé que era que yo muriera”. ROM. 7:9.

Los mandamientos de Dios no fueron hechos para matar al hombre. Jesús dijo: “Yo sé que su mandamiento es vida eterna” (Juan 12:49). Y Dios dijo, por medio de Moisés: “Mis estatutos y mis juicios guardaréis; las cuales, al hacerlas, el hombre vivirá por ellas” (Levítico 18:5).

Originalmente mantenían al hombre en el camino de la vida. Cuando Adán fue creado sin pecado, no tenía ningún deseo de hacer lo malo. Su corazón estaba lleno de amor por Dios. Sólo hacía falta que el Padre presentara el mandamiento y él, con corazón alegre y buena voluntad, obedeció. Todo cambió cuando comió el fruto prohibido. Luego la lealtad se convirtió en miedo y rebelión. Sin la intervención de Dios, nunca podría volver a su fidelidad anterior.

Ahora, cuando mira los mandamientos que expresan su voluntad y se encuentra incapaz de obedecerlos, ve que su condena es justa. Las órdenes que Adán se deleitaba en obedecer, antes de su caída, se convirtieron en causa de sentimientos de culpa y condenación: recuerdos de la sentencia de muerte. Pablo estaba en esta situación cuando literalmente se cayó del caballo y vio que estaba persiguiendo a Jesús. Se refirió a ello diciendo: “y el mandamiento que era para vida, pensé que era para mí morir”.

“Porque el pecado, aprovechándose del mandamiento, me engañó y por él me mató. Por tanto, la ley es santa; y el mandamiento santo, justo y bueno”. ROM. 7:11, 12

Los versos anteriores siguen la didáctica de los anteriores. El “pecado” es el ex marido. Una vez casadas con él, mientras no conocíamos la ley, hicimos su voluntad y nuestra conciencia no nos condenó. Estábamos haciendo mal, pero no lo sabíamos: actuamos por ignorancia. Nos equivocamos, sin saberlo. Nuestra situación se asemeja a la de una mujer engañada por su marido alcohólico. Él siempre la invitaba a beber. A ella le agradaba y pensaba que era un buen compañero, que siempre estaba con ella e insistía en su presencia. Se sintió valorada por estar siempre invitada por él. Por eso también nos sentíamos valorados cuando nos complacíamos. ¡Cuántas personas, para justificar algo malo que hacen, no dicen: “Tengo que hacer esto; después de todo, soy un hijo de Dios! ¡Yo también lo merezco! Sin embargo, más tarde, esta mujer descubre que el alcohol está perjudicando su salud. Fue iniciada en una adicción de la que no puede escapar.

deshacerse. Cuando se dio cuenta, ya era una alcohólica, con cirrosis hepática, en su lecho de muerte. Sólo un milagro podría salvarla. Este es también el caso en el sentido espiritual. Cuando conocemos la ley de Dios, nos damos cuenta de que hemos recorrido el camino del pecado, del agrado del "yo". Vemos que ese "marido" interno nos engañó ahora que estamos condenados a muerte. En palabras de Pablo: "porque el pecado, aprovechándose del mandamiento, me engañó y por él me mató".

Una vez que queda claro que el pecado es el culpable en esta historia, la ley de Dios queda justificada. El problema no es ella, sino quién nos llevó a transgredirla. Está comprobado que no tenía ningún defecto; por lo tanto, no hay razón para entender que se ha vuelto "viejo", obsoleto con el propósito de enseñarnos el camino de la vida. De ahí el siguiente argumento:

"Entonces, ¿me he vuelto bueno en la muerte? ¡De ningún modo! Pero el pecado, para parecer pecado, hizo en mí muerte para bien, para que por el mandamiento el pecado se hiciera sumamente malo." Rom. 7:13

En este punto, creo que simplemente colocar, al lado de cada referencia a la ley hecha en el versículo, a qué situación se refiere, te permitirá entender su significado. Ver: "Entonces, ¿el bien (la ley de los Diez Mandamientos) se convirtió en mí en la muerte? ¡De ningún modo! Pero el pecado (el ex marido), para mostrarse pecado (mostrar ser malo), obró en mí la muerte para bien (en virtud de la ley del matrimonio, que nos unía a él), así que por el mandamiento (cuando lleguemos a conocer la ley de Dios) el pecado se volvería excesivamente malo (veríamos cuán equivocados estábamos al satisfacer el 'yo')".

En otras palabras: la ley, originalmente diseñada por Dios para la vida, para que Adán y sus descendientes vivieran obedeciéndola, no se convirtió de repente en un instrumento para matarnos. Quien nos puso en situación de condena fue el viejo marido, el "yo". Mientras estábamos en nuestra ignorancia, él llevó nuestras mentes a actuar de manera egoísta. Por la ley del matrimonio, que, por así decirlo, nos unía a él, nos llevó a cometer pecados para satisfacerlo, y la paga del pecado es muerte (Ro. 6:23). En palabras de Pablo: "para bien" - la ley del matrimonio, que en sí misma es buena y preserva a la familia de los males resultantes del adulterio, "provocó la muerte". En otras palabras, por esta ley nos encontramos unidos a nuestro "egoísmo" y con él la pena de muerte.

Pero Dios opera de tal manera que convierte todas las maldiciones en bendiciones. Utiliza incluso las peores experiencias de nuestras vidas como herramientas para guiarnos por el camino hacia la vida eterna. El hecho de que profundizáramos en el pecado debido a la influencia de nuestro egoísmo (ex marido), hizo que la justicia y la santidad de la ley se resaltarán más ante nuestros ojos cuando nos fue presentada. Un asesino siente el peso del mandamiento "no matarás" mucho más que el ciudadano promedio (Éxodo 20:13). En las noticias de televisión, cuando la cámara lo apunta, rápidamente baja

la cabeza. Esta es una confesión implícita de culpabilidad. Dice el proverbio popular: "el que no debe, no teme". Volviendo a la comparación bíblica, encontramos que, debido a nuestro terrible matrimonio anterior, cuando fuimos iluminados nos encontramos muy culpables ante la ley de Dios. Podríamos ver el pecado desde la perspectiva de Dios. Nuestro pecado se ha vuelto, a nuestros ojos, "sumamente malo".

"Porque sabemos que la ley es espiritual; pero yo soy carnal, vendido al pecado. Por lo que hago no lo apruebo, por lo que quiero no lo hago; pero lo que odio, eso lo hago. Y si hago lo que no quiero, doy mi consentimiento a la ley, que es buena". ROM. 7:14-16

Poco después de que tomamos conciencia de la voluntad de Dios, de su ley, y tratamos de obedecerla, descubrimos que no podemos cumplirla por nuestra cuenta. Nuestra mente, queriendo hacer lo correcto, se ve obligada por el "egoísmo", un marido dictatorial y caprichoso, a hacer su voluntad. Este marido es malo. Su voluntad, "las obras de la carne son... fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría" (Gálatas 5:20, 21), etc. Esta ilustración cubre a toda persona que viene al mundo. Desde que nacemos, nuestra mente está casada con nuestro "yo". No podemos evitar actuar en beneficio de nuestros propios intereses. Puede que incluso deseemos hacer el bien, pero nuestros mejores esfuerzos en favor de los demás están impregnados de deseos de gratificar al "yo" de alguna manera. Se llama "hacer el bien con una segunda intención", ser visto, ser considerado bueno por los demás, tener estatus, etc. Pablo aquí también se refiere a él, cuando, después de que Jesús se le apareció en visión, cayó del caballo y se vio a sí mismo como realmente era. Estaba convencido de que era pecador; Quería obedecer, pero no pude. Y esta es la situación de todo aquel que tiene conocimiento de la voluntad de Dios, pero no se ha entregado a Cristo.

Aquí nos toca hacer un pequeño paréntesis en la explicación, para comentar el caso de dos clases de personas que, sin darse cuenta, se encuentran en una situación similar a la mencionada en el texto. El primero son aquellos que no profesan religión, pero aun así se jactan de ser mejores que los cristianos. Sin embargo, su testimonio de que saben lo que es correcto sólo los hace más responsables de obedecer ante los ojos de Dios. Hacen lo que ellos mismos no aprueban, pero se justifican al ver a cristianos profesos actuar de la misma manera. Sin embargo, siendo este el caso, necesitarían proporcionar pruebas efectivas de que, de hecho, tienen mejor carácter que los cristianos que condenan. Y la verdad es que cuando traten de enmendarse para dar tal testimonio, pronto se darán cuenta de que están esclavizados, en la misma situación descrita en Romanos 7. La segunda clase pertenece a aquellos que profesan ser cristianos pero no hacen lo mismo. voluntad de Cristo: no obedecen la ley de Dios. Estos están convencidos de la verdad, pero aún no están convertidos. Necesitan un milagro... urgentemente. Sin embargo, no sienten la necesidad de cambiar. Están satisfechos con su profesión, con "pertenecer a una iglesia". No se engañen con la falsa expectativa de que decir "yo creo" los salvará de la muerte. Jesús aclaró: "No todo el que

dice: ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel Día: Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en Tu nombre? ¿Y en tu nombre no expulsamos demonios? ¿Y en tu nombre no hemos hecho muchos milagros? Y entonces les diré abiertamente: nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de iniquidad". (Mateo 7:21-23). A menos que se conviertan y den testimonio de esto mediante obras de obediencia a la ley de Dios, nunca serán contados entre los santos. Ambos, los no cristianos que se consideran justos y los cristianos sólo de nombre, tienen una cosa en común: conocen la verdad y, por lo tanto, no aprueban lo que hacen. Por lo tanto, están de acuerdo o, en palabras de Pablo, consienten en que la ley es "buena". Pero el conocimiento de la teoría de la verdad por sí solo no los hace aptos para la vida eterna. Sólo aquellos que efectivamente lo practiquen podrán entrar en la gloria y ser hermanos espirituales de los santos ángeles de Dios.

Volviendo a la explicación del versículo: el término "la ley es espiritual" significa que es la expresión de la voluntad de Dios. "Dios es espíritu" (Juan 4:24); y todos los que se convierten, haciéndose obedientes a ella, son llamados "espirituales", es decir, están en armonía con su voluntad. (I Pedro 2:5). Pablo comparó aprender la voluntad de Cristo con comer un "manjar espiritual" (I Corintios 10:3, 4). Mientras está casado con la carne, el hombre es llamado "carnal", término que deriva de la palabra "carne". La expresión "vendidos al pecado" se refiere al hecho de que estamos esclavizados por nuestra propia voluntad. Usando la misma expresión, la Biblia dice, en otro lugar, que "Acab... se había vendido para hacer lo malo ante los ojos de Jehová, porque Jezabel, su esposa, lo incitaba" (I Reyes 21:25). Una situación que ilustra bien esta cuestión es la del drogadicto. Acepta que las drogas son malas. Quiere dejar el hábito; pero, cuando llega la crisis de abstinencia, la adicción es "derrotada" por la adicción. El hombre convencido de sus faltas se da cuenta de que la ley refleja la voluntad de Dios: "es espiritual", y es buena; pero está vendido al pecado. En palabras de Pablo: "Porque lo que hago no lo apruebo, porque lo que quiero no lo hago; pero lo que odio, eso lo hago. Y si hago lo que no quiero, consiento (es decir, estoy de acuerdo) con la ley, que es buena".

"Así que ya no soy yo quien hace esto, sino el pecado que habita en mí" Rom. 7:17

El versículo anterior es una continuación de la explicación del tema, todavía usando la comparación del matrimonio. En la primera unión, nuestro egoísmo es el "marido" que gobierna la casa. La mente - la mujer - iluminada sobre la voluntad de Dios, aceptando que los mandamientos son buenos, quiere cambiar, pero no puede. El marido la arresta. ¿Cuántas mujeres? Dicen: "Me gustaría ir a la iglesia, pero mi marido no me deja". "No soy yo, es él quien me lo impide". Al actuar así, el marido se hace, en parte, culpable de la culpa de su esposa. ausencia, pero obviamente esto no la excusa, porque en lo espiritual "cada uno dará cuenta de sí a Dios" Romanos 14:12. En el trabajo, hay faltas.

eso se puede justificar. Pero nunca pagas. Justificar la ausencia con un certificado médico puede evitar recibir una advertencia o ser despedido, pero no dará derecho a cobrar como si el empleado hubiera trabajado. Lo mismo ocurre en la vida espiritual. Después de aclarar su mente, el hombre intenta obedecer pero no puede. Ya has decidido hacer la voluntad de Dios, pero te encuentras atrapado por tu propio egoísmo. De ahí las palabras de Pablo, como las de la mujer a la que se impide ir a la iglesia: "ya no soy yo quien hace esto, sino que pecco" el marido, que habita en mí. Sin embargo, nadie debería sentirse excusado en esta situación. La respuesta divina a tal excusa por el pecado es obvia: os ofrecí otro Esposo: Cristo. Si este primer matrimonio te lleva a la ruina, ¿por qué sigues en él? Si continúa con su primer marido no es por falta de opciones. ¿Por qué no mueres para Él y vives con el Otro, el Salvador de tu alma? Muchos escuchan la Palabra de Dios con alegría; sin embargo, cuando ella reprende una mala práctica querida, un pecado querido, un vicio que no se quiere abandonar, retroceden. No dicen abiertamente que rechazan a Cristo; continúan profesando creer en Él. Pero excusan su desobediencia alegando debilidad. El Señor dice: "Aférrate de mi fuerza y haz la paz conmigo" (Isaías 27:5). Pero se niegan a echar mano de la fuerza de Dios, y esto se debe a que, en el fondo, no quieren abandonar el pecado que aman.

Tratando de eximirse de la culpa tomando prestada la frase de Pablo "ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí" es depositarlo sobre Dios. Si decimos que nuestro pecado no es culpa nuestra, sino culpa de la carne (yo) que está en nosotros, le estamos echando la culpa al Creador de nuestro cuerpo. Pero cada pecado es resultado de la propia decisión de la persona. Nosotros, y sólo nosotros, tenemos la culpa del error. El apóstol Santiago, para no dar lugar a este argumento, escribió: "Nadie, siendo tentado, dice: Soy tentado por Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal y no tienta a nadie. Pero todo el mundo es tentado cuando se deja llevar por su propia concupiscencia. Luego, habiendo concebido la concupiscencia, da a luz el pecado; y el pecado, consumado, produce muerte" (Santiago 1:13-15). "¿Crees que hay un solo Dios? Haces bien; También los demonios creen y tiemblan. Pero, oh hombre vanidoso, ¿quieres saber que la fe sin obras está muerta?" es decir, no existe (Santiago 2:19, 20).

Pablo no usó la expresión "ya no lo hago" para excusarse. Después de caerse de su caballo y considerarse culpable de perseguir a los seguidores de Jesús, se arrepintió profundamente de su error y se culpó sólo a sí mismo, no a su naturaleza carnal, por su error. Él dijo: "porque soy el más pequeño de los apóstoles, no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios" I Corintios 15:9. De ello se deduce que el significado del texto no es el de justificarse cuando, convencido de la ley de Dios, no se cumple, sino el de utilizarlo para enfatizar la idea que se desarrolla a lo largo del capítulo. Se utiliza como énfasis para su cambio de forma de pensar.

Antes aprobaba el pecado; ahora lo condena, tanto fuera como dentro de sí mismo. Así, la expresión "ya no lo hago" significa: "Ya no apruebo esto; cuando lo hago, molesto a mi

proceder". La prueba de que este es el significado la da el desarrollo de su argumento, en los siguientes versos:

"Porque sé que nada bueno habita en mí, es decir, en mi carne; y, de hecho, la voluntad está en mí, pero no puedo hacer el bien. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Ahora bien, si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. Entonces encuentro en mí esta ley: que cuando quiero hacer el bien, el mal está conmigo. Porque según el hombre interior me deleito en la ley de Dios". ROM. 7:18-22

En otras palabras: ahora que conozco la voluntad de Dios, su ley, y veo que es buena, me deleito en ella; realmente quiero obedecerla. Pero no consigo. El pecado (yo) no me deja. Todavía estoy en mi primer matrimonio. "Encuentro, entonces, esta ley (del matrimonio) en mí: que, cuando quiero hacer pues el mal (el primer marido) está conmigo".

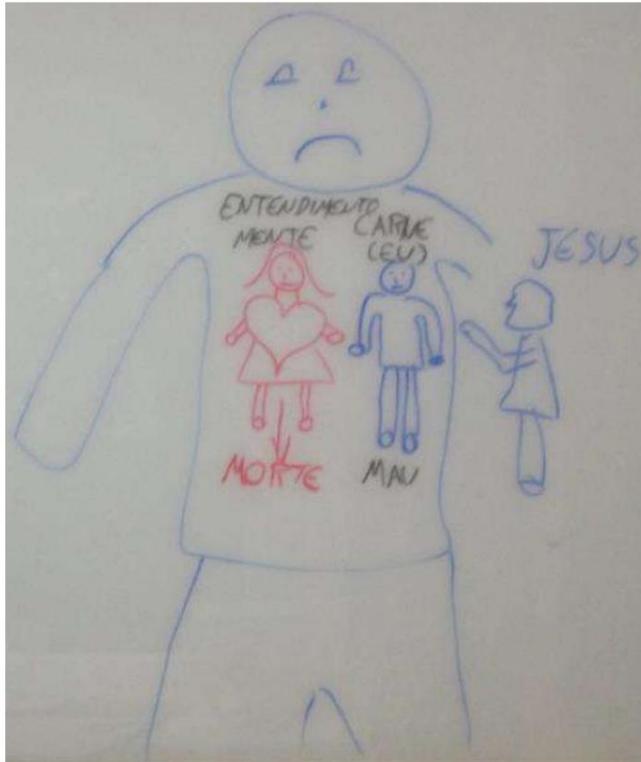
"Porque según el hombre interior me deleito en la ley de Dios. Pero veo en mis miembros otra ley que lucha contra la ley de mi entendimiento y me ata bajo la ley del pecado que está en mis miembros". ROM. 7:22, 23

Pablo utiliza aquí un juego de palabras, que se puede entender más fácilmente si identificamos la ley a la que se refiere, en cada momento. El significado de los términos ya ha sido abordado en este estudio: "Porque según el hombre interior (mi mente, la mujer en matrimonio), me deleito en la ley de Dios. Pero veo en mis miembros otra ley (del matrimonio) que batalla contra la ley de mi entendimiento (la ley de Dios, que he aceptado) y me ata bajo la ley del pecado (ley del matrimonio) que está en mis miembros." ROM. 7:23

"¡Miserable de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de esta muerte? Doy gracias a Dios por Jesucristo. Así que yo mismo sirvo a la ley de Dios con mi entendimiento, pero con mi carne sirvo a la ley del pecado." Rom. 7:24, 25

Mientras el hombre, iluminado sobre la voluntad de Dios pero incapaz de obedecerla, se encuentra en esta triste situación, convencido pero no convertido, no está indefenso. El Apocalipsis describe que Jesús está buscando salvarlo: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo". Apocalipsis. 3:20. Ella ve su mente como la de una mujer humillada, sometida e infeliz y quiere cambiar su situación; Quiere convertirse en su nuevo marido y guiarla hacia la felicidad. Ofrece perdón de pecados.

Cuando el hombre abre la puerta de su corazón, entra y se convierte en el nuevo Esposo, el Señor de su vida. La mente, una vez esclava de sí misma, se volverá sumisa a Cristo.



El matrimonio sólo puede disolverse por muerte. El marido - la carne, o nuestro "yo", sólo deja de subyugarnos cuando morimos. Este marido está en los genes de cada persona. Cada uno de nosotros nace con tendencias heredadas de padres, abuelos, bisabuelos y tatarabuelos, que pasan a formar parte de nuestra voluntad y no nos abandonan. Y se suman a la fortaleza de los hábitos adquiridos con el tiempo. La carne nunca cambia ni se convierte. Clama siempre por la satisfacción de tu voluntad. Así, incluso después de que seamos iluminados acerca de los mandamientos de Dios, mientras exista dentro de nosotros el antiguo matrimonio, con el entendimiento o la mente, "servimos a la ley de Dios"; coincidimos en que la ley es santa, justa y buena; pero "con la carne" servimos a la "ley del pecado". En otras palabras, nos vemos obligados, en virtud del matrimonio, incluso en contra de nuestra voluntad, a seguir pecando. No podemos obedecer. Su antiguo marido no la deja. Jesús dijo: "Todo aquel que practica pecado, siervo es del pecado" (Juan 8:34). Peca porque es un siervo, un esclavo. Ésta es la terrible esclavitud de la que Cristo vino a liberarnos. "Así que, si el Hijo os liberta, seréis verdaderamente libres" (Juan 8:36).

Entonces, como la carne, el marido, no muere, para romper con este matrimonio insoportable y entrar en la nueva unión con Cristo, es necesario que nuestra mente, "la mujer", muera. Esta no es una muerte física; queremos seguir viviendo, sino en una novedad de vida espiritual.

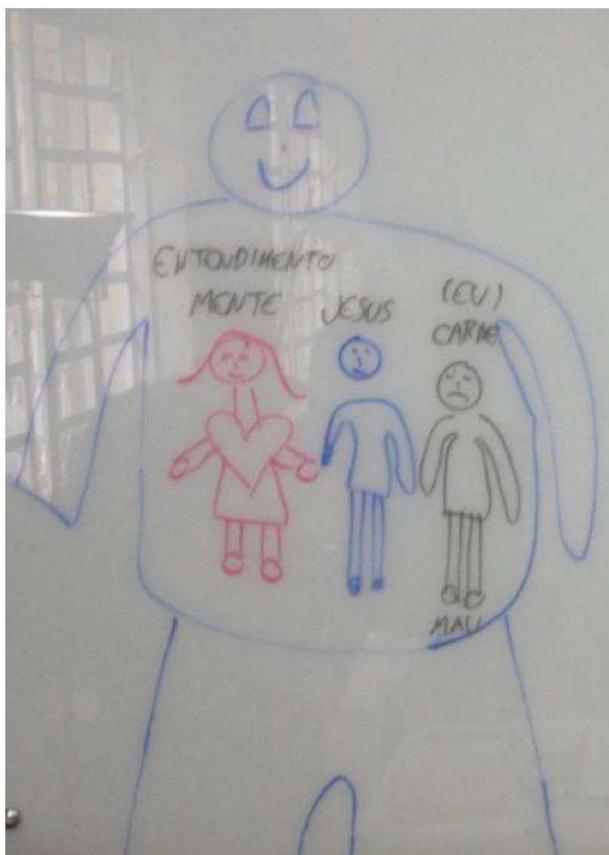
Debe haber un "no" definitivo para el marido actual, seguido de un "sí" para Cristo. Esto sucede cuando contemplamos el amor de Cristo demostrado en el sacrificio en la cruz del Calvario.

Nos damos cuenta de que el segundo marido será mucho mejor que el primero y queremos ser suyo. La ley del matrimonio determinaba su continuidad "hasta que la muerte nos separe". Entonces morimos a nuestro deseo egoísta y nos liberamos de los votos de la ley del matrimonio. Ahora podemos ser de Cristo.

Cambiamos de marido. La pregunta: "¿quién me librerá de este cuerpo de muerte?" recibe la respuesta: "Doy gracias a Dios por medio de Jesucristo... por tanto, ahora ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan según la carne, sino según el espíritu" Rom. 7:25; 8:1.

Nos rendimos a Él y le pedimos ayuda. Él entra en nosotros y resuelve la situación. Libéranos de la vieja unión y conviértete en nuestro guía. Pero no fuerza nuestra voluntad. Él continuará guiándonos mientras nos ofrecemos voluntariamente para hacer Su voluntad. Por esta razón, negaremos nuestros malos deseos, mientras nos sometemos a la guía de la Palabra de Cristo, porque queremos, porque Él nos ama. Seremos suyos, para que Él pueda ayudarnos, con su poder, a vencer las tentaciones.

Esto se describe en las palabras de Pablo de la siguiente manera: "Porque cuando estábamos en la carne, las pasiones del pecado, que son por la ley, obraban en nuestros miembros para llevar fruto para muerte. Pero ahora estamos libres de la ley, porque hemos muerto a aquello en lo que estábamos sujetos; para que sirvamos en novedad de espíritu" Rom. 7:5, 6.



La enseñanza fundamental de Romanos 7 es: el hombre que es justificado, perdonado, que verdaderamente ha aceptado el evangelio, que tiene verdadera fe, es el hombre convertido del pecado a la obediencia a la ley de Dios. Porque el evangelio es “el poder de Dios” para todo aquel que cree (Rom. 1:16), y el hombre convertido es aquel que recibió el poder divino y, a través de él, cambió su vida. Antes de convertirse, pasa por el proceso de convencerse de pecado. Pero estar convencido no significa estar convertido y en paz con Dios. El hombre convencido de la justicia y de la santidad de la ley necesita entregarse a Jesús, y apoderarse de la fuerza que Él le concede, entonces será un hombre nuevo, un verdadero cristiano. El hombre que se apropia del perdón de Dios desea ser y es, de hecho, obediente. Porque el perdón divino no se limita a una mera declaración de parte de Dios, diciendo: “perdonado”; pero va acompañado del otorgamiento del espíritu santo, que fortalece nuestra determinación de servirle y nos permite obedecerle en todo. Dios nos declara sus hijos y, en palabras de Pablo: “por cuanto sois hijos, Dios envió el espíritu de su Hijo a nuestros corazones” (Gálatas 4:6). “para que ya no seas siervo (esclavo del pecado), sino hijo (libre de pecado, obediente a la ley); y si eres hijo, también eres heredero de Dios por medio de Cristo” (Gálatas 4:7). Así, el verdadero creyente, en posesión del poder recibido de Cristo, exclama, como Pablo: “Todo lo puedo en aquel que me fortalece” (Fil. 4:13). Y como Juan: “Porque este es el amor de Dios, que guardemos su

mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos" (1 Juan 5:3). Que tengas esta bendita experiencia, la única que lleva a la vida eterna, es el deseo sincero de Dios, de Cristo, de los ángeles y de los nuestros.

¿Pablo se convirtió o no? Un argumento

Hay un debate en curso sobre las palabras de Pablo en Romanos 7. ¿Habla Pablo de cuándo se convirtió o no? Este debate existe porque tiene una consecuencia lógica. Si habla de sí mismo cuando se convierte, entonces cualquier hombre que profese fe y no viva en obediencia será contado como súbdito de Dios, con seguridad de vida eterna. Pero si habla de sí mismo cuando está convencido, pero no convertido, el argumento se desmorona y surge una única posibilidad: sólo aquellos que practican los mandamientos por la fe en Jesús se cuentan entre los verdaderos cristianos y serán salvos cuando ÉL regrese. Por ello, dedicamos este pequeño espacio a abordar el tema. Lo haremos brevemente, ya que los argumentos que detallan lo que aquí explicaremos brevemente ya han sido presentados en los apartados anteriores.

1 - Pablo ya estaba convertido cuando escribió la carta a los romanos

Creo que esto no lo puede dudar ninguna persona sincera. Sólo aceptando primero el evangelio podría explicárselo a los demás. Y cuando comienza la carta a los Romanos, declara que estaba dispuesto a proclamarla: "por cuanto hay en mí, también estoy dispuesto a anunciaros el evangelio a vosotros que estáis en Roma" (Rom. 1,15). .

2 - En Romanos 7, Pablo se refiere a sí mismo antes de convertirse y antes de conocer las verdaderas exigencias de la ley de Dios.

Esto aparece claramente en el versículo 9:

"Yo en un tiempo vivía sin ley", Rom. 7:9

3 - Luego presenta el momento en que estuvo convencido de pecado:

"...pero cuando vino el mandamiento, el pecado revivió y yo morí" Rom. 7:9.

Esto sucedió cuando Jesús se le apareció y le dijo: "Yo soy Jesús, a quien tú persigues" (Hechos 9:5). Hasta entonces, Pablo era fariseo y se consideraba seguidor de la ley de Dios; se llamaba Saulo. Sin embargo, persiguió y consintió en la muerte de los cristianos (Hechos 8:1). Luego, se convenció de que, en realidad, era un asesino, un transgresor.

4 - Luego, muestra tu situación después de estar convencido de tus pecados - convencido, pero aún así no convertido

Habla de sí mismo como en tiempo presente, pero aún refiriéndose a esa situación pasada: "Y el mandamiento que era para vida, pensé que era que yo muriera". ROM. 7:9.

"Porque sabemos que la ley es espiritual; pero yo soy carnal, vendido al pecado. Por lo que hago no lo apruebo, por lo que quiero no lo hago; pero lo que odio, eso lo hago. Y si hago lo que no quiero, doy mi consentimiento a la ley, que es buena". ROM. 7:14-16

Quien es "carnal", vendido al pecado, no se convierte. Jesús dijo: "Lo que nace de la carne, carne es, y lo que nace del espíritu, espíritu es. No os maravilléis de que os dije: os es necesario nacer de nuevo" (Juan 3:6, 7). "Todo aquel que hace pecado, siervo es del pecado: Ahora bien, un siervo no se queda en casa para siempre; el hijo permanece para siempre" - es decir, el siervo del pecado no hereda la vida eterna (Juan 8:34-36). Los vendidos bajo el pecado todavía necesitan ser liberados.

"Si el Hijo os liberta, seréis verdaderamente libres" (Juan 8:36). Esta es una evidencia abrumadora de que Pablo habla de su situación previa a la conversión, o antes de convertirse, aunque ya estaba convencido de la verdad, mientras testimonia que está de acuerdo con la justicia de la ley, con las palabras: "Consiento a la ley, lo que es bueno". Siguiendo la misma línea a lo largo del razonamiento presentado en el capítulo, Pablo termina con la exclamación de que su situación no era nada cómoda -usando una expresión que nunca podría usarse para referirse a un cristiano perdonado y en paz con Dios:

"¡Miserable de mí! ¿Quién me librá del cuerpo de esta muerte? Doy gracias a Dios por Jesucristo. Así que yo mismo sirvo a la ley de Dios con mi entendimiento, pero con mi carne sirvo a la ley del pecado." Rom. 7:24, 25.

Tenga en cuenta que el tiempo verbal es futuro: "entregaré". Señala algo que aún debería suceder en tu experiencia. Pablo quisiera ser liberado de esa situación en la que, aunque servía con la mente la ley de Dios, es decir, tenía el deseo de servirle, no podía obedecer. No

pudo poner en práctica sus propósitos de hacer el bien. Pequé. Sirvió “con la carne, la ley del pecado”. Recuerde las palabras de Jesús: “lo que es nacido de la carne, carne es” Juan 3:6. Estaba convencido, pero aún no convertido. Por eso pregunta: “¿Quién me libraré?” - tiempo futuro.

5 - Al inicio del capítulo 8, vuelve a la actualidad, en su discurso, presentando su situación de converso y obediente a los mandamientos de Dios.

“Por tanto, ahora ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan según la carne, sino según el espíritu” Rom. 8:1.

¡Que esta sea la realidad para todos nosotros: liberados del pecado por Cristo y hechos obedientes por el poder de Su espíritu! Amén.

## Romanos 8

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan según la carne, sino según el espíritu” Romanos 8:1.

Todos los que creyeron en Cristo para salvación recibieron el espíritu santo. Explicamos: Somos liberados de la condenación de la ley por la fe en Jesús. Pero nosotros mismos no producimos esta fe. Es un regalo de Dios (Efesios 2:8), dado de la siguiente manera: cuando Cristo resucitó y subió al cielo, recibió el espíritu santo y lo envió al mundo (Hechos 2:32, 33; Juan 16 :8). El espíritu santo toca nuestra conciencia, convenciéndonos de pecado y, si no le resistimos, pone la fe en nuestro corazón, porque es el “espíritu de fe” (Gál. 3:14). Y el mismo espíritu nos impulsa a seguir el camino de la obediencia a la ley de Dios en todos los aspectos de nuestra vida. Si le permitimos guiarnos, ejercitando nuestra voluntad de obedecer, nos fortalece. Así superamos las tentaciones y guardamos los mandamientos. Y el que guarda los mandamientos no es condenado por ellos. Por lo tanto, al someternos a la guía del espíritu damos evidencia de que creemos en Cristo para salvación.

De lo anterior se desprende que la genuina experiencia cristiana se diferencia de la falsa en lo siguiente: en la genuina, el hombre cree de corazón, mediante la influencia del espíritu; en lo falso,

sólo exteriormente, o “por la boca”. La Biblia dice que “con el corazón se cree para justicia” Rom.

10:10. Por otro lado, Jesús dijo: “No todo el que me dice: ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre”. Mateo 7:21. La creencia del corazón fue puesta por el espíritu santo, mientras que la mera profesión de fe fue producida por la propia carne del hombre, la cual se engaña a sí misma al declararse creyente, ateniéndose a meras formas exteriores de religión, mientras que su corazón no es sujeto al espíritu de Cristo y a la ley de Dios.

“Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”. ROM. 8:2

Las expresiones “ley del espíritu” y “ley del pecado” requieren que el lector reflexione más profundamente y considere cuidadosamente el tema del capítulo anterior para poder ser comprendidas. Según el apóstol Pedro, “Pablo os escribió, según la sabiduría que le había sido dada, sus epístolas, entre las cuales hay puntos difíciles de entender” 2 Ped. 3:14, 15. Éste es uno de esos casos.

Analicemos la expresión “ley del espíritu”. Una ley es una regla que debe seguirse. Por tanto, la ley del espíritu es una regla que el espíritu debe seguir o respetar. Dado que el espíritu es el de Dios, la ley que sigue es la de Dios, los Diez Mandamientos. Por tanto, la “ley del espíritu” son los Diez Mandamientos.

Las leyes mencionadas en las expresiones “ley del espíritu” y “ley del pecado” en Romanos 8:2 son las mismas que se presentan en el capítulo anterior: “Yo mismo sirvo a la ley de Dios con mi entendimiento, pero con mi carne Yo sirvo a la ley de Dios, a la ley del pecado” Romanos 7:26. En otras palabras, Pablo continúa con el argumento presentado en el capítulo 7: la analogía o comparativo del matrimonio.

Pablo comparó al hombre inconverso, esclavo de su egoísmo, con una mujer atada a un marido llamado carne, y al hombre convertido con la mujer que murió por su primer matrimonio y se casó con su nuevo marido: Cristo. En el primer matrimonio, la mujer es derrotada por su marido quien, como cabeza de familia, determina lo que ella debe hacer. Asimismo, el hombre inconverso puede intentar obedecer a Dios por sí solo, pero siempre será derrotado, viéndose esclavo de su propia voluntad (el marido de la carne). En el segundo matrimonio, la mujer es guiada por su buen marido (Cristo) quien, como cabeza de casa, la lleva a hacer el bien. El segundo matrimonio representa al hombre convertido, que es fortalecido por Cristo para llegar a ser dueño de su propia voluntad y hacer, no lo que le pide la carne, sino la voluntad de Dios.

Al comparar el matrimonio, Pablo argumentó que, según la ley de Dios, la mujer está ligada a su marido mientras éste viva (Rom. 7:2). El punto de la ley que une a la mujer con su marido es el séptimo mandamiento, que dice: "no cometerás adulterio" Éx. 20:14. Entonces, en su analogía, la mujer está ligada a su primer marido por la ley de Dios. Fue llamada la "ley del pecado" sólo para ilustrar el hecho de que él, en ese momento, estaba aplicando el séptimo mandamiento de la ley al matrimonio figurado para ilustrar la enseñanza de que el hombre inconverso (la mujer casada) está ligado a su carne ( marido) toda su vida. Tu carne, o voluntad, te esclaviza y te guía a pecar continuamente. Y puesto que "la paga del pecado es muerte" (Rom 6,23), se puede decir que, en el ejemplo dado por Pablo, la "ley del pecado" es la "ley del pecado y de la muerte". Destacamos, como él mismo lo hizo en el capítulo anterior, que el problema no está en la ley. El séptimo mandamiento, que dice "no cometerás adulterio", no es defectuoso, pero Pablo aplicó la fuerza de su cumplimiento en su analogía: exige el mantenimiento de la unión de los cónyuges hasta la muerte. Lo hizo para ilustrar el hecho de que estamos inseparablemente ligados a nuestro "yo" (carne) hasta el final de nuestra vida, de él sólo nos desconectamos si morimos a nuestro egoísmo, para vivir para Cristo.

De lo expuesto en el párrafo anterior, podemos concluir que la liberación de la "ley del pecado" ocurre cuando nos sometemos a la guía del espíritu santo, ese agente divino que convierte nuestro corazón, inspira fe en Cristo y nos fortalece para vivir. conviértete en dueños de tu propia voluntad y ya no en esclavos de ella. El apóstol afirma que somos libres de ella por "la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús". En esta expresión sigue la misma analogía que en el capítulo 7, presentando ahora el segundo matrimonio, aquel en el que estamos unidos a Cristo. Así como ocurrió en el primero, también ocurre en el segundo. Una vez convertidos, estamos vinculados a Cristo, como una esposa a su marido, para toda la vida. La misma ley, aplicada a esta nueva unión, determina que nada más que nuestra elección de morir a esta nueva vida puede separarnos de Cristo. La fuerza de esta nueva unión está representada por la inmutabilidad de la ley de Dios, aquí declarada como "ley del espíritu de vida". Cristo, "el Señor, es el espíritu. Y donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad" (2 Cor 3:17). En Cristo se nos da libertad completa y duradera del pecado. Liberación definitiva de la "ley del pecado y de la muerte".

"Porque lo que la ley no podía hacer, por ser débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, por el pecado condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, quienes no andamos según la carne, sino según el Espíritu".

Romanos 8:3, 4

La afirmación "la ley... era débil por la carne" se entiende de la siguiente manera: Dios creó a nuestros primeros padres, Adán y Eva, obedientes. Mientras no hubiera pecado, bastaba con presentarles Su voluntad, o Su ley, y ellos obedecieron voluntariamente. Se alegraron de agradar a su Creador. Así, se podría decir que la ley era un instrumento suficiente para conducirlos a la obediencia. El pecado cambió esta realidad. Después de cometerlo, nuestros padres ya no tenían fuerzas ni ganas de obedecer. Comenzaron a temer a Dios y a esconderse de su presencia (Gén. 8, 9).

En este nuevo estado, la mera presentación de las exigencias de Dios ya no era suficiente para llevarlos a la obediencia. Y esta situación se mantiene hasta el día de hoy. Presentarle la ley a un drogadicto, diciéndole que están prohibidas, no lo cambia, porque es esclavo de su adicción. Pablo ilustró la nueva situación de impotencia de la ley para cambiar al hombre por sí sola, presentando la idea de alguien que está enfermo. Un trabajador, cuando está enfermo, se queda en casa y no trabaja. Lo mismo sucedió con la ley de Dios. Antes era un instrumento suficiente para llevar al hombre a la obediencia, o "funcionaba bien". Después del pecado, se volvió incapaz de llevarnos a la obediencia, o se volvió "enfermo". Todo lo que la ley hace por el hombre pecador, antes de que reciba a Cristo, es mostrar que es un transgresor. "Por la ley viene el conocimiento del pecado" Rom. 3:20. Pero ella no tiene virtud ni poder para fortalecerlo y permitirle obedecer. Esta tarea es imposible para ti.

En el versículo anterior, la carne representa el "yo", nuestro egoísmo, al cual nos encontramos atrapados de por vida, a menos que seamos liberados de él por el poder de Cristo. Su inclinación es opuesta a las exigencias de la ley de Dios. El principio sobre el cual se basa la ley de los mandamientos es el amor desinteresado: a Dios y al prójimo (Lucas 10:27). El egoísmo es el amor a uno mismo, a pesar de los intereses de Dios y de los demás. Estos principios antagónicos nunca pueden coexistir. Sólo uno dominará a la vez. Tomando prestada la expresión usada por Pablo, podemos decir que el hombre caído "está en la carne", es decir, es esclavo de sí mismo. Ni siquiera la santa ley de Dios pudo sacarlo de esta esclavitud, ya que estaba "enfermo", o incapaz de realizar este trabajo. Pero esto no es un defecto. La "enfermedad" que golpeó la ley con el fin de llevar al hombre a la obediencia ocurrió por culpa del hombre. Fue su desobediencia la que lo puso en una situación en la que la ley ya no podía ayudarlo. Es como alguien que salta a un pozo más profundo que la longitud de la cuerda del bombero y no podrá salvarlo.

Luego, con el hombre debilitado en su nueva condición caída, Dios puso en acción el plan que había ideado desde la eternidad (1 Ped. 1:19, 20). Como era imposible que la ley nos llevara a la obediencia, ya que era "enfermiza" o hecha imposible por la carne (debido a la debilidad de la naturaleza caída del hombre), Dios envió a Su Hijo para resolver el problema. En el texto, Pablo dice que envió a su Hijo "por el pecado", es decir, por el pecado del hombre.

Cristo fue enviado en "semejanza de carne de pecado" para hacer la obra. La palabra similitud aquí representa igualdad en todos los sentidos donde sea posible. Cristo "aniquilado"

Él mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres" Fil. 2:7. Él "se hizo carne y habitó entre nosotros" Juan 1:14. Tenía un cuerpo humano, cargado de las consecuencias de la herencia: "por cuanto los hijos participan de carne y sangre, Él también participó de las mismas cosas... convenía que, en en todo, era semejante a sus hermanos" Heb. 2:14, 17. Estando en esta condición, "fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" Heb. 4:15. Él era igual a nosotros en nuestra naturaleza y limitaciones físicas y mentales. Mientras deambulaba por la Tierra, dijo: "Nada puedo hacer por mí mismo" Juan 5:30, sólo en los siguientes aspectos no nos igualaba: tenía origen divino (era el Hijo de Dios existente desde la eternidad), era nació santo (sin corrupción moral ni rasgos defectuosos de carácter) y no participó de nuestro pecado, vino a esta Tierra "santo" (Lucas 1:35) y regresó al cielo tan inmaculado como llegó aquí.

Pero Su victoria como bebé, niño, joven y adulto la obtuvo como hombre, con todas las limitaciones comunes a la naturaleza del hombre, que conocemos bien. ¿Cómo ganaste? Él, "en los días de su carne, ofreciendo con gran clamor y lágrimas oraciones y súplicas al que le podía librar de la muerte, fue oído en cuanto a lo que temía. Aunque era Hijo, aprendió la obediencia. de lo que padeció, y siendo consumado, vino a ser causa de salvación eterna para todos los que le obedecen" Heb. 5:7-9. Por la fe en su Padre celestial, y orando siempre, recibió el poder que le permitió vencer al mundo, las exigencias de la carne y las tentaciones del diablo, Pablo presenta esta victoria con las palabras: "condenó el pecado en la carne", es decir, durante toda su vida no permitió, ni siquiera por un momento, El pecado encuentre expresión en Su corazón. Así, declaró al universo entero que, frente al poder de Dios puesto a disposición de cada hombre para vencer, el pecado no es aceptable. Por Su vida perfecta, Cristo declaró que el pecado era ilegal. , o no aceptable, ni siquiera en la carne humana.

Aquí vale la pena hacer una pequeña e importante observación. Dado que Jesús venció en nuestra condición y el poder por el cual obtuvo la victoria está disponible para todos nosotros, no hay excusa para el pecado voluntario. Si el hombre pecó sabiendo cuál era la voluntad de Dios, esa fue su elección, no la suya. Por lo tanto, "si pecamos voluntariamente, después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio y de fuego ardiente que devorará a nuestros adversarios" Heb. 10:26, 27 .

Volviendo al punto, vimos que Cristo venció el pecado por el poder del Padre, el mismo poder que nosotros podemos recibir. Jesús prometió que nos lo enviaría. "Y yo pediré al Padre, y os dará otro consolador, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad, el cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis. , porque Él habita con vosotros y estará en vosotros". Juan 14:16, 17. Por medio del espíritu santo Cristo mismo habitaría espiritualmente en nosotros. El espíritu santo es el poder que comunica la vida espiritual de Cristo a

nuestras almas. Por su acción en nuestros corazones la vida de Cristo se reproduce en nuestra experiencia. Por eso añadió: "No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros... en aquel día sabréis que yo estoy en vosotros" Juan 14:18, 20. Por tanto, es correcto decir, como dijo Pablo, que Dios envió a Cristo al mundo a causa del pecado y lo venció "para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al espíritu" Rom. 8:3. Es decir, para que, por el poder del espíritu santo enviado por Cristo, seamos hechos obedientes a la ley de Dios.

"Porque los que son según la carne piensan en las cosas de la carne, pero los que son según el espíritu piensan en las cosas del espíritu. Porque ocuparse de la carne es muerte; pero ocuparse de la carne es muerte; pero la mente del espíritu es vida y paz. La mente carnal es enemistad contra Dios, porque no está sujeta a la ley de Dios, ni puede estarlo. Por tanto, los que están en la carne no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no estáis en la carne, sino en espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros; pero si alguno no tiene el espíritu de Cristo, no es de él." Romanos 8:5-9.

Los que caminan según la carne son esclavos de su propia voluntad. En lenguaje bíblico, están "haciendo la voluntad de la carne y de la mente" Ef. 2:2. Y no está en armonía con la ley de Dios. Pablo dijo del hombre inconverso: "la ley es espiritual; pero yo soy carnal, vendido al pecado" Rom. 7:14. Por tanto, los hombres que viven en la carne no agradan a Dios, porque no reprimen sus deseos de obedecer. Su ley. Y como la ley es la expresión de su voluntad, se ve que los hombres se hacen enemigos suyos. Transgreden la ley, cometiendo pecado, que trae como consecuencia la muerte. Por lo tanto, se ve que la inclinación natural del hombre lo lleva a la muerte.

La situación anterior cambia radicalmente cuando el hombre se somete a la guía del espíritu santo y permite que éste lo "empodere", o lo llene de poder. "El espíritu lucha contra la carne" y la vence "para que no hagáis lo que queréis" Gal. 5:17. A través de ella, el hombre se vuelve dueño de su voluntad y la somete a las directrices de Dios contenidas en su ley. Y la obediencia es el camino a la vida eterna. Jesús le dijo al joven rico: "Pero si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos". Mateo 19:17. Por tanto, la acción del espíritu santo en la vida del hombre lo inclina a la obediencia a Dios, a la vida eterna. Y también a la paz con Él, porque quien obedece la ley está en armonía con Su deseo.

De lo expuesto en el párrafo anterior se puede concluir que sólo aquellos que permitieron que el espíritu santo operara en sus corazones pueden ser contados como seguidores de Cristo. Todos los que se resisten a Él no son suyos. El texto menciona "espíritu de Dios" y "espíritu de Cristo". Ambos

Las expresiones se refieren al mismo espíritu. "Hay un solo espíritu" Efe. 4:4. Él es de Dios Padre porque de Él emana (Juan 15:26). Y es de Cristo porque el Padre se lo dio, quien a su vez nos lo envió a nosotros. Hablando de esto, Pedro declaró: "Dios resucitó a este Jesús... para que, exaltado por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del espíritu santo, derramó esto que ahora veis y oís". Hechos 2:32, 33.

En este punto vale la pena señalar que el espíritu no es un ser o persona, sino una emanación de Dios, cuya naturaleza es indefinida, a través de la cual comunica Su vida espiritual a los hombres. "Dios es espíritu" (Juan 4:24), y Cristo, "el Señor, es el espíritu, y donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad" (2 Cor. 3:17); libertad del pecado. A través del espíritu se nos da todo lo necesario para vencer al mundo, a la carne y al diablo: "Y reposará sobre él el espíritu del Señor, y el espíritu de sabiduría y de entendimiento, y el espíritu de consejo y de fuerza y el espíritu de conocimiento y temor del Señor". Isaías 11:2 Los frutos u obras resultantes de recibir el espíritu están todos en armonía con los diez mandamientos: "Pero el fruto del espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Contra tales cosas no hay ley" Gálatas 5:22, 23. Puesto que el espíritu santo emana de Dios, es un gran error, y hasta un pecado, adorarlo, porque en este caso estaríamos adorando no a Dios, sino a lo que viene de Él. En armonía y coherencia con este entendimiento, el universo entero no puede adorar sólo al Padre y al Hijo (Apoc. 5:13).

"Y si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el espíritu vive a causa de la justicia". Romanos 8:10

La condición de aquel en cuya vida se realiza la obra del espíritu santo es ésta: el cuerpo está muerto al pecado, en el sentido de que la mente no lo usa para hacer el mal. Nuestra mente controla el cuerpo. Es el instrumento a través del cual ejercitamos nuestra voluntad. Ya hemos visto, en el estudio del capítulo 6, que depende de nosotros elegir presentar nuestros miembros a Dios para practicar la justicia (Rom. 6:13). Cuando somos tentados, tenemos el privilegio de volvernos a Cristo y suplicar que el poder divino nos venza. Él nos invita: "Agarradme de mi fuerza y haced las paces conmigo" Isaías 27:5. A todos los que lo hagan, la promesa es cierta: "Mis ovejas... nunca perecerán, ni nadie las quitará". Mis manos" Juan 10:27, 28. Viviendo esta experiencia, tu cuerpo estará muerto al pecado (es decir, no lo practicarás), mientras que tu espíritu (mente) estará vivo, u obediente a la ley y a Dios, por causa de la justicia de Cristo que le fue comunicada en respuesta a la oración de fe. Esta justicia comunicada es el espíritu santo derramado por Cristo sobre el creyente.

“Y si el espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su espíritu que mora en vosotros”.

Romanos 8:11

Dios Padre nos mantiene en una condición de vida espiritual incluso mientras vivimos en nuestro estado mortal al obrar en nosotros a través de Su espíritu santo. Jesús dijo: “el Padre que me envió, me dio mandamiento... y yo sé que su mandamiento es vida eterna” Juan 12:49, 50. Por tanto, el que obedece los mandamientos tiene vida espiritual. Pero ésta es sólo posible a través de la acción del espíritu de Dios en nuestras vidas. Pablo les dijo a los Efesios que Dios "os dio vida, aunque estabais muertos en delitos y pecados" Efesios. 2:1. Es decir, los sacó de su condición desleal y los convirtió en personas obedientes a los diez mandamientos. El versículo de Romanos presenta la misma realidad. Por Su espíritu, Dios nos da vida espiritual, nos hace obedecer Su ley.

"Así que, hermanos, somos deudores, no a la carne para vivir según la carne; porque si vivís según la carne, moriréis; pero si por el espíritu hacéis morir las obras de la carne, vivirán. Porque todos los que son guiados por el espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Porque ustedes no recibieron el espíritu de esclavitud para volver a tener temor, sino que recibieron el espíritu de adopción como hijos, por el cual nosotros clama, Abba, Padre". Romanos 8:12-15

Cualquiera que sea deudor debe pagar lo que debe. Hay quienes le deben un favor al prójimo. Entonces, cuando te pide algo, te sientes obligado a hacerlo. Pablo dice que este no es nuestro caso. No somos deudores. Por la fe en Cristo nos convertimos en hijos de Dios y, como tales, no tenemos ninguna deuda con nuestra propia voluntad egoísta. No tenemos por qué satisfacerlo de “vivir según la carne”, porque si lo hiciéramos pecaríamos, y el pecado, una vez consumado, genera la muerte (Santiago 1:15). Como hijos tenemos el privilegio de ser guiados por Su espíritu, el cual se menciona como “espíritu de adopción”, documento que acredita nuestro derecho a pertenecer a esta familia. El espíritu santo es “la prenda de nuestra herencia” Efesios 1:13, 14. Y nuestra mayor herencia es Cristo mismo, que se entregó a sí mismo por nosotros (Gálatas 2:20). En el tiempo del Antiguo Testamento, el Jehová testificó de los levitas: "Los sacerdotes levitas, toda la tribu de Leví, no tendrán parte ni herencia en Israel... no tendrán herencia entre sus hermanos; el Señor es tu herencia" Deut.

1:1, 2. Estos sacerdotes eran figura del pueblo de Dios, de los creyentes en Cristo, que más tarde fueron llamados la nación de los sacerdotes: “Vosotros sois la generación escogida, el real sacerdocio, la nación santa,

el pueblo adquirido, para que proclaméis las alabanzas de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable... ahora sois el pueblo de Dios" 2 Ped. 2:9, 10. Así que Cristo el Señor, el Hijo de Dios, es nuestra herencia. Como consecuencia, su Padre nos reconoce como hijos, porque tenemos a su Hijo habitando en nuestros corazones. "Y por cuanto sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el espíritu de su Hijo, que clama: Abba, Padre". (Gálatas 4:6).

"El mismo espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, entonces también somos herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo; si es verdad que padecemos con él, de modo que también con él seamos glorificados, porque considero que los sufrimientos del tiempo presente no son dignos de compararse con la gloria que habrá en nosotros. reveló." Romanos 8:16-18

Nos damos cuenta cuando estamos en paz con Dios. Su espíritu da paz y tranquilidad a nuestra conciencia. Pablo, hablando de su experiencia y la de sus compañeros ministros, dijo: "Estamos seguros de que tenemos buena conciencia, deseando en todo vivir dignamente". Heb. 13:18. Esta certeza fortalece nuestra convicción de que heredaremos la tierra nueva, renovada, sin la mancha del pecado. Pedro dijo: "nosotros, según su promesa, esperamos cielos nuevos y tierra nueva, donde habite la justicia". "2 mascota. 3:13. Cristo fue hecho por Dios heredero de todo (Heb. 1:1, 2). Y si Cristo vive en nosotros, por la fe participamos de su herencia, y es por eso que el espíritu de Dios pone esta convicción en nuestra mente. Pero aquellos que heredarán el reino con Cristo habrán seguido Sus pasos por el camino de la humillación, por amor de la verdad, en la Tierra. La Biblia habla de aquellos que "siguen al Cordero dondequiera que vaya" Apoc. 14:4. Y Cristo, como Cordero, cargó con la cruz y fue al lugar donde dio su vida por nosotros. "Él dio su vida por nosotros y nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos". 1 Juan 3:16 Es decir, debemos dedicar nuestra vida a la meta de asegurar que todos nuestros hermanos humanos reciban el mensaje del evangelio.

Jesús prometió que todos los que lo sigan en el camino de la abnegación y el sacrificio en la Tierra serán glorificados con Él en el cielo. Él dijo: "Y todo el que por causa de mi nombre haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o esposa, o hijos, o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna". Mateo 19:29.

"Porque la anhelante espera de la criatura aguarda la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a la vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa de aquel que la sujetó en el

esperanza de que la misma criatura también sea liberada de la esclavitud de la corrupción, a la libertad de la gloria de los hijos de Dios". Romanos 8:19-21

El día que Dios creó a Adán y Eva, le dio dominio sobre toda la creación que había en la Tierra. Él dijo: "Sed fructíferos y multiplicaos, y llenad la tierra y sojuzgadla; y tendrás dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra." Gén.

1:28. Por lo tanto, las bendiciones que recibieron mientras permanecían obedientes se extenderían a su dominio. Cuando nuestros primeros padres cayeron en pecado, los perdieron. En consecuencia, la creación sujeta a su dominio sufrió junto con ellos. A través del pecado entró la muerte, no sólo en los hombres, sino también en los animales y las plantas. Pero la creación estaba sujeta a la muerte no por su propia voluntad, sino por la de sus gobernantes. Por lo tanto, cuando los hombres sean redimidos de la esclavitud del pecado y Dios haga nuevos cielos y una nueva Tierra, las plantas y los animales también recibirán beneficio. Seremos glorificados y las criaturas bajo nuestro gobierno quedarán libres de todo rastro de la maldición del pecado y vivirán para siempre. En palabras de Pablo, "la criatura será liberada de la esclavitud de la corrupción, en la libertad de la gloria de los hijos de Dios." "Dios enjugará toda lágrima de sus ojos; y no habrá más muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas ya pasaron" Apoc. 21:4.

"Porque sabemos que toda la creación gime y está a una con dolores de parto hasta ahora. Y no sólo ella, sino también nosotros mismos, que tenemos las primicias del espíritu, gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción y la redención del Espíritu. nuestro cuerpo. Porque en esperanza hemos sido salvos. Ahora bien, la esperanza que se ve no es esperanza; porque lo que el hombre ve, ¿cómo lo esperará? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos." Romanos 8:22-25

Ahora que creemos en Cristo y sabemos que la Nueva Tierra está reservada para nosotros, asociada a un paraíso de bendiciones que "ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre" (1 Cor. 2:9). , nuestra vida en la Tierra es como nada para nosotros. Gemimos cuando vemos que el pecado abunda por todas partes, trayendo consigo sus desastrosos resultados de sufrimiento, miseria y destrucción para los hombres y para la creación de Dios. Tal tristeza y angustia es comparable a los dolores de parto. . No sólo nosotros, sino toda la creación sufre o, en palabras de Pablo, "gеме" en sentido figurado. Pero gemimos con esperanza, porque creemos que las promesas de Dios son ciertas. Cristo dijo: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si no fuera así, os lo habría dicho. Os prepararé un lugar. Y cuando yo voy y tu

Preparad lugar, vendré otra vez y os tomaré conmigo, para que donde yo esté vosotros también estéis” Juan 14:1. Nuestros dolores no durarán mucho. Cristo dijo: “He aquí, vengo pronto” Apocalipsis. 22:12. Y nos dio la certeza: "dos veces surgirán problemas" Nahúm 1:9. Una vez vencido, el mal nunca más surgirá. El pecado y los pecadores serán destruidos para siempre. Así que, con fe en Cristo y paciencia esperamos, en la certeza de que pronto recibiremos todo lo que nos prometieron.

"Y de la misma manera también el espíritu ayuda en nuestras debilidades; porque no sabemos qué hemos de pedir como conviene, pero el espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Y el que examina los corazones sabe cuáles son los la intención del espíritu es; y él es el que intercede por los santos según Dios” Romanos 8:26, 27.

La forma en que el espíritu “nos ayuda en nuestras debilidades” es luchando contra los malos deseos que naturalmente tenemos, tocando nuestra conciencia para decirnos no a nosotros mismos y fortaleciéndonos para dominarnos a nosotros mismos si decidimos obedecer a Dios. En las palabras bíblicas: “ el espíritu lucha contra la carne” Gálatas 5:17. “<sup>1</sup>nosotros... recibimos... el espíritu que viene de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha dado”, es decir, para que podamos tener la experiencia. de obedecer a Dios (2 Cor. 2: 12). Considerando esta realidad, es obvio que la acción del espíritu santo ocurre en nuestra mente. No podemos expresarlo perfectamente con palabras. Tampoco es necesario que lo hagamos. sólo necesitamos creer que Cristo actúa en nosotros a través de su espíritu, intercediendo en nuestras conciencias con “gemidos inefables”. Y Dios Padre, que escudriña los corazones de los hombres (Sal. 139:23), sabe que la intención de Cristo al actuar en nosotros a través de su espíritu es conducirnos a la obediencia a la voluntad de Dios. Cristo intercede por nosotros, cumpliendo la voluntad del Padre. "Es Cristo el que murió... e intercede también nosotros” Rom. 8:34.

"Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque él antes conoció, también predestinó a ser conformado a la imagen de su Hijo, para ser el primogénito entre los muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a también justificó; y a los que justificó, a también glorificó”. Romanos 8:28-30.

Cristo fue enviado como Salvador del mundo entero (Juan 3:16; 4:42). Por tanto, todos fueron "llamados". Somos conocidos por Dios desde antes de la fundación del mundo. Y nos predestinó a conformarnos a la imagen moral de Cristo. Las palabras divinas: "Con amor eterno os he amado, por eso os he atraído con bondad" fueron dirigidas a todos los seres humanos (Jer. 31:3). Dios nos considera a cada uno de nosotros como su único hijo. Él ha planeado nuestra felicidad desde la eternidad, a condición de que sigamos el camino que Él nos indica. Por eso, a lo largo de nuestra vida, nos trajo el mensaje de la invitación evangélica: "a los que predestinó, a ellos también llamó". Su propósito era justificarnos, es decir, al mismo tiempo perdonarnos y convertirnos en justos. pueblo. Y más tarde, si somos fieles, quiere glorificarnos, con ocasión de la segunda venida de Cristo: "Los sabios resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan justicia a muchos, como las estrellas por los siglos de los siglos" Dan. 12:3.

Pero si bien la predestinación a la felicidad y el llamado de Dios son para todos, ser justificado y glorificado depende de nuestra elección. Si rechazamos a Cristo como Salvador y Señor de nuestras vidas, no seremos justificados. Si nos negamos a caminar con Él, dejamos de obedecerlo y nos rebelamos, no seremos glorificados. La promesa condicional es: "sed fieles hasta la muerte, y yo os daré la corona de la vida" Apoc. 2:10. En palabras de estos versículos de Romanos, Pablo presenta el ideal de Dios para todos, el cual puede cumplirse o no dependiendo de si le permitimos realizar la obra en nosotros, a través de Cristo. ¡Que todos le permitamos hacerlo!

"¿Qué, pues, diremos a estas cosas? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ?" Romanos 8:29, 30

¡Qué consuelo, qué fuerza hay en estas palabras! "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito" Juan 3:16. Él nos lo dio a todos nosotros. Y cuando lo dio, dio con Él todas las cosas que eran suyas. Pero todas las cosas fueron creadas por medio de Cristo; "sin Él nada de lo que fue hecho, fue hecho". "Todo fue creado por él y para él" (Juan 1:3; Col. 1:16). Así que cuando Dios nos dio a Cristo, también nos dio todo y nos hizo herederos de todo. Las palabras dichas una vez a Adán y Eva nos pertenecen: "Dios los bendijo, y les dijo: Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra y sojuzgadla; y dominad en los peces del mar y en las aves del el mar, los cielos y sobre todo animal que se mueve sobre la tierra" Génesis 1:28. Si tan sólo creemos en esto veremos que nada será imposible para nosotros mientras permanezcamos en la voluntad de Dios. desde la convicción de esta realidad que Cristo dijo: "En verdad os digo, si tenéis fe como un grano de mostaza,

diréis a este monte: pásate de aquí allá, y pasará; y nada os será imposible" Mateo 17:20.

Sobre este punto, Pablo dijo: "Me faltaría tiempo para hablar de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, de Samuel y de los profetas, que por la fe vencieron reinos, la justicia, obtuvieron promesas, cerraron bocas de leones, apagaron la fuerza del fuego, escaparon del filo de la espada, de la debilidad sacaron fuerzas, en la batalla lucharon, pusieron en fuga a ejércitos extraños" Heb. 11:32-34. Todas las cosas serán dadas y sujetas a los que creen en Cristo.

"¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Es Dios quien los justifica. ¿Quién los condena? Porque es Cristo el que murió, o más bien el que resucitó de entre los muertos, el que está a la diestra de Dios, y también intercede por nosotros" Romanos 8:33, 34

En estas palabras tenemos otra preciosa promesa. La certeza de que Dios nos perdona y aprueba es la bendición más grande que podemos recibir. Aún más preciosa demostrará su valía en los tiempos que pronto vendrán. Jesús dijo: "Porque os entregarán en los concilios, y os azotarán en sus sinagogas; y aun seréis llevados delante de gobernadores y reyes por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles... y a los "El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre a su hijo; y los hijos se levantarán contra sus padres y los matarán. Y seréis aborrecidos de todos a causa de mi nombre" Mateo 10:21, 22. Como lo hicieron con Cristo. "Levantarán testigos falsos para condenarnos a muchos de nosotros, haciéndonos parecer como si fuéramos los peores criminales. Los guardianes de los Diez Mandamientos serán condenados como enemigos de la ley y el orden social. Pero podemos soportar todo esto con paciencia, sabiendo que Dios nos ayudará aprueba Cristo intercede por nosotros los que creemos en Él, y el Padre, nuestro Creador y Soberano del universo, nos declara limpios por la sangre de Jesús y justos por la vida de Cristo. No hay nada que temer de los hombres: podemos permanecer en presencia de los grandes de la Tierra, serenos y en paz con Dios, incluso en medio de juicios que no son más que simulacros de justicia, llevados a cabo según falsas narrativas con el objetivo previo de difamar. y condenando a los inocentes.

"¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por tu causa estamos entregados a muerte todo el día; estamos contados como ovejas para el matadero, pero en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó, porque estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni

ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos puede separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” Rom. 8:35-39.

El tema principal de la carta a los Romanos es la presentación del evangelio, que implica el perdón dado por Dios a todos los hombres mediante el sacrificio de su único Hijo, Jesucristo. Sólo el amor podría motivar a Dios a hacer tal sacrificio por nosotros, especialmente considerando que, como criaturas suyas, no podemos dar nada para compensarlo por el sacrificio. Por tanto, es manifiesto que el evangelio revela el amor de Dios. Y también el amor de Cristo, que dio su vida por nosotros. Y "nosotros le amamos porque él nos amó primero" 1 Juan 4:19. Este vínculo de amor es indisoluble. Nada de lo que Satanás pueda inducir a los hombres a hacer contra nosotros puede romperlo. Y la certeza de que estamos, siempre, envueltos por este El amor divino nos fortalece para soportar cualquier prueba por amor a Cristo. Las últimas palabras del capítulo 8 de Romanos son la expresión de esta certeza que Pablo poseía y quedaron registradas para nosotros porque es nuestro privilegio poseerla también. "Ven y ve a Cristo por ti mismo; ve el sacrificio del Padre y del Hijo por ti, pecador, como se revela en su Palabra. El amor de ambos te rodea - lo fue también para ti - como para todos los demás. Como el Los rayos del sol iluminan a todo aquel que sale a la calle, sin que falte nadie, ¡hay de sobra el espíritu del amor de Dios para llenar el corazón de todo aquel que desee recibirlo!

## Romanos 9

"En Cristo digo la verdad, no miento (dando testimonio mi conciencia en el espíritu santo): que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque yo mismo quisiera ser anatema de Cristo, por amor de mis hermanos, que son mis parientes según la carne; que son israelitas, de quienes es la adopción como hijos, y la gloria, y los pactos, y la ley, y el culto, y las promesas; de quienes son los padres, y de quien es Cristo según la carne, que está sobre todo. ¡Alabado sea por siempre Dios, que está sobre todas las cosas! Romanos 9:1-5.

Juan se inspiró para escribir: "Sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a nuestros hermanos" 1 Juan 3:14. Estas palabras no se refieren al amor sólo hacia aquellos que comparten nuestra fe, pues Cristo dijo: "Amad a vuestros enemigos... orad por los que os maltratan y persiguen, para que seáis hijos del Padre que está en los cielos. .por si los amo

¿Quién te ama, qué recompensa tendrás? ...y si sólo saludáis a vuestros hermanos, ¿qué más hacéis?” Mateo 5:44-47. Pablo estaba imbuido del amor de Cristo por sus hermanos judíos, a pesar de que muchos de ellos eran sus más acérrimos enemigos y perseguidores. Aún así, el apóstol dice que tal vez deseen “ser anatema” o ser condenados por Cristo, si eso los llevaría a encontrar el gozo de la salvación del alma. Reconoció que los israelitas habían sido especialmente favorecidos en muchos aspectos sobre todas las demás naciones. De ellos surgió Moisés, a quien Dios confió como depósito las tablas de su ley y la revelación escrita de su voluntad. Y a él y a los demás profetas que lo siguieron, Dios entregó revelaciones que dieron lugar a las Sagradas Escrituras, que contenían el evangelio de su pacto con los hombres.

También contenían instrucciones sobre las formas del culto verdadero, así como todas aquellas que pudieran conducirlos a la experiencia de vivir como hijos de Dios libres del pecado en esta Tierra, y participar de la futura gloria inmortal. Y lo más importante: anunciaron la venida del Mesías, el Hijo de Dios, el Salvador del mundo, Aquel por quien se cumplirían todas las promesas hechas a los hombres (Juan 5:39; 2 Cor. 1:19, 20). ). Cristo mismo se encarnó y nació de María, descendiente de Abraham, Judá y David. Pero al rechazar a Cristo, los israelitas rechazaron todas las bendiciones que lo acompañaban. Y también rechazaron las revelaciones divinas que apuntaban a la venida del Mesías y les fueron confiadas como depósito para el mundo.

El conocimiento de esta realidad llenó de tristeza y dolor el corazón de Paulo, al punto que estuvo dispuesto a hacer todo lo posible para revertir la situación.

El ejemplo del apóstol tiene un paralelo, en estos últimos días, con el de los Adventistas del Séptimo Día. Al igual que los israelitas, este pueblo recibió una serie de privilegios. Cuando surgieron como pueblo, allá por 1844, recibieron la revelación de que Cristo ministró para la humanidad en el santuario celestial, donde está el trono de Dios, y que tiene los Diez Mandamientos como base de gobierno. En ese momento, el cristianismo en general no reconocía como necesaria la obediencia al decálogo. Así, la revelación apareció como una nueva entrega de la ley como un depósito para ser distribuido al mundo en forma de mensaje. Con él vinieron sucesivas revelaciones entregadas por el ministerio profético, todas similares a las dadas a Moisés y registradas en los libros del Éxodo al Deuteronomio: mensajes relacionados con el cuidado de la salud, que involucran dieta, métodos de tratamiento natural de enfermedades y pautas para el establecimiento de sanatorios. ; los principios de la verdadera educación, que implica el cuidado de los niños en el hogar y el asesoramiento para el establecimiento de escuelas. Y, como revelación culminante, la entrega del mensaje de justificación por la fe, alineado con la luz presentada a los romanos y expuesta en este libro. Su objetivo es llevar a las personas a caminar sin pecado en esta Tierra, superando por la fe todas las tentaciones del mundo (1 Juan 5:4). Sin embargo, al igual que los israelitas de la antigüedad, los adventistas rechazaron a Cristo mismo en su mensaje y se convirtieron en enemigos y perseguidores.

de quienes lo aceptaron y advertirles de su error. El mismo amor que llenó el corazón del apóstol en el pasado también debería llenarnos de lástima por nuestros actuales perseguidores y de sincero anhelo por su salvación. Nuestras oraciones deben elevarse por ellos para que se les caiga la venda de los ojos.

“No es que la palabra de Dios haya fallado, porque no todos los que son de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham son todos hijos; sino: en Isaac te será llamada descendencia. Es decir, no son los hijos de la carne que son hijos de Dios, pero los hijos de la promesa son contados por descendientes” Romanos 9:6-8.

El nombre Israel significa "ganador". Cuando el patriarca Jacob se arrojó sobre Cristo, con fe exclamó: "No te dejaré ir, si no me bendices. Y le dije: ¿Cómo te llamas? Y él dijo: Jacob. Entonces dijo: Él te llamará". Ya no se llamará Tu nombre es Jacob, sino Israel, porque como príncipe has luchado con Dios y con los hombres, y has prevalecido" Génesis 32:26-28 El nombre Jacob significa "engañador".

Representaba cómo Jacob se veía a sí mismo hasta ese momento de su vida. Cuando era más joven, había engañado a su padre para que le diera la bendición de la primogenitura, que pensaba dar a su hermano Esaú. Como resultado, su hermano hizo planes para matarlo. Por ello huyó a las tierras de su familia, a unos mil kilómetros de distancia, y permaneció allí durante muchos años.

Finalmente recibió instrucciones de Dios para regresar a su tierra natal. Pero recordó la furia de su hermano. Entonces envió mensajeros con un regalo para él delante de él, con la esperanza de aplacarla. Sin embargo, recibió respuesta de que Esaú vendría a su encuentro con cuatrocientos hombres.

Desesperado, fue a buscar a Dios, y allí encontró a Cristo, que le tocó el hombro. Pero como era de noche, no lo reconoció y peleó con Él toda la noche. Al final de la pelea, el mensajero divino reveló su carácter tocándole el muslo y dejándolo cojeando. Reconociendo el origen divino del visitante, se arrojó sobre su misericordia. Entonces fue aceptado. Su pecado fue perdonado y recibió poder para vivir una nueva vida. La Escritura dice que el Salvador "lo bendijo allí" Génesis 32:29. Y cambió su nombre a Israel.

Por tanto, el significado espiritual del nombre Israel es perdón y victoria sobre el pecado. Pablo afirmó que "no todos los de Israel son israelitas" basándose en esta convicción. Los fariseos que rechazaron a Cristo, su perdón y la victoria sobre el pecado que Él les daría no eran en realidad "israelitas", como tampoco lo son aquellos que hoy no creen que, por la gracia divina, los creyentes pueden vivir sin pecado en esta Tierra. "Israelitas". ". Los fariseos perseguidores eran simplemente israelitas según la carne, o. "hijos de la carne" en palabras de Pablo. No porque fueran descendientes de Abraham, eran hijos de Dios. Los niños son aquellos que creen en Su promesas hechas en Cristo y los mandamientos

Son promesas que se hacen realidad en la vida de los creyentes, para que sean obedientes. Pero dado que las promesas de Dios se cumplen a través de Cristo (2 Cor. 1:19, 20), entonces sólo aquellos que creen en Cristo y se someten a Él son hijos de la promesa. Abraham tuvo dos hijos: uno por sus propias obras y el otro por la fe. Isaac era el hijo de la fe. Por eso el apóstol dice: "en Isaac será llamada tu descendencia". Abraham fue llamado "padre de la fe" (Ro.

4:16). Por tanto, son hijos de Abraham, en el sentido espiritual, todos los que creen en Cristo y en las promesas que Dios dio por medio de Él.

"Porque la palabra de la promesa es ésta: En este tiempo vendré, y Sara tendrá un hijo. Y no sólo éste, sino también Rebeca, cuando concibió uno, de Isaac nuestro padre; porque aunque no fueron aún nacida, ni teniendo ni bien ni mal (para que el propósito de Dios, según la elección, se mantenga firme, no por las obras, sino por el que llama), se le dijo: El mayor servirá al menor. Está escrito: Amé a Jacob y aborrecí a Esaú. ¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia por parte de Dios? ¡En absoluto! Porque Él dice a Moisés: Tendré misericordia del que tengo misericordia, y tendré misericordia de quien tenga misericordia. misericordia de quien yo tendré misericordia. Así que esto no depende de lo que quieras, ni de lo que corras, sino de Dios, que tiene misericordia"

Romanos 9:9-16

El resumen de lo anterior es: Dios depende de sí mismo para cumplir sus promesas.

En los versículos anteriores el apóstol afirmó que los israelitas son aquellos que creen en las promesas de Dios. Ahora amplía el argumento mostrando que ser hijo de Dios no depende de nada de lo que el hombre haga o reciba de sus padres carnales. "No depende de lo que quieras, ni de lo que corras, sino de Dios, que tiene compasión". Pablo usa dos ejemplos para apoyar este argumento. El primero es el de Sara, que tuvo un hijo en su vejez, cuando ya no podía hacer nada por sí misma. Ella sólo tuvo el hijo porque Dios usó Su poder y cumplió Su promesa, en el tiempo determinado. El segundo es el de Jacob y Esaú, Dios determinó que Esaú serviría a Jacob antes de que nacieran, lo que muestra que el cumplimiento de Su promesa ni siquiera dependía de las circunstancias de su nacimiento. Este segundo ejemplo refuerza la enseñanza de que su nacimiento como israelitas no los convierte en hijos de Dios. Es la creencia en las promesas de la Palabra de Dios dada a través de Cristo lo que nos hace entrar en la familia espiritual divina, el verdadero Israel espiritual.

En su argumento, Pablo presenta un extracto del profeta Malaquías, que dice: "Amé a Jacob y odié a Esaú". Pero Dios no odió a Esaú antes de su nacimiento.

Este pasaje muestra que Jehová dijo esto mucho después del nacimiento de Esaú, y lo dijo porque sus obras y las de su descendencia eran malas. En otras palabras, Dios no lo predestinó a la perdición. "Dios... quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tim. 2:3, 4). Leamos el extracto.

citado en Malaquías: "Odié a Esaú, y convertí sus montañas en desolación, y di su herencia a los chacales del desierto. Aunque Edom diga: Estamos empobrecidos, sin embargo, edificaremos los lugares desolados otra vez; así dice el Señor de los ejércitos: ellos edificarán, y yo destruiré, y los llamarán: tierra de maldad, y pueblo contra el cual el Señor está enojado para siempre" Mal. 1:3, 4.

Tenga en cuenta que Dios se refiere a las decisiones tomadas por los descendientes de Esaú, ya que cita sus palabras dichas en plural: "estamos empobrecidos". Esto prueba que Esaú ya había nacido en el momento en que dio a luz. mensaje.

Malaquías escribió que Dios "odiaba a Esaú" porque Esaú despreciaba Su bendición y actuó malvadamente, sin arrepentirse. La historia cuenta que, como el mayor de los hermanos, Esaú tenía derecho a la primogenitura, un privilegio que incluía actuar como sacerdote en el hogar y preservar el conocimiento del evangelio del Mesías y la ley dentro de la familia. Pero despreció la bendición de Dios: "Esaú regresó del campo, y estaba cansado; y Esaú dijo a Jacob: Te ruego que me dejes comer de este guisado rojo, porque estoy cansado. Por eso fue llamado Edom. . Entonces dijo Jacob: Véndeme hoy tu primogenitura. Y Esaú dijo: He aquí, estoy al borde de la muerte; ¿de qué me servirá mi primogenitura?... y vendió su primogenitura a Jacob... Entonces Esaú menospreció su primogenitura" Génesis 25:30 -34. Y el propio Pablo resalta a los hebreos que Esaú "no se arrepintió" Heb. 12:17.

Aunque las declaraciones "el mayor servirá al menor" y "Amé a Jacob y aborrecí a Esaú" fueron pronunciadas en diferentes momentos, el hecho de que Pablo las presente en secuencia podría llevar al lector descuidado a comprender que ambas habían sido pronunciadas antes de que naciera Esaú. De ser así, apoyarían la idea de que Dios predestinó a unos para salvación y a otros para perdición. Tal conclusión no es correcta, ya que contradice varios otros pasajes que enseñan el evangelio. Cristo es el Salvador del mundo entero (Juan 4:42 ), y la gracia salvadora de Dios fue manifestada a todos los hombres (Tito 2:11). Siguiendo la explicación del texto, tenemos que Pablo, para evitar el error de interpretación, añadió: "¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia por parte de Dios?"

¡De ninguna manera! Porque dice a Moisés: Tendré compasión del que tenga misericordia, y tendré misericordia del que tenga misericordia. Por lo tanto, esto no depende de lo que quiere, ni de lo que corre, sino de Dios, que tiene compasión". En otras palabras, aclaró que el enfoque de su discurso fue demostrar que la promesa se cumple porque Dios actúa para cumplirlo, independientemente de la acción humana.

El tema central de la carta a los Romanos es la presentación del evangelio del perdón (o justificación) dado por Dios a través de Jesucristo. Al demostrar plenamente que es Dios quien cumple la promesa, sin depender en modo alguno del hombre, nos demuestra a todos que el acto de perdonarnos fue una obra totalmente divina. No dependió en absoluto del hombre para lograrlo. De hecho, los hombres se dejaron influenciar por el diablo para tentar a Jesucristo al fracaso,

invitándolo: “¡baja de la cruz!” Pero a pesar de todos los esfuerzos de los hombres por obstaculizar e impedir, Dios y Cristo completaron la obra. El sacrificio fue consumado. Por tanto, el perdón de Dios por los míos y los tuyos es una certeza inmutable, porque lo que fuimos, somos o hemos hecho hasta ahora no cambia lo que Dios y Cristo han hecho. Esta certeza aleja todo temor a no ser aceptados, toda vergüenza por nuestros errores o duda sobre si somos hijos de Dios. Somos sus hijos porque Él sacrificó a su Hijo para perdonarnos. Jesús es nuestra perfecta y completa garantía de perdón y vida eterna. Y como el perdón de Dios siempre va acompañado del poder que cambia la vida del creyente, también es cierto que hoy ya tenemos el poder infinito de Dios actuando en nosotros para la obediencia. Es seguro que mañana venceremos todas las tentaciones, porque Cristo está con nosotros. La obra que nos dará la victoria será toda de Dios. Él no depende de nuestras fuerzas para vencer a nuestra carne, al mundo o al diablo.

No somos justificados por nuestras obras, ni por las circunstancias de nuestro nacimiento, ni por pertenecer a un pueblo o iglesia. “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe” Romanos 3:28. ¿Entonces, qué debemos hacer? “Cree en el Señor Jesús y serás salvo” Hechos 16:31. Elige creer esta verdad del evangelio y se hará realidad en tu vida.

"Porque la Escritura dice a Faraón: 'Para esto mismo te he levantado, para mostrar mi poder en ti, y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra'. Por tanto, de quien quiere, tiene misericordia, y él endurece a quien quiere. Entonces me dirás: ¿Por qué se queja todavía? ¿Quién ha resistido a su voluntad? Pero, oh hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios? Tal vez lo formado le diga al que lo formó. ¿Qué me habéis hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra? ¿Y qué diréis si Dios, queriendo mostrar su ira? y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, para hacer notorias también las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia que preparó de antemano para gloria, los cuales somos nosotros, a quienes él también llamados, no sólo de entre los judíos, sino también entre los gentiles?" Romanos 9:17-24.

El faraón de Egipto no fue endurecido por la voluntad divina. El informe informa que optó por no creer en la palabra de Dios ni someterse a ella. Cuando Moisés le presentó la orden divina de dejar ir al pueblo de Israel a adorarlo en el desierto, respondió: “¿Quién es el Señor, a cuya voz escucharé para dejar ir a Israel? No conozco al Señor, ni dejaré ir a Israel” Éx. 5:2.

Sus palabras “No conozco al Señor” no eran ciertas. Lo conoció porque vio que sus esclavos israelitas lo adoraban. Sin embargo, se negó a demostrar fe en su palabra obedeciéndola. Dios no predestinó a Faraón para la destrucción y tampoco es esta la enseñanza de Pablo

en este pasaje. Por cierto, el apóstol lo escribió precisamente para demostrar lo contrario, como veremos a continuación.

Las Escrituras afirman que Dios levantó a Faraón para "mostrar mi poder en ti". Dios quería mostrar Su poder en Faraón cambiando su corazón. Deseaba convertirlo, transformándolo de un rey aceptor en un rey compasivo y benévolo. Por eso le ordenó que dejara salir a sus esclavos al desierto para adorarlos. La obediencia a esta orden sería un ejercicio de misericordia que haría bien al corazón de Faraón. Si obedecieran a Dios, los israelitas recibirían, además del beneficio de la adoración, un período de alivio y descanso de la dura servidumbre. Pero ese corazón egoísta se negó a ceder a sus súplicas de misericordia. Entonces Dios tuvo que mostrar Su poder en él de otra manera, mucho más dolorosa, enviando plagas sobre Egipto. Y finalmente mató a su hijo. Respecto a esta última plaga, cabe señalar que fue retribución, en igual medida, por el crimen que los egipcios habían cometido años antes, matando a todos los bebés varones de los israelitas (Éxodo 1:22).

Luego Pablo sostiene que Dios "tiene compasión de quien quiere y endurece a quien quiere". Con estas palabras aclara que Él es soberano en sus decisiones, es decir, hace lo que quiere sin que nadie pueda detenerlo. Pero Él usa Su poder buscando salvar al hombre. "Dios... quiere que todos los hombres sean salvos" 1 Tim. 2:4. Entonces, si el hombre se niega a ceder a la influencia de Su espíritu, sucede que cuanto más insiste Dios en hablar en su conciencia, más se endurece. El mismo espíritu que convierte al que se entrega a su amor y se entrega a Cristo, provoca el endurecimiento del hombre que se aferra al mal. La culpa no es de Dios. El mismo sol que ablanda el hielo endurece la arcilla.

Aún tratando de convencer a cualquiera que haya interpretado que Dios predestina a unos a la salvación y a otros a la perdición, el apóstol añade: "Entonces me dirás: ¿Por qué se queja todavía? Porque ¿quién ha resistido a su voluntad? Pero, oh hombre, ¿Quién eres tú para responder a Dios? Quizás la cosa formada diga al que la formó: ¿Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa una sola vasija para ¿honra y otro para honra?, ¿deshonra?" Podríamos verlo como un Ser egoísta, que crea "robots" dispuestos a alabarlo y hacer siempre su voluntad, para agradarse a Él mismo. Pero la existencia de los rebeldes demuestra que Él creó a los hombres. con la facultad de libre elección. Pueden considerar lo que ven, analizarlo y luego tomar decisiones, decidiendo su propio destino. Incluso pueden optar por resistir toda evidencia de Su presencia, en las obras creadas que los rodean, profesando no creer en Su existencia. Dios ha dado libertad de pensamiento a todos los hombres; pero en la medida en que elijan someterse o no a su consejo,

se convierten en una bendición o una maldición para la sociedad. En palabras de Pablo, se convierten en "un vaso para honra o para deshonra".

A continuación, el apóstol aborda el hecho de que Dios lleva a todos a revelar la proporción en la que su gracia transformó los corazones de aquellos que se entregaron a Cristo. Para ello, Dios soporta a los malvados durante mucho tiempo y les permite triunfar temporalmente sobre los justos. Durante más de mil años, creyentes inocentes han sido arrestados, juzgados, condenados y asesinados por personas impías en posiciones de autoridad. Sufrieron las peores torturas con paciencia y mansedumbre. La palabra de Dios reporta a esta clase de personas como "hombres de quienes el mundo no era digno" Heb. 11:38. Revelaron, bajo los más crueles malos tratos, la bondad y la benevolencia que la gracia de Dios derramaba en sus corazones. Consideremos, por ejemplo, al mártir Esteban, quien, mientras era apedreado, poco antes de morir dijo: "Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y dicho esto, se durmió" Hechos 7:60. Sus palabras están en línea con las del mismo Cristo quien al ser crucificado dijo: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" Lucas 24:34, sin embargo, después de cumplir el propósito de revelar al mundo cuál es su gracia. Lo que logra en los verdaderos creyentes en Jesucristo, Dios hace justicia, derrama su ira sobre los malvados y les paga según sus obras. La Biblia relata, como ejemplo de esto, el fin de Herodes, quien había ordenado al profeta Juan el Bautista fue decapitado, y luego se burló de Jesús." En un día señalado, Herodes, vestido con ropas reales, se sentó en la corte e hizo una práctica para ellos. Y el pueblo exclamó: Voz de Dios, y no del hombre. Y en el mismo momento el ángel del Señor lo hirió... y, comido por los gusanos, expiró".

Hechos 12:21-23. En casos como este se cumplen las palabras de Pablo a los romanos: "Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con gran paciencia los vasos de ira preparados para la destrucción, para poder también manifestarlo. las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia que preparó de antemano para gloria, los cuales somos nosotros, a quienes también llamó, no sólo de entre los judíos, sino también de entre los gentiles".

"Como también dice en Oseas: Llamaré a mi pueblo que no era mi pueblo, y amado al que no fue amado. Y sucederá en el lugar donde les fue dicho: Vosotros no sois mi pueblo; allí serán llamados hijos del Dios vivo. Isaías también clama acerca de Israel: Aunque sea el número de los hijos de Israel como la arena del mar, el remanente será salvo, porque Él completará la obra y la hará. cortos en justicia, porque el Señor acelerará la obra en la tierra. Y como dijo antes Isaías: si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado descendencia, seríamos como Sodoma, y seríamos como Gomorra. ¿Diremos entonces? ¿Que los gentiles, que no buscaban la justicia, obtuvieron la justicia? Sí, pero la justicia que es por la fe. Pero Israel, que buscaba la ley de la justicia, no obtuvo la ley de la justicia. ¿Por qué? Porque no fue por fe, sino como por las obras de la ley; porque tropezaron en la piedra de tropiezo; como está escrito: He aquí, yo pongo

en Sion piedra de tropiezo y roca de escándalo; y el que en él cree, no será avergonzado" Romanos 9:25-33.

A las personas que no pertenecían al pueblo de Israel se les llamaba gentiles. A través del profeta Oseas Dios había predicho su conversión mediante la predicación del evangelio. Por eso dije: "Llamaré pueblo mío a los que no eran mi pueblo... y sucederá que en el lugar donde se les dijo: Vosotros no sois mi pueblo; allí serán llamados hijos del Dios vivo". Los gentiles, a través de la fe en Cristo, llegarían a ser miembros de la iglesia, la esposa de Cristo, quien, en palabras de Oseas, era llamada "amada". Al mismo tiempo, con respecto a los israelitas, la triste realidad es que pocos de ellos aceptaron al Salvador. La mayoría se dejó llevar por las falsedades sobre Él y el evangelio de la gracia de Dios difundido por sus líderes. La proporción de israelitas que aceptaron a Cristo fue lo suficientemente pequeña como para compararla con un "remanente". Y si no fuera por ellos, la nación entera perecería en sus delitos y pecados, tal como sucedió con Sodoma y Gomorra. Y esto ocurrió porque, aunque los israelitas se jactaban de tener la ley de Dios en los Diez Mandamientos y obedecerla, en realidad no la cumplieron. Pablo afirma que los israelitas que "buscaron la ley de justicia no obtuvieron la ley de justicia", porque trataron de obedecerla mediante sus propios esfuerzos y no mediante la fe en Cristo. El "justo por la fe vivirá" Rom. 1:17. Cuando creas en Cristo, recibirás el espíritu santo como el poder que te permitirá obedecer. "A todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre" Juan 1:12. Pero "el que no cree, ya está condenado, porque no cree en el nombre del unigénito Hijo de Dios" Juan 3:18. Los israelitas fueron tan engañados por sus líderes que consideraron e incluso creyeron que Jesús era el "problema", cuando en realidad él era la solución. Caifás dijo, respecto de Él: "nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y que toda la nación no perezca" Juan 11:50. Entonces, en su opinión, Cristo les obstaculizaría el camino para alcanzar la justicia; fue un "obstáculo de tropiezo".

Y ellos se escandalizaron de Él, pensando que era absurdo reconocer que el que creció entre ellos podría ser su Salvador (Marcos 6:3). Por lo tanto, Cristo también fue para ellos una "roca de escándalo." Sin embargo, cualquiera que creyera en Él, ya fuera israelita o gentil, no sería avergonzado por Dios. Él sería salvo.

La triste realidad de los israelitas del pasado se repite hoy, y de manera generalizada, en el cristianismo profeso. Como predijo Pablo: "en los últimos días vendrán tiempos difíciles. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, fanfarrones, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres y a las madres... amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán su eficacia" 2 Timoteo 3:1 - 5. Muchos hombres tienen la forma del evangelio : reconocen la Biblia como la Palabra de Dios, la alaban y asisten a los servicios. Pero carecen del poder del espíritu, que es el único que puede hacerlos obedientes. Y eso es porque no

tener fe viva en Cristo. Lo único que pueden dar como razón para ser aceptados por Dios son sus conexiones y compromisos con "la iglesia". Pero la iglesia no es un fin en sí misma. Es sólo el cuerpo de Cristo. Conectarse vívidamente con Cristo y someterse a Su Palabra constituye el mismo error que los israelitas del pasado: quienes lo hacen están, una vez más, teniendo a Cristo como piedra de tropiezo y roca de escándalo.

La palabra inspirada que reprende sus pecados no les gusta. Lo reemplazan con las "doctrinas de su iglesia", varias de las cuales están claramente en desacuerdo con los mandamientos de Dios. Y están satisfechos con ellos. Les escandalizan las enseñanzas que están fuera de los límites de sus doctrinas. Así, Cristo, el inspirador de las Escrituras, es para ellos prácticamente una "roca de escándalo".

Todos los creyentes sinceros en Cristo que ven esta triste realidad en su iglesia son convocados por Dios a obedecer estas palabras: "salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, y para que no incurráis en sus pecados". plagas" Apocalipsis 18: 4. Tan seguramente como Jerusalén fue destruida después de su rechazo de Cristo (en el año 70 d.C.), también lo serán estas iglesias caídas, junto con sus líderes y miembros. Y como fue el caso en el pasado, un remanente de abrazarán la verdadera fe en Cristo para la libertad de sus pecados y una vida de obediencia, siendo salvos. Y si el Señor no hubiera obrado mediante la predicación de la verdad, para que al menos este remanente que quería recibirla la aceptara, la totalidad de estas iglesias caídas serían completamente destruidas como consecuencia de sus pecados, al igual que Sodoma y Gomorra. Pero además, el que crea en esta palabra y la obedezca, no quedará avergonzado.

## Romanos 10

"Hermanos, el deseo de mi corazón y la oración de mi corazón a Dios por Israel es para su salvación. Porque os doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no con entendimiento. Porque, no conociendo la justicia de Dios, y procurando establecer Por su propia justicia, no se sometieron a la justicia de Dios, porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree. romanos 10:1-4

El deseo de cualquier verdadero cristiano es que todos sean salvos. Está alineado con el de Dios mismo (2 Tim. 2:3, 4), y es evidencia de que quien lo posee es Su hijo. Pablo vio que los judíos tenían la intención de agradar a Dios. Sin embargo, al no reconocer a Cristo como su justicia, no creyeron ni se sometieron a Él. La función de la ley, para el hombre pecador, es hacerle

darse cuenta de la necesidad que tiene de un salvador y hacerle querer recibirlo: "todo lo que dice la ley,... dice, para que toda boca sea tapada y el mundo entero sea condenado delante de Dios.

Por tanto, ninguna carne será justificada delante de Él por las obras de la ley, porque por la ley viene el conocimiento del pecado" Rom. 3:19, 20. Una vez convencido de esta realidad, el pecador puede decidir recibir "la justicia de Dios mediante la fe en Jesucristo" Rom. 3:22. Por lo tanto, está claro que el fin o función de la ley, para los hombres pecadores, es conducirlos a Cristo para que reciban la justicia.

"Y Moisés describe la justicia que es por la ley, diciendo: El que hace estas cosas vivirá por ellas. Pero la justicia que es por la fe dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (es decir, el traer a Cristo de arriba). O: ¿Quién descenderá al abismo? (es decir, para resucitar a Cristo de entre los muertos. Pero ¿qué dice? La palabra está contigo, en tu boca y en tu corazón; esta es la palabra de fe que predicamos, a saber: Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo, porque con el corazón se cree para justicia, pero con el la confesión se hace con la boca para salvación, porque la Escritura dice: Todo el que en él cree, no será avergonzado." Romanos 10:5-11

Adán y Eva, cuando fueron creados, poseían la justicia que es por ley. Mientras la obedecieran, vivirían según ella. Pero el pecador sólo puede obtener la justicia mediante la fe en Cristo. Hay quienes consideran que no tienen fe, y alcanzarla es como buscar un tesoro muy lejano. Pero la realidad es que la fe está constantemente llamando a la puerta de nuestro corazón, pidiendo entrada. Cristo es el "Autor" de la fe (Heb. 12:2). Y Él dice: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, yo entraré" Apoc. 3:20. Si no resistimos su influencia, tendremos fe. Pablo explica que Cristo no está lejos de nosotros, ni en el cielo ni entre los muertos. Él está vivo y con nosotros. Él es la Palabra. Cuando vino a la Tierra, Juan dijo: "y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". Juan 1:14. Y la palabra te ha llegado; la estás leyendo, incluso ahora, en este libro. Pablo dijo: "La palabra está contigo, en tu boca y en tu corazón; esta es la palabra de fe que predicamos." Y afirma: "si confiesas con tu boca al Señor Jesús, y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, seréis salvos". De la abundancia del corazón habla la boca (Mat.

12:34). Habla del Cristo que llena tu corazón, habla de la convicción que vino a tu mente, de que Él es tu Salvador, que resucitó de entre los muertos y vive para darte vida espiritual. Es Él quien os lleva a confesarlo. No dudes de tu sinceridad, porque "nadie puede decir que Jesús es el Señor, sino por el espíritu santo" 1 Corintios 12:3. Lo reconoces como Señor de tu vida sólo porque

Su espíritu te está moviendo a hacerlo. Y esta es la prueba de que eres suyo, eres hijo de Dios. Y “el que en él cree, no será avergonzado”.

"Porque no hay diferencia entre judío y griego; porque uno es Señor de todos, rico para con todos los que lo invocan. Porque todo el que invoque el nombre del Señor será salvo".

Romanos 10:12, 13

Todas las personas, sin importar su nacionalidad o credo, sólo pueden ser salvas por la fe en el Señor Jesucristo, el Hijo de Dios. Porque Él murió por nuestros pecados y vidas para santificarnos y permitirnos vivir eternamente en compañía de seres que nunca han pecado. Por eso Jesús es “el Salvador del mundo” Juan 4:42. Entonces, todo aquel que clame a Dios por salvación de sus pecados invocando Su nombre será salvo.

"¿Cómo, pues, invocarán a Aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en Aquel de quien no han oído? Predicar el evangelio de paz, de los que traen buenas nuevas. Pero no todos han obedecido. el evangelio; porque Isaías dice: Señor, ¿quién ha creído a nuestra predicación? Así que la fe viene del oír, y el oír de la palabra de Dios”.

Romanos 10:14-17

La función del mensaje del evangelio es iluminar a las personas acerca de la salvación que ya han recibido mediante el sacrificio y la intercesión de Jesucristo; esta es la buena noticia. Pero ellos lo ignoran. Por tanto, es necesario que les sea anunciado. Bienaventurados los que se comprometen con esta obra. El cielo se complace en verlos trabajar llevando el precioso mensaje y los ángeles están felices de cooperar con los mensajeros humanos, impresionando los corazones de las personas para que acepten allí.

Sin embargo, la triste realidad es que muchos no creen. De ahí la pregunta: “¿quién creyó en nuestra predicación?” Lo único que nos aleja de todas las bendiciones que anuncia el evangelio es la incredulidad. Aún así, muchos se aferran a él y resisten la poderosa impresión que causa en sus mentes, como quien se aferra a un árbol durante una tormenta, sin querer ser arrastrado por el viento. Esteban dijo a los judíos: “ustedes resisten siempre al espíritu santo” Hechos 7:51. Para que esto no suceda, el Señor nos aconseja: “<sup>1</sup>si oyereis hoy su voz, no os endurecáis.

corazones” Heb. 3:15. Quien no resista la impresión del espíritu santo recibirá el don de la fe. Cuando escuchamos las palabras de Dios, su espíritu nos invita a creer. La fe viene por escuchar la palabra de Dios. Y por medio de él somos salvos (Efesios 2:8). Entonces, cada vez que escuchamos la Palabra, estamos recibiendo la invitación de la salvación. Refiriéndose a nuestra actitud hacia ella, Cristo dijo: “el que tiene oído, oiga lo que el espíritu dice” Apocalipsis 3:13. Seremos salvos por ella si la escuchamos atentamente, le prestamos atención, si lo aceptamos como guía de nuestras vidas y nos sometemos nuestra voluntad hacia ella.

"Pero yo digo: ¿No oyeron? Sí, en verdad, porque su voz salió por toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del mundo. Pero yo digo: ¿No lo supo Israel? Primero dice Moisés: Yo pondré Envidiosos con los que no son pueblo, os provocaré a ira con los necios. E Isaías dice con valentía: Fui hallado por los que no me buscaban, fui revelado a los que no preguntaban por mí. Pero a Israel dice: todo el día extendí mis manos a un pueblo rebelde y contradictorio". Romanos 10:28-31

El evangelio fue predicado por primera vez a los judíos. Pero ellos lo rechazaron y expulsaron a los mensajeros. Después de que mataron a Esteban, “hubo aquel día gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y Samaria, excepto los apóstoles... pero los que fueron esparcidos iban por todas partes proclamando la palabra” Hechos 8:1, 4. Entonces el evangelio conquistó el mundo al punto que, ya en aquel tiempo, habiendo sido “predicados a toda criatura bajo el cielo” Col. 1:23. Por eso todos los israelitas lo habían oído. Sin embargo, endurecieron sus corazones. Se rebelaron contra Cristo y contradijeron las palabras de Pablo y de los predicadores del evangelio (Hechos 13:45). Llamándose a sí mismos religiosos, se rebelaron contra el Autor y Centro de todo su sistema religioso. Mientras tanto, Cristo fue dado a conocer a los gentiles, quienes no lo buscaron porque no habían oído hablar de Él antes. Lo recibieron con alegría al escuchar la buena nueva, y esto provocó celos en los israelitas. Un ejemplo de esta realidad lo encontramos en el relato relatado en Hechos: “muchos de los judíos y prosélitos religiosos seguían a Pablo y a Bernabé; quien, hablándoles, los exhortó a permanecer en la gracia de Dios. Y el sábado siguiente, casi toda la ciudad se reunió para escuchar la palabra de Dios. Entonces los judíos, al ver la multitud, se llenaron de envidia y, blasfemando, contradecían lo que decía Pablo.

Pero Pablo y Bernabé, actuando con valentía, dijeron: Era necesario que os fuera anunciada la palabra de Dios primero; pero como vosotros la deseáis, y no os consideráis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles; porque así nos mandó el Señor: Os he puesto por luz de las naciones, para que seáis salvación hasta lo último de la tierra. Y cuando los gentiles oyeron esto, se alegraron y

glorificaron la palabra del Señor; y creyeron todos los que estaban ordenados a vida eterna. Y la palabra del Señor se difundió por aquella provincia. Pero los judíos incitaron a algunas mujeres religiosas y honestas, y a los gobernantes de la ciudad, y persiguieron a Pablo y a Bernabé, y los expulsaron de sus fronteras. Pero sacudiéndose el polvo de los pies, partieron hacia Iconio. Y los discípulos se llenaron de gozo y del Espíritu Santo". Hechos 13:43- 52. Así se cumplieron las palabras del profeta Isaías: "Fui hallado por los que no me buscaban, fui revelado a los que no preguntaban por mí. Pero a Israel dice: Todo el día Extendí Mis manos a un pueblo rebelde y contradictorio". Si los judíos hubieran prestado atención al significado de estas palabras, podrían haber evitado cumplir este papel.

Hoy, como en el pasado, muchos adventistas se toman la molestia de contradecir las verdades predicadas por los verdaderos siervos de Dios. Contradicen esta verdadera explicación del evangelio en Romanos explicada en este libro, entre otros, como la existencia de "un solo Dios, el Padre" I Corintios 8:6. Contradicen la revelación de las Escrituras de que el pueblo de Dios, fortalecido por Su gracia infinita, puede y caminará por esta Tierra sin cometer jamás una falta o pecado. Dios les extiende su mano, presentándoles el mensaje; pero, como los judíos de antaño, se niegan a escuchar. Mientras tanto, muchos no adventistas, de diferentes religiones y denominaciones, aceptan felizmente la mensaje.

## Romanos 11

"Digo, pues, ¿Ha rechazado Dios a su pueblo? En absoluto; porque también yo soy israelita, del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín. Dios no ha rechazado a su pueblo, al que antes conoció. ¿O no lo sabéis? ¿Qué dice la Escritura de Elías, cuando habla a Dios contra Israel, diciendo: Señor, a tus profetas mataron, y derribaron tus altares; y yo solo quedo, y buscan mi alma? Pero ¿qué te dice la respuesta divina? "He reservado para mí siete mil hombres que no han doblado su rodilla ante Baal. Así también ahora en este tiempo queda un remanente, según la elección de la gracia. Pero si es por gracia, ya no es por obras". ; de otra manera, la gracia ya no es gracia Pero si es por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es

construcciones." Romanos 11:1-6.

Al considerar la postura hostil de los israelitas hacia Cristo y su mensaje, el lector de Romanos podría pensar que Dios había rechazado completamente a todos los israelitas. Semejante

El pensamiento estaría de acuerdo con la reacción humana natural de resentimiento y venganza, pero no con el carácter de Dios. "La ira del hombre no obra la justicia de Dios" (Santiago 1:20). Dice: "¿Puede una mujer olvidarse tanto del niño que cría, que no tenga compasión de él, del hijo de su madre?" ¿matriz? Pero incluso si ella lo olvidó, yo no te olvidaré a ti". Es un. 49:15. Cristo tampoco. Incluso después de haber sido rechazado por la nación en su conjunto, continuó intercediendo por ellos en el cielo. Y por Su espíritu, intercede en los corazones de todos los israelitas. Y hubo un pequeño número de ellos, llamado el remanente, que aceptó la invitación de su gracia. Estos dejaron de lado su propia justicia constituida por sus propias obras para cumplir la ley y agradar a Dios, y recibieron al Salvador con su justicia. Luego recibieron con Él el espíritu santo, el agente que transformó sus corazones y los hizo verdaderos guardas de los mandamientos.

Llegaron a conocer en sus vidas la realidad de las palabras: "Porque por gracia sois salvos mediante la fe; y esto no de vosotros, es don de Dios" Efesios 2:8.

Las palabras de este pasaje de Romanos también son claras: los israelitas de ninguna manera pueden ser salvos por obras. El remanente israelita permaneció conectado con Dios según la elección de la gracia. "Pero si es por gracia, ya no es por obras". La salvación "no viene por obras, de modo que nadie (ni siquiera los israelitas) puede gloriarse" Ef. 2:9. Cada uno sólo puede salvarse por la gracia de Dios, por la fe que recibe como don cuando recibe su palabra y no se resiste a ella.

Sus obras no participan de la salvación. Si la salvación fuera por obras, ya no sería por gracia. "Gracia" y "obras", en el contexto de Romanos 11, son opuestos. Las obras abarcan todo lo que el hombre realiza o sería capaz de hacer; mientras que la gracia es lo que sólo hace Dios, sin la ayuda del hombre. El perdón de los pecados y el poder de cambiar nuestros corazones y permitirnos obedecer provienen únicamente de Dios. Están contenidos en el paquete de la "gracia divina" que nos ha dado el cielo, por el amor de nuestro Padre celestial. Depende de nosotros creer en el amor de Dios y recibir el regalo con alegría. Todos los que en el futuro hereden la vida eterna, incluidos los israelitas, estarán allí porque han recibido y apreciado la gracia de Dios en sus corazones.

En la misma línea de lo comentado en los versículos anteriores, las palabras de Romanos respecto al pueblo de Israel se aplican con igual fuerza al adventismo. Aunque la iglesia adventista, como institución, ha rechazado el llamado de Dios y se ha aferrado a varias doctrinas falsas, como la creencia en la Trinidad, Cristo todavía llama a sus miembros, diciendo: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz, y abre la puerta, entraré en su casa, y cenaré con él, y él conmigo" Apocalipsis 3:20. Y los que oigan su voz formarán el remanente que se unirá a la multitud. de personas, entre todos los demás credos, que aceptarán la verdad bíblica.

"¿Para qué? Lo que Israel buscaba no lo obtuvieron; pero los escogidos lo obtuvieron, y los demás se endurecieron. Como está escrito: Dios les dio espíritu de sueño profundo, ojos para que no pudieran ver, y oídos para que no podían oír, hasta el día de hoy. Y David dice: Que su mesa se convierta en lazo, y en trampa, y en tropezadero para su castigo; que se oscurezcan sus ojos hasta no ver, que sus espaldas estén continuamente inclinadas". Romanos 11:7-10

Los defensores de la observancia de la ley de Dios, o "pueblo de la ley", tanto los israelitas del pasado como los adventistas del presente, predicán y buscan la obediencia, pero se han endurecido contra el mensaje de la gracia de Dios en Cristo Jesús. Sólo aquellos entre ellos que se humillaron y entregaron sus almas indefensas al cuidado del Salvador recibieron Su misericordia y fueron fortalecidos por Su gracia para dar verdadera obediencia: la de un corazón transformado.

Los demás estaban llenos de prejuicios, convencidos de que no tenían nada que aprender de los predicadores del evangelio que no pertenecen a su denominación. Así, "tienen oídos, pero no oyen", porque no quieren. También tienen ante ellos la evidencia de que Dios está obrando a través de los predicadores del verdadero evangelio y que sus vidas dan testimonio de ello -tienen ojos- pero no quieren ver. El pan espiritual que podrían recibir, la doctrina pura que ennoblecería y salvaría sus almas, esto lo desprecian, porque no proviene de los púlpitos de su iglesia ni de los hombres acreditados por sus instituciones. Su "mesa espiritual", el púlpito del que debía provenir la luz del cielo, se convirtió para ellos en su propio "vínculo", ya que es desde allí que sus guías espirituales hacen todo lo posible para contradecir las verdades sobre la justificación por la fe en Cristo para perfecta obediencia y adoración al único Dios, Padre y a su Hijo Jesucristo, su púlpito se ha convertido en el plato que sirve al engaño que los desvía del camino que los lleva al cielo, la trampa misma que los lleva al infierno. influencia perniciosa, los ojos espirituales del pueblo dejaron de mirar hacia arriba, hacia la luz del cielo que proviene de la pura revelación de la Biblia, y se oscurecieron por las filosofías de los hombres, guiados por sus maestros, cegados por sus prejuicios e intoxicados por las doctrinas. de los hombres, inclinaron sus espaldas, dirigiendo su mirada hacia este mundo oscuro y sus costumbres, conformándose cada vez más a sus prácticas nefastas, y mientras mantengan esta confianza ciega en sus líderes, seguirán inclinándose, continuamente, sus espaldas para mirar cada vez más abajo, alejándose de la contemplación de Cristo en Su palabra para mirar a los hombres imperfectos.

"Digo, pues, ¿tropezaron para caer? En absoluto, sino que por su caída vino la salvación a los gentiles, para incitarlos a emular. Y si su caída es la riqueza del mundo, y su disminución la riquezas de los gentiles, ¡cuánto más será su plenitud, porque os hablo,

Gentiles, que siendo apóstol para los gentiles, ensalzo mi ministerio; para ver si de alguna manera puedo incitar a los de mi carne a emular y salvar a algunos de ellos. Porque si su rechazo es la reconciliación del mundo, ¿qué será su admisión sino vida de entre los muertos? Y si las primicias son santas, también lo es la masa; Si la raíz es santa, también lo son las ramas”.

Romanos 11:11-16

Repetimos: “Dios quiere que todos se salven” 1 Timoteo 2:4. Esto significa que Él dirige todas las cosas con este propósito. Incluso las acciones tomadas como resultado del rechazo del evangelio de la gracia por parte de algunos resultan en bendiciones para otros. La expulsión de los cristianos de Jerusalén por parte de los judíos resultó en la predicación del evangelio a los gentiles en otros lugares (Hechos 8:1-4). Además, en la era moderna, la exclusión de los predicadores de la verdad de la membresía de las iglesias adventistas resultó en la diseminación de la verdad a toda nación, tribu, lengua y pueblo (Apocalipsis 14:7). En ambos casos, la caída y disminución de estos cuerpos religiosos a favor de Dios resultó en el enriquecimiento espiritual del mundo con la verdad, o la "riqueza del mundo", como se dice en Romanos. Pero Pablo sostiene que Dios usó y usa este hecho como un “emulador”, o factor motivador, para animar a los caídos a buscar la verdadera experiencia. En la práctica, esto sucede cuando alguien perteneciente a estos cuerpos ve la verdad predicada por otros y exclama: “pero esta verdad fuimos nosotros los que debemos ¡Estad predicando! ¿Cómo, pues, estáis con ellos? y como resultado de esta reflexión tiene la oportunidad, por amor a la verdad, de decidir dejar donde está y unirse al pueblo de Dios moderno, así, a través de la predicación del evangelio, Pablo, en el pasado, y los predicadores de la verdad, en el presente, sirven como instrumentos de Dios para motivar a israelitas y adventistas a buscar la verdad. Su rechazo, como pueblo, resultó en la predicación del evangelio de paz al mundo y la reconciliación de todos los que creyeron. , con Dios (2 Cor. 5:19) Y la admisión en las filas del pueblo de Dios, de estas almas, entre estos dos cuerpos, será para ellas un retorno a la vida espiritual.

Ellos, por ser los primeros en ser llamados (israelitas en el pasado y adventistas en los últimos siglos), fueron considerados las “primicias”, o primeros. Las primicias eran los primeros frutos cosechados, o el primer hijo (Deut. 18:4; Sal. 105:26). Si ellos, los primeros, regresan a la vida espiritual volviendo a la verdad y uniéndose al verdadero pueblo de Dios, esto es señal de que el pueblo con el que se unen también está espiritualmente vivo. O, dicho de otra manera, si después de convertirse buscan unirse a un pueblo, ciertamente están buscando un pueblo que ya estaba convertido. Porque la Escritura dice: “¿Andarán dos juntos si no están de acuerdo?” Amós 3:3. Y este pueblo sólo puede ser aquel designado por Dios como formado por los santos: “aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” Apoc. 14:12. De modo que todos los de este pueblo son santos; tanto los que ya estaban entre él como los que,

entre los israelitas y los adventistas, la divina providencia los llevó de regreso a la verdad y se unieron a ella. Los reelegidos constituyen las primicias o raíz. Y el resto constituye la masa o ramas, mencionada en el versículo de Romanos. La principal verdad que se extrae del texto es que, independientemente de su origen, todos los que finalmente aceptan la invitación de la gracia y se unen a las filas del pueblo de Dios se encuentran en la misma condición: "santos". ¿Cómo? Hecho obediente a los mandamientos por la fe en Cristo y la acción del espíritu santo de Dios. Porque el mandamiento que obedecen es "santo" (Rom. 7:12) y están espiritualmente vivos por la misma razón, porque Jesús dijo: "Sé que su mandamiento es vida eterna" Juan: 12:50.

"Y si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo, fuiste injertado en ellas, y participaste de la raíz y de la savia del olivo, no te jactes contra las ramas; y si te jactas de las ramas, contra ellos, ¿no eres tú quien sustenta la raíz, sino que la raíz te pertenece? Romanos 11:17, 18

Aquí Pablo se dirige a los gentiles. Recordemos que esta es la carta a los romanos. El pronombre "ustedes" por tanto se refiere a ellos y, en los tiempos modernos, según el paralelo ya establecido entre el "pueblo de la ley" (israelitas y adventistas), podemos decir que este pasaje se dirige con mayor fuerza a aquellos que no pertenecemos a ninguno de estos pueblos. Refiriéndose a los pueblos de la ley, Pablo dice que han sido "quebrantados", es decir, excluidos de las bendiciones de la gracia por su propio rechazo de Cristo y su evangelio. Y nosotros, que Hemos aceptado el mensaje, hemos sido "injertados" espiritualmente, es decir, hemos llegado a ser parte de la iglesia espiritual de Dios, pero no debemos jactarnos de ello, más bien recordemos que la doctrina del evangelio que nos mantiene en pie hoy, fue entregado por primera vez a ellos. Y sólo no tuvo ningún efecto en ellos porque lo rechazaron. Los versículos tienen la intención de mantenernos en la humildad que una vez nos dio acceso al reino de Dios. Jesús dijo: "Bienaventurados los pobres de espíritu". , porque de ellos es el reino de los cielos" Mateo 5:3 Con profunda humildad, reconociendo que somos pecadores y que no merecemos nada, aceptamos las gracias del perdón y la santificación. Y sólo permaneciendo en él conservaremos con nosotros la bendición que hemos recibido. Esta es la idea que se transmite en los siguientes versos:

"Y dirás: Las ramas fueron quebradas para que yo fuera injertado. Bien está; por su incredulidad fueron quebradas, pero tú por la fe estás firme. Entonces no seas altivo, sino teme.

Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, teme que tampoco te perdonará a ti. Considera, pues, la bondad y severidad de Dios: hacia los que cayeron, severidad; Pero para ti,

bondad, si permanecéis en su bondad; de lo contrario, vosotros también seréis cortados”.

Romanos 11:19-22

Dios es justo. Trata a todos de la misma manera. Como Padre de amor, trata con severidad a los que se descarrían. Permite que las tribulaciones caigan sobre los rebeldes y desobedientes para que, a través de ella, puedan ver de antemano la ruina a la que les conduce su proceder y retroceder a tiempo. Por tanto, su severidad es una manifestación de su bondad, porque “la bondad de Dios os lleva al arrepentimiento” Rom. 2:4. Por otro lado, otorga Su bondad a quienes se someten a la influencia de Su amor y se entregan a Cristo, guiando su camino y fortaleciéndolos para obedecer Sus mandamientos. “Y tus oídos oirán la palabra detrás de ti, que dice: Este es el camino, andad por él, sin desviaros a derecha ni a izquierda” Isa. 30:21. De esta observación concluimos que Dios siempre está ejerciendo su bondad para conducir a todos por el camino de la salvación: ya sean del "pueblo de la ley" o de los gentiles. Sólo aquellos que se resistan permanentemente a entregarse a la influencia de Su bondad no serán salvos.

"Y también ellos, si no permanecen en la incredulidad, serán injertados; porque poderoso es Dios para injertarlos de nuevo. Porque si fueras cortado del olivo natural y, contra la naturaleza, injertado en el buen olivo árbol, ¡cuánto más éstos, que son naturales, serán injertados en su propio olivo! Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este secreto, para que no penséis por vosotros mismos, que el endurecimiento ha llegado. parte sobre Israel, hasta que entre la plenitud de los gentiles. Y así todo Israel será salvo, como está escrito: De Sion vendrá un Libertador, y apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando quite sus pecados”. Romanos 11:19-27

Dado que Dios desea salvar a todos y está trabajando continuamente hacia este fin, si los apóstatas no resisten la influencia de su amor y creen en el evangelio, Él los aceptará." El espíritu (de Dios) y la esposa (Su iglesia) di: Ven. Y el que oiga, diga: Ven. Y el que tenga sed, venga; y el que quiera, tome gratis del agua de la vida" Apocalipsis 22:17. Dios usó el endurecimiento de "Israel. ", es decir, del pueblo de la ley antiguo y moderno, para que el evangelio llegara a todos los demás, y todo el que quisiera aceptara la invitación de la gracia. El remanente de ese pueblo (israelitas y adventistas) se unirá a la multitud de creyentes de cada nación, tribu, lengua y pueblo, formando la totalidad de los salvos, el Israel de Dios.

Recordemos que Israel significa "ganador". Y está escrito: "Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, que está en medio del paraíso de Dios" Apocalipsis 2:7. Por tanto, todo el que acepte el evangelio de Dios hará Cristo se manifestó para "quitar los pecados" (1 Juan 3:5); entonces, todos serán santos, obedientes a los Diez Mandamientos por la acción del espíritu santo, en este sentido todos serán un solo cuerpo, la iglesia de Dios.

"En cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de los padres. Porque los dones y el llamamiento de Dios son sin arrepentimiento". Romanos 11:28,29

Esta declaración refuerza el concepto de Dios como Padre de todos nosotros. Desde que llamó, en el pasado, a los israelitas y, hace unos siglos, a los adventistas, no ha cambiado Su propósito en relación con ellos. Como nación y denominación, sus líderes rechazaron Su llamado. Pero Dios no olvidó las promesas hechas a sus pioneros - Abraham, Isaac y Jacob - en el primer caso, y a los pioneros fundadores de la denominación adventista - en el segundo. Todos los miembros actuales de estos dos cuerpos son vistos por el Padre celestial como hijos perdidos pero aún amados. Porque si una madre sigue amando a su hijo y hasta va a la cárcel a visitarlo, mucho más Dios. Dice: "¿Puede una mujer olvidarse tanto de su hijo que lo crió y no tenga piedad de él, del hijo de su vientre? Pero incluso si ella lo olvidó, yo no te olvidaré a ti". Es un. 49:15. Es en este sentido que Pablo afirma que los dones y la vocación son sin arrepentimiento.

Cuando un padre hace un regalo a su hijo, éste puede despreciarlo, pero el Padre no lo retira. Dios dio los dones y la vocación. Los regalos son regalos que se dan. En el caso del texto son promesas hechas por Dios. "Vocación" significa "llamado". Dios llamó en el pasado a los pioneros de ambos pueblos y les hizo promesas. Estas siempre están condicionadas a la obediencia. Resulta que la incredulidad de muchos impide el cumplimiento de las promesas en sus vidas. Pero las promesas continúan dándose, independientemente de tu actitud hacia ellas. Incluso sin arrepentimiento se dan. Sin embargo, en este caso, no se pueden cumplir, porque están condicionadas a la obediencia. Dios dijo a Israel: "He aquí, la mano de Jehová no es acortada, para que no pueda salvar; Ni se ha entristecido su oído hasta el punto de no poder oír. Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios; y vuestros pecados ocultan de vosotros su rostro, para que no os oiga". Es un. 59. Di también a los impíos: Ciertamente

morirás; Si se aparta de su pecado y practica el juicio y la justicia, devolviendo la promesa a los impíos, reparando lo que robó, andando en los estatutos de la vida y no haciendo iniquidad, ciertamente vivirá, no morirá. Todos los pecados que cometió no le serán recordados; juicio y justicia que ha hecho, ciertamente vivirá". Eze. 33:13-16.

"Porque así como también vosotros en otro tiempo desobedecisteis a Dios, pero ahora alcanzasteis misericordia por su desobediencia, así también éstos ahora se han hecho desobedientes, para alcanzar misericordia por la misericordia que os ha sido mostrada. Porque Dios los encerró a todos bajo desobediencia, para usarlos todos de misericordia. ¡Oh profundidad de las riquezas, tanto de la sabiduría como del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, y cuán inescrutables son sus caminos! Porque ¿quién ha entendido la mente del Señor? o quién ha sido ¿Su consejero? ¿Le dio primero a Él para que pudiera ser recompensado? Porque de Él, y por Él, y para Él, son todas las cosas; gloria, pues, a Él por los siglos. Amén". romanos 11:30-36

El endurecimiento de Israel significó que el evangelio fue, en esa primera era, "predicado a toda criatura bajo el cielo" Col. 1:23. Así también en el presente. El endurecimiento de los adventistas hizo posible que el evangelio eterno fuera predicado a toda nación, tribu, lengua y pueblo (Apoc. 14:7). El hecho de que estés leyendo este libro ahora es una prueba de que esto está sucediendo. "Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones. Entonces vendrá el fin... Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre; todos los pueblos de la tierra llorarán y verán al Hijo del Hombre venir sobre las nubes del cielo, con poder y mucha gloria, y enviará a sus ángeles con gran sonido de trompeta, y reunirán a sus escogidos de los cuatro vientos, de un extremo de los cielos al otro". Mateo 24:14, 30, 31. "Porque el Señor mismo, con su palabra de mando, con voz de arcángel oída, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero". ; después nosotros, los vivientes, los que quedemos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos con el Señor para siempre". 1 Tesalonicenses 4:16, 17.

¡Gloria a Dios que dirige todas las cosas según su buena voluntad para el bien y la salvación de todos! Él dirigirá todos los acontecimientos para que todas las personas tengan la oportunidad de conocer Su amor y decidir sus destinos. "Y entonces vendrá el fin" Mateo 24:14.

Conociendo el verdadero evangelio vemos cómo Él hizo que todo obrara para nuestro bien. Dejar que Él nos guíe y nos guíe es el camino fácil hacia la salvación. Jesús dijo: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen; y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, ni nadie los arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me lo dio, es mayor que todos; y nadie podrá arrebatarlas de la mano de mi Padre". Juan 10:27-29. Que nadie impida que sus planes se cumplan en vuestra vida con una obstinada resistencia a la invitación de su gracia. Tú, entrega a Cristo la tarea de salvar su alma; ¡Deja que Él te guíe a través de las enseñanzas de la Palabra, la voz en la conciencia y Su providencia en cada detalle de la vida! Así que no hay error en el camino: ¡la vida eterna será tu herencia y el cielo será tu hogar!

Dios te bendiga.